e-GO! Library

AS SEEN ON TV

THE BEST BOOKS IN YOUR POCKET!

Jam-pack your Kindle, iPad, Android, Nook, or any device, full of amazing books with your own e-GO! Library. At your leisure pick your favorite titles from a wide array of categories for all tastes. Total speed, convenience & mobility are yours. Your e-GO! Library is an innovative way “to have & hold” a fresh and plentiful supply of great titles. It’s seemingly endless entertainment without the need for the internet or downloading! All in a preloaded, USB memory flash drive which puts a thousand of today's best books in your pocket!

Enjoy Anywhere Anytime!

- ✓ **CONVENIENCE** of Preloaded USB flash drive
- ✓ **FORMATS** for ALL eReaders & Mobile Devices
- ✓ **NO** need for Wi-Fi or Internet
- ✓ **AVOID** Downloading
- ✓ **SAVE** Tons of Time & Effort
- ✓ **PERFECT** for Travel
- ✓ **FUN** for the Whole Family
- ✓ **MAKES** a Great Gift

CHECK IT OUT HERE

Amistad funesta

Novela

José Martí

Introducción por Gonzalo de Quesada
José Martí por Miguel Tedín
José Martí por Román Vélez
Martí: Discurso pronunciado por el Doctor José Antonio González Lanuza
Martí por Federico Uhrbach
«Martí: su vida y su obra»

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III

Introducción

por Gonzalo de Quesada

Sea su novela *Amistad funesta* el décimo volumen de las obras delMaestro.

Es milagro que ella, como casi todo lo que escribió, no se haya perdido.Se publicó en 1885, en varias entregas, en *El Latino Americano*,periódico bimensual, de vida efímera—órgano de la Compañía Hecktograph,de New York—que no se encuentra hoy en biblioteca pública alguna.Además, no apareció con el nombre de su autor sino con el seudónimo de«Adelaida Ral», y esto hubiera hecho aun más difícil su hallazgo.

Afortunadamente, un día en que arreglábamos papeles en su modestaoficina de trabajo, en 120 Front Street—convertida, en aquel entonces,en centro del Partido Revolucionario Cubano y redacción y administraciónde *Patria*—di con unas páginas sueltas de *El Latino Americano*,aquí y allá corregidas por Martí, y exclamé al revisarlas: «¿Qué es estoMaestro?» «Nada—contestome cariñosamente—recuerdos de épocas de luchas ytristezas; pero guárdelas para otra ocasión. En este momento debemossolo pensar en la obra magna, la única digna; la de hacer laindependencia».

En efecto; esta novela vio la luz a raíz de fracasados intentos paralevantar en armas, de nuevo, a nuestra tierra, intentos que no apoyóMartí estimando que el plan no era suficiente ni el momento oportuno;brotó de su pluma cuando—en desacuerdo con los caudillosprestigiosos, únicos capaces, con sus espadas heroicas y legendarias, dedespertar el alma guerrera cubana—parecía oscurecido, para siempre, enla política; fue engendrada en horas de la mayor penuria, en las que, noobstante, rechazando las tentaciones de la riqueza y sin otra guía quesu conciencia ni otro consuelo que su inquebrantable fe en la Libertad,sus principios no capitularon.

A una miseria por palabra se pagó este trabajo, elevado de pensamiento,galano de estilo, con enseñanzas—como todo lo suyo—para suscompatriotas; con algo de su propia existencia.

No sé que el Maestro, en otras ocasiones, cultivase este ramo literario;pero su traducción de *Called back*, de Hugh Conway—por la cual una casaeditora le concedió, como gran generosidad, cien pesos—, luego conbrillante vestidura y el nombre de *Misterio* vendida por millares, y laversión suya, que talmente parece un original, amorosa y admirable, de*Ramona* de Hellen Hunt Jackson—buscada en vano en las librerías—, sonprueba evidente de que a haber dispuesto de oportunidad y sosiego paraello, hubiera, también, triunfado en la Novela. No le faltaban elementospor su conocimiento de la realidad del mundo y sus pasiones, anhelos ytorturas; le sobraba fantasía para hacerla resaltar; espléndido lenguajecon que exponerla.

Ni sus versos, ni parte de su correspondencia, ni sus artículos dedoctrina y de propaganda, ni sus pensamientos ni su biografía heolvidado; pero cumpliendo con lo principal que él nos enseñó—el serviciode Cuba—poco se ha podido terminar y solamente ha habido tiempo paraeste volumen—y reunir los homenajes a su memoria que van en el mismoprenda de que aquí, en los lejanos montes de Turingia, donde aun vibranentre pinos seculares las liras de Goethe, Schiller y Wieland, ¡piensoen él y en la patria!

Oberhof, 4 de julio de 1911.

Gonzalo de Quesada

José Martí

por Miguel Tedín

La Nación, Buenos Aires, diciembre 1.º de 1909

A principios del año 1888 llegué a Nueva York en cumplimiento de unamisión profesional, y una de mis primeras diligencias fue [ir] a buscara Martí cuyas correspondencias a *La Nación* me habían impresionadovivamente, revelándome un talento superior y un alma eminentementeamericana. Encontrele en su despacho del consulado oriental en FrontStreet, una de las antiguas calles de la gran metrópoli y apenas llamé ala puerta se adelantó a recibirme diciéndome: ¿Es usted el señor Tedín?(un amigo común le había anticipado la visita), a la vez

que me extendíaambas manos con tal efusión de franqueza y sinceridad, que ese apretónselló entre ambos una amistad que solo la muerte del gran ciudadano hapodido cortar.

Era Martí de mediana estatura, cabellera negra y abundante que rodeabauna frente amplia y bombeada, ojos negros de mirada dulce y penetrante,tez blanca pálida, como son generalmente los cubanos, bigote negro ycrespo y un óvalo perfecto redondeaba su fisonomía armoniosa y vivaz. Ensu cuerpo delgado predominaba el temperamento nervioso, que hacíarápidos todos sus movimientos y sus manos finas y alargadas revelaban alhombre culto consagrado a las tareas intelectuales. Llevaba como únicoadorno en uno de sus dedos un anillo de plata en el cual estaba grabadala palabra «Cuba».

Cubrían los muros de su despacho estanterías de pino blanco, algunas delas cuales él mismo construyó, y en los pocos espacios libres que ellasdejaban colgaban retratos de los héroes de la revolución cubana queterminó con la paz del Zanjón, y entre los de varios literatos ocupabalugar preferente el de Víctor Hugo.

Constituían su biblioteca, en primer término, las publicaciones que sehacían en la América latina, cuyo progreso intelectual seguía conavidez, habiendo escrito juicios sobre muchas de ellas; pero tampocofaltaban los de la literatura norteamericana, cuya lengua conocíaprofundamente, aunque no fuera inclinado a hablarla. Su mesa de trabajo,sumamente sencilla, estaba siempre repleta de papeles que formaban susnumerosos trabajos de correspondencia para los periódicos de Cuba,Méjico, Guatemala, Argentina, y las revistas que bajo su dirección sepublicaban en Nueva York, aparte de los documentos oficiales de suconsulado. El único ornamento de ella era un tosco anillo de hierro quetuvo de grillete durante su prisión en la isla de Cuba, cuando aun eraun niño, por causa de sus ideas liberales y que le fue regalado por suseñora madre después de su deportación a España, para que le sirviera deamuleto en su peregrinación por la libertad de su patria.

En aquel modesto despacho mantuvo por muchos años el fuego sagrado de laindependencia cubana, sin que por un momento les hicieran desfallecer nilas disidencias entre sus propios amigos, muchos de los cuales creíanutópica la revolución, ni el espectáculo de las fortunas que seacumulaban a su alrededor por todos los que consagraban su inteligenciay su autoridad a los negocios comerciales.

Allí llegaban y eran cordialmente recibidos no solo los sudamericanosque deseaban un consejero honrado para orientarse en los caminos de lavida americana, sino todos los cubanos interesados en la política de supaís. Allí conoció a Estrada Palma, que a la sazón ganaba su vidamanteniendo un pensionado de enseñanza en el estado de Nueva Jersey, y amuchos otros después actuaron en la revolución. A todos recibía con losbrazos y el corazón abiertos y para todos tenía no solo las hermosaspalabras, sino la ayuda de su experiencia y aun de sus modestosrecursos.

Su fisonomía moral se caracterizaba por la más absoluta honestidad entodos los actos de su vida y por el mayor desprendimiento de sus propiosintereses en favor del ideal a que había consagrado su existencia, lalibertad de Cuba. Su espíritu eminentemente altruista, se asociaba atodos los dolores ajenos y a ellos llevaba el consuelo de su palabrainspirada; lo mismo compartía las alegrías de sus amigos. Su almasensible y delicada sufría con las asperezas del alma yanqui, y nuncapudo fundirse en los moldes de ambición en que esta está vaciada.Recibió ofertas halagadoras para que pusiera su talento de escritor alservicio de intereses comerciales;

pero jamás quiso desnaturalizar supluma que solo debía servir para unir a la familia latinoamericana ypara luchar por la libertad. Prefirió ser pobre con decoro (palabra quese encuentra en casi todos sus escritos) antes que sacrificar susconvicciones ni su tiempo a tareas menos nobles que aquella en que sehabía empeñado.

Poseía un raro talento de asimilación y de generalización que lepermitía abordar con brillo y con criterio sólido todos los problemasque en el orden político o sociológico entrañan el desenvolvimiento delas naciones y su memoria privilegiada le permitía recordar todo cuantohabía pasado por el crisol de su inteligencia. Era raro hablarle de unlibro recientemente publicado que él no lo conociera y sobre el cualpudiera expresar su propio juicio; así como conocía a todos los hombresque habían desempeñado un papel prominente en la vida de las nacioneslatinoamericanas.

Su palabra era suave, fluida, límpida como su pensamiento, sinafectación ni rebuscamiento, y producía el encanto de una fuentecristalina que desciende en su curso halagando los sentidos. Cuántasveces en los días festivos, solíamos atravesar el río Hudson einternarnos en las hermosas arboledas de las Palisades o recorríamos lasavenidas del Parque Central, y allí transcurrían insensiblemente lashoras, bajo la influencia de su palabra sana y amena que hacía olvidarel bullicio de la metrópoli. Su oratoria sólida y rica en imágenesbrillantes se derramaba como raudales de perlas y de flores, y suauditorio quedaba siempre cautivado por el encanto de ella. Recuerdo queen una conferencia que dio sobre Guatemala, con el propósito de reunir yvincular a los latinos residentes en Nueva York, tomó como tema lasflores y los pájaros que adornaban el sombrero de una señorita allípresente, y sobre él hizo la pintura más hermosa que jamás haya leído dela naturaleza y de la sociedad centroamericana.

La impresión que a todos nos produjo fue la de hacer olvidar que noshallábamos bajo un cielo gris y helado, creyéndonos transportados a lostrópicos, y solo volví a la realidad de nuestra existencia cuando sentíun «*hurry up*», pronunciado con áspero acento sajón por dos jóvenes quepasaban a mi lado.

Era un trabajador infatigable y desde el alba que empezaba su labor conla lectura de los diarios hasta altas horas de la noche y a veces hastala nueva aurora que solía sorprenderlo cuando, como él decía, se hallabaengolosinado por algún estudio en que ponía toda su alma paratransmitirla a los lectores que el obligado por las visitas de susamigos a quienes recibía con solícito cariño.

Y no eran solo los trabajos literarios que ocupaban sus horas. Lasdividía entre estos y las conferencias que daba a los cubanos pobres, enlas que se esforzaba para vincular al elemento de color, con los de lasclases superiores, porque unos y otros debían servir para preparar larevolución cubana que era el objeto de su permanencia en Estados Unidos.

A pesar de los largos años que allí vivió, nunca pudo identificarse conla vida americana, porque su espíritu generoso y desinteresado erarefractario a los procedimientos egoístas que constituyen el fondo delcarácter de ese pueblo. Desconfiaba con las tendencias imperialistas deesa nación y creía que abrigaba propósitos absorbentes, contra loscuales las repúblicas latinas debieran estar prevenidas. Méjico, decía,solo ha podido evitar nuevas desmembraciones merced a una políticahábil, en que sin resistir directamente, ha evitado la invasión deintereses americanos. Consideraba la conferencia monetariainternacional, iniciada por Blaine y a la que él fue delegado por elUruguay, y yo lo fui por la Argentina, más como el medio de favorecerlos

intereses de los Estados Unidos platistas, que el de estrechar losvínculos de todas las naciones de América. Carece, pues, completamentede fundamento la versión de un escritor franco-argentino, de que Martífuera partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, cuando, porel contrario, veía en ellos un peligro para la independencia. Creo, sinembargo, que sus temores eran infundados a este respecto, como lo hademostrado la conducta de aquella nación, para terminar la guerra yestablecer el gobierno propio de la isla y estoy convencido de que notienen ambiciones de predominio sobre la América latina. Mr. Elihu Rootme dijo durante su visita a esta capital, que los Estados Unidos nuncaanexionarían a Cuba y tengo la más absoluta confianza en la sinceridadde este gran estadista americano.

Los últimos años de la vida de Martí en Nueva York me son pococonocidos. Su última carta me revelaba un estado moral deprimido por elexceso del trabajo, que había creado en su organismo una excitaciónnerviosa. «Tengo horror a la tinta, me decía, y desearía huir a losbosques, aunque me crecieran las barbas verdes, para no ver papeles nisentir las fealdades de las gentes». Pasaron algunos años, durante loscuales solo tuve noticias de él por intermedio de un amigo, cuando undía recibí un telegrama en que me decía: «deberes ineludibles me llamana mi patria y necesito su ayuda, mándeme por cable quinientos dólares».Mi situación en aquel momento era difícil y me fue imposible ayudarlo.Tengo, pues, el remordimiento de no haber contribuido con esa suma a laindependencia de Cuba, puesto que en esos días salía Martí de Nueva Yorkpara reunirse con el general Máximo Gómez e invadir la isla, iniciandola nueva insurrección que dio por resultado la terminación del dominioespañol.

La noticia de su muerte en los primeros combates librados entre cubanosy españoles me produjo hondo pesar. Consideraba a Martí uno de loshombres de más talento que me había sido dado tratar y su muerterepresentaba no solo una pérdida irreparable para Cuba, de la que habríasido uno de sus preclaros presidentes, sino para la América latina toda,pues desaparecía el escritor genial en quien el fuego de la solidaridadamericana brillaba con resplandores que iluminaban ambos continentes.

José Martí

por Román Vélez

Notas de Arte (Colombia), agosto 15 de 1910

Le conocí y traté en New York el año de 1891.

Me consagró su amistad. La amistad es la única rosa que no tieneespinas. La única fuente arrulladora que no tiene lodo.

Fui su amigo—en el trajín social—de pocos meses.

Soy su amigo perdurable por el recuerdo y la memoria.

Su recuerdo es para mí un ariete, relámpago que cruza las soledades demi cerebro, viento agitado en mi calma abrumadora, águila quedespierta—en horas de abatimiento—a picotazos mi alma.

Fui, con varios condiscípulos, expresamente a conocerle. Habitaba casahumilde y vivía modestamente.

Enamorado yo de sus escritos, deslumbrada mi juventud por aquel vuelo decóndores de su prosa soberana, entré a aquel Areópago con el pensamientoen las nubes y el corazón en los labios.

Eran días tétricos para los colombianos residentes en New York, días enque un desdichado compatriota, al frente de un puesto distinguido, habíallevado a sus gavetas joyas que no eran suyas.

Fue ese el tópico obligado, y Martí me decía: «los suramericanosenviamos trozos humanos putrefactos para que estos países los escarben yexaminen, mandamos el rostro ensangrentado de la Patria para que estospaíses lo abofeteen».

Sobre Cuba exclamaba:

«Estoy desorientado y triste, pero con la mirada siempre fija en lacumbre inaccesible.

»En mi tierra no hay más que dos hombres: Gómez y Maceo, y una bandera:yo.

»A ellos los tienen como visionarios y a mí me consideran loco. Nos handejado solos.

»Aquí, en los momentos de angustia, en esos días lóbregos en que en vanolucho y brego con los hombres y las cosas, al trasladar al papel mispobres pensamientos, no me explico, no comprendo cómo no se transformaen Vesubio mi cabeza ni se convierte mi pluma en bayoneta.

»Ustedes, los colombianos, tienen aun esperanzas de redención: allí hayvida, hay savia, hay esplendor.

Nosotros no tenemos nada.

»Cuba es una tumba muy grande que guarda un cadáver más grande que ella:la raza india muerta.

»Esa raza me alienta, y la máxima de Bolívar me conforta:'¡Venceremos!'».

Calló, inclinó la cabeza meditabundo, me pareció escuchar el ruidoestruendoso de las armas en la manigua, y comprendí que aquel hombre eraalgo más que tribuno, algo más que genio: ¡era la Libertad!

La América latina ha sido escasa en mentes colosales. El genio, como elcélebre arbusto parlante de Sumatra, no se ha dado en América sino muyde tarde en tarde.

Ha habido ilustraciones altas y macizas, pensadores vastos y profundos,prosistas, oradores y poetas de palabra de oro y alas luminosas; pero elgenio auténtico, la cabeza batida por aquilones y coronada de rayos, lalengua de fuego que realza y purifica cuanto toca, la pluma gigante quevierte a raudales la ternura, la ciencia y la filosofía... esos, hansido muy raros en América.

Genio Montalvo; genio José Martí.

El primero con una sombra: el arcaísmo; el segundo, sin sombras y sinmanchas.

La estulticia de las muchedumbres, el espíritu fácil al aplauso denuestra raza, la lisonja desmesurada de los gacetilleros, el coro vacuoy frívolo de las mediocridades, han hecho aparecer en ocasiones comolumbreras a seres que apenas han tocado los primeros peldaños de lagloria.

Entes grandes y pomposos—como la encina de Lebes—, pero huecos.

Árboles corpulentos de espléndido ramaje, pero torcidos e inclinados ala tierra.

Hoy la serie de pensadores es como una serie de montañas, pero sincumbres que sobresalgan, sin picos que se despidan de las otras.

La constante difusión de las luces, el espíritu incansable einvestigador del siglo, la rapidez y la facilidad en las comunicaciones,la escuela, el libro, la prensa y la tribuna, han eliminado esaseminencias, cúspides de la humanidad.

Con la abundancia de las colinas han desaparecido los Himalayas.

Con la dilatación ha resultado el aplanamiento, con el ensanche se haperdido la altitud.

El peñón abrupto es arena rutilante.

El nido es colmena.

La altura es extensión.

La cima ha sido cubierta por la arboleda en marcha: no se ven más queárboles.

La roca altísima ha sido invadida por el mar: no se ven más que olas.

Hoy es plaza lo que ayer fue torre, lago lo que fue atalaya, cieloinconmensurable lo que fue astro esplendoroso.

«Las cumbres se han deshecho en llanuras, las llanuras son cumbres.

»Son muchos los poetas secundarios, escasos los poetas eminentessolitarios.

»El genio va pasando de individual a colectivo.

»El hombre pierde en beneficio de los hombres.

»Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa».

Las golondrinas se han elevado y los cometas han descendido.

Las legiones han subido y Júpiter ha bajado.

El mérito de Martí consistió precisamente en eso: haber dado sombra atantas grandezas.

En época, en que la ciencia es ambiente y el talento multitud, él fueArgos impoluto, gigante, solo, y ¡único!

Todo tiene en la naturaleza su punto culminante, su nota dominadora, sufaz grave y severa: la selva, el roble centenario; el océano, la olainmensa de cresta arrebolada; el desierto, el león hirsuto y arrogante;y la sociedad, el genio.

¡Y genio fue José Martí!

Murió a los 42 años y es asombrosa su labor política y literaria.

A la edad en que otros comienzan a ascender, ya él traía guirnaldas delOlimpo.

En un mismo día, y en ocasiones en una misma hora, escribía un discurso,redactaba una carta, pergeñaba una revista, otorgaba una clase, leía unlibro, hojeaba un folleto, traducía una fábula, hablaba de cosas fútilescon su familia y de cosas lisonjeras con sus amigos.

Tenía el don de contorcerse y dividirse, la cualidad de lacentuplicación.

Un caso de polizoísmo.

Trabajaba en una casa de comercio, colaboraba en varias sociedades y*magazines*, sostenía incansable correspondencia con sus adictos,enseñaba a los desgraciados, meditaba, discutía, exaltaba a lospusilánimes, asaeteaba a los cobardes, confortaba a los sufridos, seerguía ante los poderosos, lloraba con los indigentes; tenía un báculopara cada caída, una esperanza para cada lacería, un bálsamo para cadadolor, una rosa para cada beldad, un pensamiento dulce para cadapárvulo, y aun le quedaba tiempo para ser rendido y galante con laesposa y cariñoso y afable con los hijos.

Séneca, Aristóteles, Corneille, Bacon, Montaigne, Joubert, Massillón,San Agustín, Rousseau, Voltaire, Shakespeare, Juvenal, toda una legión,se agitaba, bullía, vibraba en aquel cerebro poderoso, hecho para lostorneos y las epopeyas, para las recias batallas y las hondaslucubraciones.

En sus manos eran a diario: el *Tratado de la Naturaleza* deMalebranche, *Los Pensamientos* de Marco Aurelio, la *Historia deEspaña* de Mariana, los *Epigramas* de Marcial, las endechas deMassinger, el *Capital* de Marx, las elegías de Propercio, los *Ensayos*de Macaulay, las *Observaciones* de Llorente, el *Catecismo* de Lutero,todo le era familiar, conocido, íntimo, y consideraba los periódicoscomo soldados y los libros como hermanos.

Para él todas las mujeres eran santas, todos los hombres buenos, todoslos guerreros dignos, todos los oficios nobles, todas las cosas bellas.

El reptil, a sus ojos, se convertía en ave; el barro en oro; el erizo enflor; el espectro en ángel.

Su voluntad era granito; su espíritu, llama.

Unía, a la calma de Massena, el arrojo de Murat.

Aunaba, al candor de Carlos Dickens, la precisión de Víctor Hugo.

Odiaba el estilo misoneico y la poesía macróstica.

Admiraba más a Martos que a Castelar.

Para sus compañeros y admiradores era inofensivo como la malva; para susenemigos, venenoso como el quedec.

Polígloto, enciclopédico, polílogo.

En aquellos, atardeceres mincosos de la gran Metrópoli, en que Martísolía pasearse por las alamedas de Green Wood, ¡quién iba a imaginarseque de aquella mano tan sencilla pendía un mundo, que tras aquellacabeza silenciosa iba una bandada de águilas libertadoras!

Su erudición, pasma. Si todos van contra él, él va contra todos. Tienedel ala y del hacha. De la roca y del torrente. De la hoja y del rayo.Ensalza, y va hasta lo infinito; derriba, y llega hasta el abismo.Cuando alaba encumbra; cuando analiza, despedaza. Su palabra, ora corremansa, ora retumba; sus verbos, ora se deslizan, ora estallan. Algo comoun trueno avanza por entre sus frases calológicas. Se siente calor denube y rodar de cañones. Esculpe de una plumada; retrata de un brochazo.Tiene arranques sublimes en que parece que la tierra se levanta o elcielo se desploma. Tiene voces que gimen, términos que gritan, giros querimbomban. Se escucha vuelo de pájaros y fuego de fusilería. Su dibujoes línea recta; su corte, el del diamante. Es paleta y es cincel. Esterso y es hondo. Palpita y regolfa. Su ritmo es una nave que se aleja;su dialéctica, escuadra que combate. Por entre la malla de su prosa haypueblos que se hunden, ejércitos que se destrozan, mares que serevuelcan, bosques que caminan. Es raso y es acero. Es guzla y esclarín. Es halago y es centella. Escribe versos que enamoran, filípicasque entusiasman, libros que glorifican. Es diminuto y es excelso.Sencillo y complicado. Es león y paloma. Oruga y colibrí. A veces sedetiene, como ante un precipicio; a veces corre veloz, como unalocomotora. Mezcla lo alto y lo bajo, lo noble y lo ruin, la mariposa yel estiércol, la mirla y el escarabajo, el dicterio y la canción.

Todo sale embellecido y purificado de aquella péñola incomparable,péñola que hoy bendice todo un pueblo, y es lumbre de la humanidad.

Su vida fue un himno permanente a todos los derechos, eterna protesta atodas las iniquidades.

Fue mentor augusto, patriota insigne.

Fue principio y resumen. Alfa y Omega. Sacerdote y apóstol. Mecenas yCatón. Sufrió, amó, creó. Conoció lo pasado, vislumbró lo porvenir. Fueartista, gladiador, vidente. Se echó un mundo a la espalda y con él sele vio, radioso y fatigado, camino de la inmortalidad. Ante losobstáculos se duplicaba; ante los imposibles, no cedía. Enérgico,rápido, tenaz. Si nublado, se alzaba; si torrente, se sumergía. Para élera pira la existencia, átomo el universo, minutos las edades. Limpiaba,talaba, esclarecía. Hacía surgir proclamas de los muertos, lanzas de lastumbas, auroras de los antros, escuadrones de las piedras. Brotabachispas su espada; relámpagos, su pensamiento.

Dominó, coronó, ascendió.

Y al caer, rota la frente, en un charco de sangre, hubo irrupción dellamas en el cielo, aglomeración de palmas en la tierra, condensación derecuerdos y sentimientos en el corazón de los americanos.

Para llorar a Martí no son suficientes las lágrimas de todos los hombresni el grito clamoroso de todos los siglos.

¡Santa memoria de Martí, bendita seas!

Martí

Discurso pronunciado por el Doctor José Antonio González Lanuza

En la Cámara de representantes de Cuba el 19 de mayo de 1910

Señor Presidente y señores Representantes:

Cuantos aquí nos congregamos, hacemos memoria, sin duda, de una sesiónanáloga a esta—igual a esta diría mejor—en el año precedente. Elentonces designado para hablar de Martí, fue el señor Miguel Viondi, ylos que aquí estamos y estábamos aquella tarde, recordamos cuángratamente nos entretuvo; dando a su disertación el interés de larelativa novedad, única a que puede aspirarse cuando del Padre denuestra Patria se trata hoy entre nosotros. Colocado se encontraba elseñor Viondi en ventajosas condiciones para ello: amigo íntimo de Martí,lo había tratado durante largo tiempo y de la manera más estrecha ypodía referirnos rasgos, de esos que parecen insignificantes, pero quemejor que ninguna otra cosa indican el temperamento y la condiciónpeculiar de un personaje. Refiriéndonos historias de esa clase, podíaentretenernos con algo nuevo que no supiéramos los demás, que pudieraservir para rectificar algún juicio de detalle y para confirmar, como nopodía, menos de resultar confirmado, el juicio que en conjuntoformáramos todos de antemano del hombre insigne cuyo nombre invocamos enestos instantes.

En cambio, el que se ha designado para que lleve la palabra en el día dehoy, y de él os hable, se encuentra en condiciones más desventajosas,porque no tuvo la dicha de conocerlo, ni de vista; y porque de él sabelo que sabemos todos; y de él no puede decir otra cosa que lo que estáen la mente y en el corazón de todos. No era posible que en Cuba seignorara quién fue Martí, cuál fue su obra y cuál su representaciónentre nosotros. Desde los más humildes—desde el punto de vista de lainteligencia—hasta los que pueden decirse próceres de esa inteligencia,muchos han hablado entre nosotros de aquel que por antonomasia se hallamado el Maestro. Historia de su vida, antecedentes de su carrerapolítica, antecedentes de la agitación que organizara y todos losdetalles relativos a su participación en el movimiento revolucionarioque definitivamente independizó a Cuba, son, para cuantos aquí estamos,cosas sabidas; e igualmente son sabidas por todos los cubanos. En talconcepto, al que no pueda referir algún aspecto de la vida personal deaquel gran cubano, a un auditorio distinguido como este, se le coloca enuna situación verdaderamente difícil cuando se le hace hablar de Martí.El tema es atractivo, es simpático, y porque siempre ha sido temaatractivo y simpático, muchos lo han tratado, muchos lo handesarrollado. El terreno, de tal modo, está espigado por completo; y yohe de recomendarme a la benevolencia de ustedes para que con esabenevolencia se me perdone todo lo que en mi discurso no puede menos deser una repetición.

Pudiéramos dividir en tres partes, no iguales, cierta mente, un discursocomo el que debo pronunciar en el día de hoy: en una se puede hablar dela vida de Martí; en otra, de su carácter y

de los rasgos prominentesdel mismo; en la tercera, de su obra. Digo que no pueden ser iguales,porque acaso algo pueda decirse más extensamente, con un relativo airede novedad de la segunda y de la tercera; de la primera, imposible.Hacer aquí un resumen de su existencia, de todos conocida, sería hacerperder tiempo a los señores que me escuchan. Su infancia; su juventud,pobre y agitada, mucho más que su infancia; su amor al estudio; lasdeficiencias de sus medios económicos; la consagración de toda su vidaal logro de un ideal; su paso por España, sus pasos en Cuba, suresidencia en las repúblicas de la América latina, su residencia en losEstados Unidos; son cosas de todos conocidas. Su participación en elmovimiento revolucionario, su agitación en las emigraciones cubanas, surecorrido por todos los países en los cuales creyó que podía encontrarun eco simpático al pensamiento revolucionario y su dedicación absolutay definitiva a dar cuerpo a ese pensamiento y a su ensueño, ¿qué sonsino una cosa que está en la memoria y en el corazón de todos nosotros yque no necesita ser repetida, que no debe ser repetida, porque larepetición no sería ciertamente excusable, sería incuestionablementevana y presuntuosa?

No hablemos, por consiguiente, de su vida. De ella, lo que parecedestacarse de una manera marcada, es esto sobre lo cual necesariamentehabré de volver, porque fue rasgo típico de su temperamento. Fue unavida dirigida, como la aguja magnética, hacia una sola dirección; ytodas las vicisitudes y agitaciones de aquella existencia, realmentetormentosa, vinieron al cabo a culminar en un mismo punto y en elsentido de una sola vía, por la que se encaminaron en definitiva suspasos. Donde quiera que encontró cualquier oficio por el cual trató delibrar su subsistencia, la adopción de ese oficio no tuvo más objetosino el de lograr que fuera posible ir viviendo, para que al par que suvida se prolongara, se realizase la obra que se había impuesto. La tareaque desde sus tiempos de muy joven concibió en su espíritu, despertó enel mismo el propósito de consagrarse a ella, y de hecho, posteriormente,su vida fue, en cuanto a esa tarea, una definitiva consagración.Naturalmente, en un hombre obsedido por esa misión, que debió creer queprovidencialmente le estaba impuesta, y luego veremos por qué lo digo,no era posible que se produjera un rumbo normal, tranquilo y constanteen la existencia. Dado el hecho de imponerse a sí mismo semejantemisión, todo lo que no fuera el cumplimiento de ella, tenía que seraccesorio para él y accidental. Era preciso vivir; no tenía fortuna yera preciso buscar el pan de todos los días. Un hombre de inteligenciasuficiente para haber abrazado cualquiera de esas profesiones, que si nofrancamente lucrativas, permiten por lo menos vivir con comodidad, no sepodía ocupar de ninguna de ellas. Teniendo título de Abogado, no le fuedable ejercer la profesión. Para ello hubiera tenido que radicar en unmismo punto, que vivir en Cuba, y en Cuba española, que someterse a lamirada recelosa de la policía española, que prescindir de todo lo que élentendía que constituía su destino. Era preciso que librara lasubsistencia con oficios que le permitieran al propio tiempo viajar,moverse de acá para allá, preparar el movimiento revolucionario endefinitiva. Y tan es así, que una especie de visión, de destinoprovidencial le animaba, que contra el parecer de la inmensa mayoría desus conciudadanos, contra el parecer casi unánime de ellos, entendió queestaban maduros los tiempos, cuando todo el mundo pensaba que sutentativa habría de abortar como extraña aventura de dementes.

A veces sucede esto, y ha sucedido en muchas ocasiones en la historia dela humanidad: no son precisamente los hombres de mayor reposo en elcarácter y más serena cultura mental los que han decidido a lasmultitudes a obrar, los que han lanzado a los pueblos por el camino desu destino verdadero. Para eso se ha necesitado casi siempre unaobsesión pasional y la impulsión que naturalmente se produce en virtudde ella; comunicar a las multitudes el fuego que a nosotros

abrasa yhacerles realizar lo que ellas no pensaron que debieran realizar; aunmuchas veces contra la voluntad general, adivinando cuál es el estado dela subconciencia, el deseo íntimo y verdadero de una agrupación dehombres, para llevarlos a que ejecuten lo que quisieran ejecutar, perolo que no se atreven siquiera a pensar en ejecutar. De aquí el que fiela su destino, Martí viviera como corresponsal de periódicos, moviéndosede acá para allá, remitiendo correspondencias a un diario denominado *ElPartido Liberal* y después a *La Nación* de Buenos Aires, ganándose susubsistencia modestísimamente de este modo, a fin de girar por el mundo,aunando voluntades aquí como allí, reuniendo fondos, procurando contarcon la colaboración de los que podían ponerse al frente del movimiento,y no desmayando nunca ante ningún desastre, ni ante ningún desengaño.¿Para qué dar detalles? Esta fue invariablemente su vida. Los accidentesde la misma no harían sino presentar diversas facetas de esto que heindicado como su conjunto general.

Discurrir ahora acerca de su temperamento y de su carácter, de su papely de su misión en la obra revolucionaria cubana, tiene para mí tambiénun relativo inconveniente. Hace poco más de un año, cuando, en lapróxima ciudad de Matanzas se inauguraba, por iniciativa de un hombre aquien vi entonces por última vez, el doctor Ramón Miranda, un artísticomonumento en honor de Martí, el doctor, que a ello me había comprometidode antemano, me llevó a dicha ciudad a hacer uso de la palabra en laceremonia de inauguración. Entonces, refiriéndome en un breve discursodicho en la plaza pública, y que por ello no podía ser ni largo, nireposado, ni serenamente meditado, a aquello que para mí constituíacarácter típico y saliente de Martí, señalaba estas dos circunstanciasque no diré que sean absolutamente exclusivas de él, pero que enrealidad son en él más prominentes que en ningún hombre que haya podidovivir una vida análoga a la suya y que se haya impuesto una misión comola que él se impuso.

En primer lugar, un hombre que movía a los demás a pelear, que encendíaen su patria la hoguera de la lucha tremenda, que condenaba a sushermanos a pasar por la crisis de un terrible martirio, estaba al propiotiempo animado de un amor sin límites a la humanidad y de unabenevolencia para todos los humanos, por malignos que fuesen o porerrados que estuvieran; entre otros, y tal vez principalmente, para losque consideraba sus enemigos. Y además hubo en él rasgo peculiar de sutarea y de su esfuerzo: de todos los hombres que han podido determinar auna colectividad, grande o pequeña, a realizar una obra común, unpropósito general, quizás él sea el que representa en esa obra común unaparte más grande por razón de su esfuerzo individual. Martí, en efecto,fue el determinante principalísimo de la revolución cubana. El pueblocubano, en aquel tiempo, y cuantos vivimos en aquella época lo sabemos,no quería en su mayoría al menos, la revolución. El Gobierno de Españanos había dejado entrever una mejor condición política, sin sacudidas niagitaciones violentas. Tan cierto es que aquello hubiera podido contenerla obra revolucionaria que, como se ha dicho después y repetido muchasveces, la actitud que tomó el Gobierno español por la iniciativa delMinistro Maura contuvo un poco a Martí. Le pareció que su ideal y sutarea corrían peligro si aquellas reformas políticas se implantaban enCuba de buena fe y eran generalmente aceptadas por el pueblo cubano, envirtud de lo cual él ya no tendría ambiente adecuado para poner por obrasus propósitos. Fue la obcecación de los políticos españoles, de acá yde allá, la que se levantó como una barrera ante el Ministro que acabode indicar y dejó el terreno aun más preparado que antes lo estaba paraque pudiera fructificar la semilla. No obstante, el Gobierno español,volvió, como todos sabemos, a la idea de reformas políticas. El plan delseñor Maura se desechó; pero se planteó otro nuevo, que llevó el nombrede Abarzuza; y aun cuando la generalidad entre nosotros creyó que se ibaa obtener menos de lo prometido, la mayoría se resignaba a obteneraquello, a cambio de no tener

delante de sí el fantasma de ningunaagitación, de ninguna revolución, de ninguna lucha. Yo recuerdo que noya entre los elementos españoles, sino aun entre los elementos cubanos,y muy cubanos, y muy probados, pero que no se encontraban en laconspiración que estallaba en aquellos instantes, fue un efecto terribleel que produjeron los primeros movimientos. He tratado a algunos,emigrados de la guerra de los diez años, de aquellos que desde suprincipio marcharon a los Estados Unidos o a algunas de las RepúblicasHispanoamericanas, que consideraron un acto de locura el que se iniciabaen aquellos días. Creyeron que todo lo que se había adelantado, en 17años de predicación pacífica, por el Partido Autonomista, iba a serirremediablemente perdido; y un amigo particular mío, que se hallaba enMadrid cuando los primeros sucesos estallaron, que salió de España muypoco después y regresó a Cuba, hubo de declararme que en una entrevistaque tuvo pocos días antes de embarcarse con el famoso tribuno españoldon Emilio Castelar, este le significó que en Cuba, se había cometido unacto de demencia irreparable, y que los que lo cometían y los que no locometían, en virtud de irremediable consecuencia de la solidaridad,verían perturbado el sistema político de Cuba, ya que aquellos sucesoslo harían volver mucho más atrás de donde se encontraba en el momento enque se iniciaron los primeros esbozos de un plan de reformas. Y esa ideade don Emilio Castelar era la idea que aquí tengan todos los que noestaban, diré mejor, los que no estábamos comprendidos en laconspiración; porque a pesar del papel que yo posteriormente pudedesempeñar, modesto y obscuro, en el movimiento revolucionario, he dedeclararlo sinceramente, y nunca he pretendido lo contrario, en laconspiración inicial no estuve comprendido ni iniciado; hasta el puntode que, no sospechando que yo podía ser capaz de semejante cosa, elseñor Juan Gualberto Gómez, a pesar de haber llevado su defensa ante laAudiencia de la Habana cuando se le procesó por la publicación de unartículo titulado «Por qué somos separatistas», jamás contó conmigo yaun hubo de decirme, ya en Ceuta, donde nos encontramos, que él sehubiera dirigido a mí si hubiese sabido que yo era susceptible de serinyectado con semejante virus; a lo que le contesté que quizás, enaquellos momentos, no hubiera sido yo susceptible de recibir, con fruto,la inyección.

En tales condiciones se encontraba la población de Cuba cuando Martíempezó la obra revolucionaria. Es verdad que, como él decía, en el suelono se advertían los brotes primeros de la planta, pero él sintió lo quepasaba en el subsuelo, y en el subsuelo estaba ya preparada la semilla;prueba cómo ella fructifera. Aun los más ajenos al movimiento inicial,se sintieron (y aquí también puedo decir, nos sentimos) inmediatamentearrastrados por él; de tal manera que aun antes de que la invasión delas provincias occidentales diera grave y decisiva importancia al guantearrojado al Gobierno de España, ya habíamos sentido muchos, que veíamosvenir la ola arrolladora, que lo peor que podía suceder a los nacidos enCuba sería que ese Gobierno de España aplastara militarmente a larevolución; y aun algunos, sin creer que aquella revolución podía tenerun éxito, mucho menos cercano; sin pensar que en el períodorelativamente corto de tres años se triunfara; pensaron que eranecesario un movimiento general para prestar auxilios a dicharevolución, procurando al menos colocar el pleito en condiciones detransacción que a España resultara irremediable; primera victoria, quehabía de ser victoria definitiva, un poco más tarde, de Martí ya muerto,sobre nuestros corazones.

Era, indudablemente, un hombre extraordinario el que llegó a producir enun pueblo, pequeño o grande, eso poco importa, fenómeno como el queacabo de indicar. Decíales a ustedes hace poco que había en realidad ensu vida toda algo que indica que él se consideraba providencialmentedestinado a semejante misión. Esa impresión, mucho tiempo después demuerto él, la recibí directamente por unos renglones suyos, y en la obrade menos importancia

de todas aquellas que ha publicado el señor Gonzalode Quesada, piadoso recolector de sus escritos; en una que se titula *LaEdad de Oro* y que es un volumen que contiene los trabajos que insertaraMartí en cuatro o cinco números, muy pocos, de una revista que publicó,dedicada a los niños, y de la que él era el director y el redactor casiúnico. En uno de esos artículos, que se encuentra al principio, el quese denomina «Tres Héroes», Martí habla a los niños, en sencillolenguaje, de Bolívar, de Hidalgo y de San Martín; y refiriéndose alprimero, escribe estas palabras que voy a permitirme leeros y en las queentiendo que hay incuestionable, inconscientemente, y en síntesis, unpoco de autorretrato:

> «Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y laspalabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperandosiempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, quele pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América enteraestaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un puebloentero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, yque se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen queconsultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchoshombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito deBolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuandoparecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lohabían echado del país. Él se fue a una isla, a ver a su tierra decerca, a pensar en su tierra».

Cuando esto leí hace poco más de un año, poco antes de que el señorViondi pronunciara aquí el discurso del año anterior, me pareció que enestas palabras Martí se retrataba a sí mismo. No era él de aventajadaestatura, era más bien pequeño de cuerpo (acaso fuera de la propiaestatura de Bolívar); era nervioso también, como a Bolívar pintara; susojos, todos los que lo conocieron lo dicen, relampagueaban; las palabrasasimismo se salían de sus labios; y cuando su pueblo se había cansado depelear, él no se había cansado del propósito de iniciar una nueva lucha;él había decidido la guerra solo, porque solo a sí mismo se consultaba;no necesitaba consultar a su pueblo y le parecía también muy difícilconsultar la opinión de muchos. Y tan había decidido la guerra él solo,que a los jefes principales de aquella lucha, a los generales MáximoGómez y Antonio Maceo, los fue a buscar; y lo que no habían decididoellos, él hubo de decidirlo y fue él solo, él quien sacó de su inaccióna tales hombres y en la aventura los embarcó. Cuando escribía talespalabras de Bolívar, es probable que pensara en sí mismo; es probableque no quisiera establecer una franca comparación, cosa que su propiamodestia había de vedarle; pero yo dudo de que nadie que lo hayaconocido, de que nadie que, aun sin conocerlo, haya oído hablar de éltanto como lo hemos oído nosotros todos, deje de encontrar su propioespíritu, su propio temperamento, la condensación de su carácter y de suhistoria, en esas líneas en que él trataba de pintar a los niños al quefue el Libertador de la América, Central y Meridional.

Aquel otro rasgo del que hablara hace poco ya se señalaba en losmomentos mismos en que la lucha tenía comienzo. Parecía a Martí quedebía dirigirse, no para conquistarlos en conquista imposible y absurda(no hay un solo renglón en el documento a que voy a referirme en que talpropósito aparezca), hasta a los propios soldados españoles que estabanen Cuba; y en una

especie de alocución y manifiesto que de antemanopublicara, les decía que era su adversario y enemigo, pero que no sentíapor ellos odio de ninguna especie. No los llamaba para convidarlos a ladeserción, no; les advertía el noble propósito de la lucha; y antes decomenzarla, él, el más débil, el que solo contaba con su esfuerzo, elque bien se daba cuenta de lo áspera y difícil que iba a resultar, en elmomento en que el encono es más natural en el espíritu del hombre,proclamaba un ideal de fraternidad para con el adversario y de antemanoquería asegurar para un mañana más o menos incierto, pero en el cual éltenía mucha fe, un programa de perdón, de ausencia total de rencores, deolvido de la lucha misma.

Y en efecto, ese espíritu que dominaba a toda su tentativarevolucionaria, se vio reproducido en el momento de la victoria al finalde la guerra de Cuba. Y aun cuando en ello me repita, quiero consignaruna cosa que consignara también allá en Matanzas, en la oportunidad aque antes me refería. Colaboradores entrambos enemigos en que tal fuerael resultado de la revolución y de su triunfo, no solo los cubanos notuvimos, salvo alguna que otra manifestación aislada, que nunca pudotraducirse en hechos, el propósito vindicativo de las ofensas pasadas,sino que tampoco dieron los españoles muestras de despecho o deinconformidad con los hechos consumados, y dándose cuenta oportuna de lasituación la aceptaron acaso con reservas mentales, pero con reservasque tuvieron la discreción de no exteriorizar jamás; y así nunca,manifestaron expresa y públicamente, ni aun durante el tiempo intermediode la Intervención primera, que, contentos con tal fracaso de laRevolución vencedora, ellos deseaban que no triunfaran sus idealesdefinitivos. De este modo, y con la discreción de un lado y del otro, seha podido lograr que la República, ni antes ni después de constituida,se mirara por esos hombres como una condición de cosas en la cual lavida era para ellos imposible, y tanto los unos como los otros, los quehabían triunfado con el auxilio americano, y los que habían sidovencidos por las fuerzas unidas de cubanos y americanos; aceptaron comocosa definitiva el nuevo orden político, cooperando todos a mantenerlo,cada cual como ha querido, como ha podido o como ha debido.

Ese amor de Martí para todo lo humano, hasta el punto de que pudo tomarcomo lema de su existencia aquel verso famoso de Terencio, pues que nadaque fuera humano, en efecto, le era extraño, se manifiesta muyprincipalmente hacia los pobres, hacia los humildes, hacia los débiles.Martí se abría muy fácilmente camino en el corazón de ellos. Cuando encompañía del que fue primer Presidente de nuestra República, yaconstituida en definitiva y reconocida por todas las naciones, don TomásEstrada Palma, en los últimos tiempos de la revolución, en la época enque en el puerto de la Habana voló el acorazado americano «Maine», hiceyo un viaje a Tampa y Cayo Hueso, esto llamó profundamente mi atención.En las casas más pobres había uno o más retratos de Martí. No secontentaban generalmente con tener uno solo. Si lo tenían pequeñobuscaban uno más grande y conservaban el pequeño para trasladarlo a otrahabitación. Si lo tenían de busto, querían tenerlo también de cuerpoentero. Si lo tenían a él solo, querían otro en que Martí estuviesefotografiado en compañía de algún amigo. Y en todas las casas, porhumildes que fueran, se encontraba su imagen repetida, no una sola vez.Así la veía uno por todos lados; la veía en el exterior de los edificioscomo en el interior de los mismos; en la sala en donde se recibía alhuésped como en las habitaciones privadas; en los talleres detabaquería, en número bastante considerable, hasta el punto de haberpodido yo contar seis retratos en un mismo taller. Y en todas partes lehablaban a uno de Martí. Y había gentes que se sabían de memoria elprimer discurso que dijo en Cayo Hueso; y no había reunión política enque alguien no se encargara de recitarlos, como la obertura obligada dela función de que se trataba; y las palabras de él, lo que había dicho,lo que había indicado en las conversaciones particulares, el consueloque

había prodigado a los infelices, a los desvalidos, a los tristes serepetían diariamente; y no vivía uno en aquel lugar y en aquella épocasin ver su imagen por donde quiera, sin oír repetir sus palabras y susideas por todas partes; hasta el punto de que era difícil sustraerse ala ilusión de que estaba vivo; ¡ciertamente mucho más vivo entonces quecuando real y efectivamente vivía!

Otro de sus caracteres (cuantos lo conocieron han podido dar de esto untestimonio constante) fue la elevación de su mente, su perenne alturamental. Tengo entendido que, cualquiera que fuese la bondad de sucarácter, cualquiera la facilidad con que se le podían acercar, altos obajos, quienes desearan abordarlo, no fue, sin embargo, un hombrealegre. No podía serlo, puesto que tenía la obsesión de una triste idea,la idea de una misión dura y difícil, no solo para él, sino también parasus compatriotas. Aquel amante de la humanidad iba, en efecto, a sercausa de que se derramara sangre. Su misión no se podía realizar si no acosta de sangre y de lágrimas; y un hombre que tenía en el corazón tanabundante piedad para todos los hombres, condenado a realizar obrasemejante, no podía ser jovial, no podía abundar en él la alegría. Porconsiguiente no era dado a tomar en broma familiar las cosas que aveces, a los demás, a los que vivimos reducidos a un nivel normalhumano, nos proporcionan esa frívola, pero grata impresión que hacereír. No tenía, no podía tener lo que un amigo mío suele llamar «elsentido cómico de los acontecimientos». Y así a veces, ante cosasverdaderamente cómicas, su espíritu encontraba siempre un aspecto sobreel cual se podía discutir seriamente, abandonando la broma, como algoincompatible con su temperamento, y contemplando tan solo el lado serioy elevado a que la cosa misma pudiera prestarse.

Mi compañero de trabajo y mi íntimo amigo Pablo Desvernine, me hareferido lo siguiente, que presenciara él una tarde, en el bufete delseñor Viondi, en donde se encontraba Martí. En aquella época el Liceo dela Habana se hallaba establecido en la Calzada de la Reina. Era antes dela revolución, durante un breve paso de Martí por Cuba; no solo antes deque el movimiento revolucionario estallara, sino también antes deaquella, para muchos aun no claramente conocida, aparición de AntonioMaceo en La Habana. Y resultó ser que llegó al bufete del señor Viondiun empleado suyo, un hombre sencillo y bueno, pero sin gran cultura, ydeclaró, en medio de la mayor jovialidad, que el doctor José AntonioCortina disertaría aquella noche en el susodicho Liceo acerca de «uninglés» que pretendía que el hombre descendía del mono. Martí se indignóen medio de la risa general. Comenzó por advertir a aquel pobre hombreestupefacto que no volviera nunca a expresarse en ese tono de semejanteinglés. «Ese hombre de quien usted habla, le dijo, se llama CarlosDarwin, y su frente es la ladera de una montaña»; y continuó disertandoen este tono por diez minutos, hasta que sus amigos le interrumpieronpara hacerle comprender lo perdido e inútil de aquella disertación.

En ese estado de excitación mental y con su espíritu en ese planointelectual y moral, se encontraba constantemente. Como hombre que sehalla obsedido por una idea, como acabo de decir, realmente triste, lade lanzar a sus hermanos a la guerra, le era imposible la risa ruidosa yla franca alegría. En efecto, si es cierto que su papel en la iniciativay en el desarrollo de la revolución fue individualmente tan decisivocomo he podido indicar (y creo que de ello no cabe duda); si se estimaque todo lo que se hizo posteriormente no fue más que consecuencia de suenergía, de su acción individual; cuantos murieron, murieron, entreotras cosas, y principalmente porque él los lanzó a la muerte, porque aella los mandó; y aun así, cuantas viudas, cuantos huérfanos lloraron,derramaron lágrimas por él; cuantos aquí se arruinaron, y cuantaspropiedades se destruyeron, y cuantos escombros se amontonaron sobrenuestros campos, y cuanto humo tiñó la pureza de nuestro cielo, fueronruina, y destrucción, y escombros, y humo

que a él pueden referirse comoa su causa. Todo eso fue realmente obra suya. Y hubiera podido pasarseun balance de pro y de contra, de cargo y de data, de debe y de haber,para saber cuál era su saldo, si no hubiera él comprendido la tristetarea que se impusiera y decretado que ella reclamaba su propiosacrificio. Y en efecto, tanto como el que más, mucho más que otrosrevolucionarios de su índole, no tan solo entendió que debía lanzar a supueblo a una lucha desesperada, sino que comenzó por lanzarse con él; yaun creo que pensó que, inmolándose en holocausto voluntario, debíamorir a las puertas mismas de la revolución.

¿Quién podrá, por consiguiente, tomarle cuenta de la sangre que sederramó, de las lágrimas que se vertieron, de todo lo que pudo suponeraquella lucha postrera de la actual generación cubana, cuando él fue laprimera víctima, prestándose a su propia inmolación? De ese modo,redimió todo lo que pudiera pensarse que hubo de sombrío en su obra,aceptando para él, espontáneamente, la parte más sombría. Ya antes habíahecho un sacrificio prolongado, que no había sido cruento, pero quehabía sido tan duro, por lo menos, como aquel que hiciera en el momentode morir. Como dije antes, todos los halagos de la existencia fueroncosas por él renunciadas. La estabilidad de la residencia en un puntodeterminado; los lazos establecidos, cada día más firmes, y que hubieransido sin duda lazos de fervoroso afecto respecto de un hombre que tanfácilmente cautivaba el corazón de los otros; la posibilidad de unaposición económica relativamente holgada, que para ello tenía aptitudes,condiciones, simpatía, relaciones e inteligencia bastantes, aunque talvez no el carácter que se necesita para estas apacibles empresas, untanto vulgares; todo esto lo renunció, momento tras momento, un día trasotro de su vida. No tuvo ni siquiera, por mucho tiempo, los placeres delpropio hogar. Errante siempre, de acá para allá; en la propia España, enCuba solo de paso, en los Estados Unidos, en las tierras todas de laAmérica latina; lo principal de su existencia fue preparar y hacerestallar la revolución cubana. Todo lo demás que hizo fue perfectamentesecundario en su vida. Esta fue, pues, una vida de constantessacrificios. Por eso, con toda razón, en una conferencia que pronunciaraen 1894, sobre él, en New York, en la Sociedad LiterariaHispanoamericana, de la cual Martí fue Presidente y fundador, terminabael señor Enrique José Varona declarando que su carrera podíasintetizarse «en la palabra gloriosa que pone un nimbo resplandecienteen torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a losPrometeos, clavados en su roca, y a los Cristos, clavados en su cruz, lapalabra Sacrificio».

En ello, señores, no hizo Martí más que seguir aquella vieja tradiciónde sus mayores; de nuestros mayores, sería mejor decir; ya que la firmedecisión del sacrificio había de ser la única arma de bastante templepara proporcionar a los cubanos la victoria, remota y casi inasequible.Cuando se recuerdan los días preliminares del conflicto, se comprendeque todo el que pensara, ya exaltado por la pasión patriótica o sin esaexaltación y contemplando el espectáculo desde fuera, en que Cuba iba aluchar contra España, en que una revolución no bien organizada iba alanzar el guante a un Estado organizado y con recursos, no podría nuncaconcebir que los revolucionarios aspiraran a un éxito militar decisivo yrápido. Aquella guerra, para resultar, tenía que prolongarse. Se teníael ejemplo de los diez años de martirio anterior, y aquellos diez añosde combate habían producido el efecto de que la riqueza se escapara alpueblo cubano y pasara a otras manos, de que no quedara más que unresiduo de su anterior preponderancia económica. Empeñar una nueva luchaera consumar la ruina completa, porque aquella debilidad frente aaquella fuerza (fuerza y debilidad son siempre relativas) no podíaaspirar a ninguna probabilidad de triunfo, sino mediante unaperseverancia constante en el sacrificio.

Algunas veces, en medio del combate, la posición respectiva de losadversarios se exageraba por unos y por otros; y de aquí que larevolución tropezara con algunos inconvenientes propios de laexageración natural de sus cronistas. Recuerdo, por ejemplo, que elgeneral Máximo Gómez penetró un día en la ciudad de Santa Clara, yestuvo durante algunas horas en la ciudad, y se surtió y surtió a sustropas de calzado y víveres, y ocupó ropas y municiones, y armamentos, ycaballos, y medicinas; y al fin tuvo que marcharse, porque no podíasostenerse a pie firme, en tal lugar, contra las tropas españolas. Dadolo que era la guerra de los cubanos contra España, aquella era, para talguerra, una brillante operación militar; pero si realmente se leanunciaba al mundo, como se le anunció, que el Ejército cubano se habíaapoderado de Santa Clara, de la capital de la provincia central de laisla y que allí se había hecho fuerte contra las tropas españolas, lanoticia tenía el inconveniente de su exagerada importancia; y cuando sesupo después lo que había pasado realmente, la cosa pareció pequeña,precisamente en virtud de su exageración; y el resultado fue que losperiódicos franceses, más tarde, cuando recibían algunas noticias pornuestro conducto ponían delante de ellas, con letra bastardilla,«*Source Cubaine*», para dar a entender que todo aquello era sospechosode exageración, si no de mentira.

Por eso, y antes de hoy lo he dicho, nuestra grandeza verdadera haestado en el tesón del sacrificio. De todos aquellos que han abrigadoese empeño del sacrificio para conseguir la realización de un ideal,ninguno lo ha hecho con más firmeza y más altura y más decisión queMartí; muchos han sido inferiores, ciertamente, a él en este terreno.Por eso creo que el señor Varona tenía razón cuando afirmaba que aquellapalabra era la síntesis más cabal de toda su existencia: en el tiempo desu vida, haciéndola penosa, mirándolo todo como secundario, salvo aquelpropósito fundamental y esencial de todos sus días, uno tras otros; ydespués, al iniciarse la lucha, lanzándose frente al enemigo, buscandola muerte y encontrándola al fin; ¡él no fue más que un sacrificadoconsciente y espontáneo, desde el primer momento hasta el último!

Nosotros somos los herederos de esa obra suya, como de otras obras quese han unido a la de él en una tarea común; y una herencia como esta, noes lícito aceptarla a beneficio de inventario: sus herederos debenaceptarla sin ninguna especie de restricción, con las ventajas y con losinconvenientes, con los bienes y con las cargas. Por eso yo, que hepasado muchas veces como un pesimista, solo porque he visto acaso de unmodo más claro, y he tenido un tanto más de atrevimiento para decirlo enalta voz, lo que había entre nosotros de inconveniente y de malo, me hedado a mí mismo una, si se quiere, inmodesta satisfacción, declarándome,cuando otros me llamaban pesimista, un optimista fundamental. Hasta talpunto, que un amigo que me conoce me reprochaba una vez diciéndome quela lectura de los sucesos pasados iba a producir en mi espíritu unapeculiar atonía, porque cualesquiera que fueran nuestros males, hojeandoun libro de Historia, de cualquier pueblo, de cualquier época,encontraba en sus páginas el relato de una situación infinitamente peor.Y es verdad, señores Representantes. Recuerdo que leyendo una vez en lacolección de monografías históricas publicada bajo la dirección delprofesor Oncken, de Berlín, una *Historia del Islamismo en Oriente yOccidente*, encontré un pasaje en que el autor habla de los Emiratosindependientes que surgieron de la primera invasión mogola, en el AsiaMenor y en Armenia. Hubo una serie sucesiva de años en que toda aquellahistoria tuvo una trágica monotonía desesperante: degüellos depoblaciones enteras, incendios y saqueos de ciudades, exterminio de sushabitantes sin perdón ni aun para niños ni ancianos, lucha incesante delos pueblos entre sí y contra los invasores comunes; tales son lassimétricas y feroces alternativas de aquella historia. Esta no tiene mássucesos que referir que esos que he indicado; y el autor del librodeclaraba que para no repetir hasta la náusea hechos exactamente igualesy

horrorosos, iba a limitarse a decir que aquello duró hasta el añotantos y a dar la lista de los soberanos que reinaron en todo esetiempo. Y yo, al leerlo, pensaba: «¡Todavía los turcos encuentranarmenios que degollar!»; y recordaba con cuánta razón, aunque elconsuelo aparezca, viniendo del diablo, Mefistófeles adoctrinaba aFausto diciéndole: «En vano un día tras otro amontono torbellinos,huracanes, incendios, volcanes y lluvias; extirpo al hombre, creoextirparlo, de la superficie de la Tierra; ¡pero no lo logro endefinitiva, porque aquella maldecida simiente de Adán, jamás perece ysiempre germinal, siempre brota, en ancho río, una sangre vigorosa ynueva!».

Ese debe ser, ciertamente, nuestro consuelo. Ahora, para experimentar entoda su intensidad este consuelo, es preciso hacer un esfuerzo porllegar a una determinada altura moral y mental; porque es preciso darnoscuenta de que ese renacimiento y ese bienestar que mañana nos esperan,tal vez no los gozaremos nosotros; los gozarán tan solo los que vengandetrás de nuestra generación. ¿Qué importa? Nosotros somos en Cuba lageneración que consiguió realizar la libertad. ¿No es esto bastantepremio para nuestro esfuerzo? ¡Si no nos ha sido posible, si no nos hade ser posible llegar también a conseguir la felicidad, pensemos queesta será sin duda el premio de una generación posterior: el nuestro lotenemos ya, lo hemos conseguido!

¿No somos felices en el presente? Hagamos todo lo que hacerse quepa paraserlo en el futuro; y si llegamos a perder la esperanza de serlonosotros mismos, hagamos todo lo posible porque lo sean nuestros hijos.¿Qué mejor recompensa para el esfuerzo de nuestros mayores, para elesfuerzo definitivo que nosotros hicimos? Vivamos, por consiguiente,persuadidos de esa idea, vivamos perfectamente compenetrados de que lageneración que nos precediera fue mucho más desgraciada, mucho mássacrificada que la nuestra. Luchó más tiempo que nosotros. Los que lacomponían se arruinaron por completo, siendo ricos; sufrieron loindecible, habiendo nacido felices; y en medio del vigor de la humanafortaleza, a la mitad del camino de la vida, tristemente se desangrarony murieron; ¡y no tuvieron la compensación que nosotros hemos tenido, lade ver tremolando sobre el suelo de su patria la bandera de susilusiones y de sus ensueños!

Si nosotros lo conseguimos, si al fin pudimos lograrlo y convertirlo enuna realidad, ¿por qué pedir más? Siempre me he dicho esto a mí mismo, yrealmente no he pedido mucho más. Creo, sí, que cuanto haga el hombrepor señalar a sus compatriotas las deficiencias del presente en quevive, es bueno y es saludable; pero debe hacerlo serenamente y sin ira,cumpliendo con su deber de heredero de herencia semejante con tesón yenergía, pero sin desesperarse nunca; comprendiendo que el mal es humanoy que de él no se podrá jamás desligar la humanidad. Porque hay quetener en cuenta que el hombre, considerado como colectividad, progresasolo muy lentamente y adelanta de una manera análoga a aquella empleadapara cumplir su voto por un conde francés que, en la Edad Media, hizo eljuramento de marchar a Tierra Santa caminando cuatro pasos haciaadelante y tres hacia atrás; de manera que andando siete pasos tan soloadelantaba uno. No marcha más rápidamente la humanidad. Al contrario,aun me parece que marcha con mayor lentitud; pero adelanta al fin, y esoes lo único que podemos pedir al Destino. Así el mañana será ciertamentemejor que el presente; y nosotros habremos sido dignos herederos denuestros causantes si vivimos considerando el estado actual de cosas nocomo algo definitivo, que debe satisfacernos, sino como algo transitorioque tenemos necesidad de mejorar. Si estimamos que las condicionespolíticas del presente no son buenas, comprendamos que todo lo que enellas nos parezca malo ha de ser cosa modificable y mejorable; y cadacual desde su punto de vista, harmonizando cuanto quepa su interéspersonal con el interés colectivo, haga todo lo que pueda para conseguirese mejoramiento.

En suma, si pasajeros del momento presente, tenemos por lo menos laaspiración ideal de considerarnos ciudadanos definitivos de una ciudadmás perfecta, que está aun por fundar, y trabajamos para fundarla, ¿quénos impedirá ser más felices, como premio de tal esfuerzo en el futuro?Y así pudiera terminar estas reflexiones con que he entretenido laatención vuestra, repitiendo, aunque para alterarle un tanto su sentido,una frase que se contiene en la epístola de San Pablo a los hebreos: «Notenemos aquí por cierto una residencia duradera, permanente; es unaresidencia futura, una ciudad futura, la que debemos buscar». «*Nonhabemus hic manentem civitatem* 2, *sed futuram inquirimus*!».

Martí

por Federico Uhrbach

El Fígaro, noviembre 30 de 1910

Martí

Ante su mármol

Para Manuel Sanguily, grande de corazón y pensamiento.

Alma, escuda con la malla milagrosa de la rima
el dolor y el desaliento que florecen en tu sima
cuando evoca la tristeza la visión de la contienda,
y fecundo rompa el brote vigoroso del ensueño
con la gloria fulgurante del audaz y heroico empeño 5
y el fugaz deslumbramiento de la trágica leyenda.

Sí en la niebla del recuerdo melancólica perdura
desolada la memoria que en un vuelo de amargura
reconstruye la sangrienta florescencia de tu duelo,
no perturbe de tu llanto la corriente inagotable 10
la salmodia del tributo que se eleva inmensurable
de la patria, en la piadosa gracia cándida de un vuelo.

Si inextinto el sedimento doloroso de la brega
engañosos espejismos simulando dulce entrega
fingen, alma, a tu miseria formular consolaciones, 15
rinde el plácido reclamo de sagrada tregua, el triste
cavilar en la tragedia de tus lágrimas, y asiste
con tu lauro al homenaje de exaltar consagraciones.

¡Cuán radiante en la lejana perspectiva del pasado,
como lampo que emergiera de las ondas de un nublado 20
se destaca luminosa de la pálida penumbra,
la apostólica figura del vidente mensajero
del amor y la justicia, con su rostro de lucero
y el hechizo de su genio que encadena y que deslumbra!

De la gloria a los destellos la romántica silueta 25
del creyente que adunaba sus lirismos de poeta
con la viva llamarada de sus trágicos lirismos,
resplandece como un astro que las almas ilumina
con el fuego milagroso de su bíblica doctrina,
como un rayo de la aurora diafaniza los abismos. 30

Soñador de rara estirpe de sublimes soñadores
que persiguen la anhelada redención de los dolores,
heredad fosca y estéril de los seres infelices,
fue su vida inmaculada de fecundas enseñanzas,
en los tristes vencimientos alentar las esperanzas 35
y en las bregas afanosas restañar las cicatrices.

Prisionero que en la sombra perdió el alba de la vida,
desterrado que en la playa de región desconocida
inició su apostolado domeñando adversidades,
al templar el alma al soplo de rebeldes embriagueces 40
prendió el sol que disipara las profundas lobregueces
que opusieran a su empeño las humanas tempestades.

Las estancias cadenciosas de sus trémulos poemas
guardan bálsamos y mieles, no los fieros anatemas
forjan lanzas aceradas en la urdimbre de su estrofa, 45
y en la gama de su verso melancólico y flexible
hay, si hiere, un dulce ruego de perdón indefinible,
y un espíritu doliente y amoroso si apostrofa.

Incansable peregrino de un errante y largo viaje,
fue llevando por las rutas de su audaz peregrinaje 50
en la alforja de sus sueños su dolor de clima en clima,
su dolor que fue acicate, voz nostálgica de aliento,
al lanzar, transfigurado, su profético lamento
en la breña de la pampa y en la nieve de la cima.

Con su influjo persuasivo de amoroso misionero, 55
anunció la buena nueva prodigando en el sendero
de su gracia luminosa floraciones tempraneras,
y simula en la grandeza de su inmenso simbolismo
un radiante Nazareno de exaltado iluminismo
de un Jordán próvido y nuevo predicando en las riberas. 60

De su voz al suave encanto de sutiles inflexiones
la piedad acariciaba los heridos corazones
como un trémolo de liras, como un trémolo de auroras,
y el fulgor ultraterrestre que irradió en clarividencias,
fulguró como la estrella que orientaba las conciencias 65
a las márgenes lustrales de las iras redentoras.

Paladín de una cruzada de gloriosos caballeros
que oficiaron por la patria con la cruz de sus aceros,
ofreciose en holocausto como símbolo y proclama,
y cayó como una torre que alevoso el rayo asedia, 70
reflejando en la pupila la visión de la tragedia
y prendiendo un meteoro del zodiaco de la fama.

«Martí: su vida y su obra»

por Néstor Carbonell

Oración pronunciada el día 23 de febrero de 1911, en el Ateneo de La Habana

Señoras y señores: o mis buenos amigos y buenos compañeros, JesúsCastellanos y Max Henríquez Ureña, entusiastas organizadores de estashermosas lides del pensamiento, me hicieron el honor de invitarme paraque consumiera un turno en ellas, consulté la mente, y no hallé tema queme subyugara: consulté luego el corazón, y hallé, José Martí. Con esteamado nombre por bandera y por escudo, escalo esta tribuna. Pero yo novengo aquí como juez a juzgar su personalidad, ni como crítico aanalizar su obra letra luego difundir por los aires el juicio que lorebaje o enaltezca. No es ese mi propósito: quede tarea tan difícil comoingrata, para quien tenga más ambición que la mía y menos temor de susaber y su persona. Yo vengo aquí, sin más autoridad que la del limpiocorazón enamorado de lo sublime, a rememorar, siquiera sea brevemente,la vida meritísima y gloriosa, la vida llena de infinitas ternuras ycruentos martirios de ese enorme soñador melancólico, caballero de todaslas justicias, que sufrió por la patria al través de los años de suexistencia, cuanto hombre puede sufrir, y cayó desplomado de su corcelde guerra, para no levantarse jamás, como un Aquiles de poema, en latrágica hermosura del combate, peleando como simple soldado por lalibertad, en un luminoso mediodía de mayo.... Yo vengo aquí a recordarsus doctrinas, su bello y magnífico ideal: la República con todos y parael bien de todos, la República de «ojos abiertos» y sin secretos, laRepública equitativa y trabajadora, ancha y generosa, altar de sus hijosy no pedestal de ellos, la República cuya primera Ley fuera el amor y elrespeto mutuo de todos los derechos del hombre, la República culta, conlos libros de aprender al lado de la mesa de ganar el pan, la Repúblicacon su templo orlado de héroes, la República sin camarillas, sinmisterios y sin calumnias, ¡la República! y no la mayordomía espantada ola hacienda lúgubre de privilegios y monopolios irritantes; la Repúblicajusta y real en donde fuera un hecho el reconocimiento y la práctica delas libertades verdaderas. Yo vengo aquí, hoy que crece en nuestro sueloel manzanillo enfermo del pesimismo,

y en que diríase que se estápudriendo y desmigajando por momentos el alma nacional, a evocar sumemoria sagrada, y al evocarla, a pedir a vosotros todos—y en vosotros atodos mis conciudadanos—, menos política aleve, menos intriga sutil,menos ambiciones, menos complicidades, menos emboscadas tenebrosas: ymás piedad para los yerros y ofensas, y más respeto para todos lospreceptos constitucionales, y más rectitud para rechazar a los que seancapaces de invitar al deshonor y al crimen, y más pureza para defenderlos principios patrios, y más voluntad para no codearse con los viles, ymás valor para sacarlos por el cuello y ponerlos adonde el sol los quemey los destruya.... Yo vengo aquí, a rendir el tributo infeliz de mispalabras, al literato insigne, al poeta sincero, al orador maravilloso,al hombre tierno y sonoro, grande y bueno, que despertó en mi alma, yacon las armonías incomparables de su joyante prosa, ya con los trinosmelodiosos de sus versos, ya con el himno triunfal de su vozpitonisaria, el amor inextinguible por la Libertad y la Belleza; alhombre cuya cabeza ya está hueca, cuyos labios ya están mudos, cuya manoestá ya deshecha, al apóstol y al mártir que reposa para siempre en laalmohada eterna y en el inmortal silencio.... Vengo aquí, en fin,trémulo y reverente, como hijo agradecido y amoroso, a ofrendarle mispobres flores, mis flores descoloridas y sin perfume, mis pobres floresque acaso manos traidoras arrebaten y despedacen, atendiendo al dolorque en algunos vivos proporciona la glorificación de aquellos muertoscuyas virtudes no saben; o no quieren imitar.... Sí, porque es tristecosa, pero es lo cierto; todo aquel que posee una cualidadextraordinaria, lástima, sin más que eso, al que no tiene ninguna: nohay bien de uno que no traiga la tristeza de otro; no se rinde homenajea un muerto que no vaya acompañado por malignas lágrimas o malignassonrisas. El mundo rebosa de gentes que sufren con todo triunfo ajeno yquisieran ir por él con una pica derribando cuanto les sobresale: y degentes parasitarias que se ríen de todo lo que no comprenden. Pero...desprecio para ellos los envidiosos y desdeñosos de oficio, ¡lástima desus humanas envolturas tan vilmente rebajadas! Aunque, quién sabe si porello son más grandes los grandes de la tierra, los que han pasado sindoblar las rodillas por el mundo. Ellos son la espuma que salpica labarca y también la ola que la lleva a seguro puerto; la nube que ocultala estrella y también la sombra que la hace resaltar; el puñal que hierey que envenena y la mano que venda y que restaura; el chiste raquíticoque rebaja y la oda resonante que eleva y dignifica; la multitud querecrimina y aplasta y el pueblo que corona y premia; los gusanos quedestruyen el cadáver y las flores que crecen sobre las sepulturas. Ellosson la consagración: no hay gloria completa sin el beso de una hermosa ysin la mordedura de un malvado; nadie puede llamarse francamentetriunfador si no ha sentido posarse sobre su frente tiernas miradas demujeres y crueles y sarcásticas miradas de hombres... ¡Ah! quién diera amis palabras la pujanza de águilas bravías o potros cerriles, parapregonar con ellas a despecho de afilados dientes y rastreros silbidos,y no ya por la isla infeliz, sino bajo todos los techos del mundo, elgenio y la bondad del divino maestro. Pero mis palabras, débilesmariposas, apenas si podrán en su vuelo llegar hasta vosotros, y apenassi podrán expresar el sobrenatural trastorno que de mí se ha apoderado,desde que sé, porque lo he prometido, que es deber mío rememorar su vidallena de sacrificios y perdones, recordar sus doctrinas bañadas de fe yamor, decir algo que sea de su literatura y poesía originales, rendir mihomenaje de admiración y de cariño entrañable al hombre sin tacha, apesar de fealdades e impurezas de la tierra, al hombre dulce y amable,que es hoy, al cabo de quince larguísimos años de desaparecido, luzserena y deleitosa en mi cerebro, ternura y bondad y alas en micorazón... ¡Su vida! ¿Y podrá el pensamiento desbordado seguirla en sucarrera de gloria y de dolor? ¿Podrá la palabra humana, humo y cáscara,y vestidura tantas veces de las más bajas pasiones, relatar tantagrandeza como encierra su vida? Nació José Martí en cuna humilde, en LaHabana, el 28 de enero de 1853, en la casa marcada con el n.º 102 de

lacalle de Paula. Nació en plena corrupción colonial, cuando era Cubamártir, el vertedero de todo lo podrido, el refugio de todos losestorbos, de todos los hambrientos y desocupados de España, cuando eranuestra tierra, el criadero de una milicia viciosa y enfermiza, robada ala Agricultura y a la Industria de su país; cuando era esta ciudad,jardín de América hoy, corral blando y holgado de Capitanes Generalesinfecundos, logreros e imperiosos; cuando la bandera roja y gualdaflotaba sobre nuestra casa y a su sombra los cubanos estaban condenadosa perpetua cobardía y los españoles autorizados para enriquecerse yengordar sus vicios insolentes; cuando el criollo moría en la miseria yel peninsular paseaba satisfecho en el carruaje comprado con el oro quemanaba del crimen; cuando había más cárceles que escuelas, y el látigoinfamante chasqueaba sobre las espaldas de los hombres de una raza tannecesitada de justicia como la nuestra; cuando el cubano que no sesometía a servir de celestino al pisaverde madrileño que lo solicitara,iba a purgar su osadía en el presidio; cuando el talento de los nativosdormía echado bajo la bota del déspota ceñudo, y la capa torera sobrelos hombros y la cinta de hule en el sombrero, eran los únicospasaportes de honor y las únicas cédulas de vida, verdaderas. Entoncesnació Martí. Fue su padre don Mariano, español, y Sargento cumplido delEjército; y su madre, doña Leonor Pérez, hija de Canarias. El sábado 12de febrero del mismo año en que naciera, fue bautizado en la iglesia delSanto Ángel Custodio por el presbítero don Tomás Sala y Figuerola. Alnacer Martí su padre desempeñaba el cargo de Celador de Policía, o loque es lo mismo, tenía título sobrado para matar o encarcelar a los queno creyera fieles a la *madre patria*. Pero don Mariano era un hombrehonrado aunque de escasa inteligencia y maneras rudas y despóticas.Cuando Martí tenía un año de nacido, lo llevaron a España a donde fueronsus padres a visitar unos parientes. Cerca de diez meses estuvieron porValencia, al cabo de los cuales regresaron a La Habana, continuando donMariano en el desempeño de su antiguo destino. Los padres, pues, deMartí, españoles, lo educaban en el amor a España y en la sumisión másabsoluta a su Gobierno. Y la aspiración más ardiente de ellos era el veralgún día a su «Pepe»—así lo llamaban—empleado en la misma faenapoliciaca que el viejo. Pero aunque el hombre no viene al mundo hecho,sino que se hace y se moldea al calor de los acontecimientos, Martí,rebelde desde niño a freno y reclusiones, fue como esos robles vigorososque levantan su copa robusta a pesar de la enredadera que los envuelva yde los gusanos que lo roan. Verdad que Martí fue un genio, y los genioscomo los volcanes traen sus entrañas hechas: ellos mismos se tejen elamor y se acrisolan la capacidad. Se nace rey como se nace esclavo, peroquien lo nace no se da cuenta de ello hasta que no manda y es obedecido,o hasta que no lo mandan y obedece. Martí, dijérase que trajo al nacerla infinita comprensión del porvenir. En él se realizó el milagro: de unhuevo de paloma nació un águila; en el áspero huerto creció el lirioperfumador....

En una escuela de barrio, de la que contaba él que no podía olvidarse,porque a su maestro le debía que sus orejas estuvieran más separadas dela cara que lo regular, aprendió las primeras letras. De allí salió alos nueve años para el colegio «San Anacleto», que en aquel entoncesdirigía en esta capital el culto educador Rafael Sixto Casado. Y fue eneste colegio donde comenzó a sobresalir, siendo el primero en las clasesy el ganador de todos los premios; donde comenzó a mostrar que no eraaire lo que traía en la cabeza sino pensamiento y acción. De esa niñezsuya, estudiosa, contaba Fermín Valdés Domínguez y cuenta todavía eldoctor Eduardo F. Plá, sus condiscípulos dichosos en las aulas felices,rasgos asombrosos de inteligencia y de carácter. Y fue de ese colegio dedonde su padre, creyéndolo ya bastante ilustrado lo sacó para emplearlode Escribiente en la Celaduría. Y acaso si se hubiera sepultado allí yse hubiera malogrado el grande hombre, si Francisco Arazoza, un buenamigo de don Mariano, a espaldas de este, no le hubiera dado dinero paramatricularse en el Instituto de Segunda Enseñanza, y lo hubiera alentadopara

que siguiera en sus estudios. Estos los tuvo que abandonar, empero,meses después, hostigado por el autor de sus días que no estimabanecesario para desempeñar su empleo, ni para aspirar al de Celador,saber más de lo que él ya sabía. Sin embargo, el ansia de ilustrarse lollevó más tarde, cuando solo contaba catorce primaveras, al plantel deeducación, «San Pablo», colegio de Segunda Enseñanza que fundó y dirigióen aquel tiempo, el culto y valiente poeta Rafael María de Mendive. Enél se ganó el cariño y la estimación de su Director y estrechó laamistad con Fermín Valdés Domínguez, quien le abrió su casa acomodada,le prestó sus libros y le colmó de sincero afecto. De los más dulcestiempos de su vida fueron esos: y del solaz de ellos, del gozo de ellos,vino a sacarlo, sacudiéndole las más recónditas fibras del corazón, elgrito de independencia lanzado en Yara, en la madrugada heroica del 10de octubre de 1868, por el varón ilustre, por el caudillo insigne, porCarlos Manuel de Céspedes. Días después redujeron a prisión, en elCastillo del Príncipe, a Rafael María de Mendive, más tarde deportado aSantander: y cuentan que Martí, ansioso de ver a su amado maestro, sefue al Gobierno, y sin más recomendación que su persona, consiguió unpase para poderlo visitar: y allí iba él diariamente, al calabozo delcubano prisionero, a llevarle el consuelo de su agradecimiento y suternura. El toque de clarín de Yara, primero, haciendo vibrar su jovenalma de patriota, la prisión de su viejo amigo, los sucesos deVillanueva, y otros desmanes y abusos cometidos por el Gobierno deEspaña en Cuba, fueron seguramente los que fijaron en su mente la divinaidea de libertad y la necesidad de conquistarla. Fue entonces como sudespertar glorioso. Fue entonces acaso que se juró en secreto a ella ycelebró sus bodas con la patria: fue entonces que recibió esaconsagración del dolor que sublima el alma y señala cumbres desconocidasal pensamiento....

Cuando Mendive salió para España a cumplir condena, Martí, a quien laexistencia se le quedó por esa causa como sin luz y sin guía y sinamparo, empleose, con el fin de ayudar a su padre, siempre gruñón ydescontento de él, en el escritorio de don Cristóbal Madan, antiguoamigo del bardo desterrado. A su vez, Martí seguía sus estudios en elInstituto de Segunda Enseñanza. Y cuentan que en las horas que mediabande clase a clase, se reunía un grupo de estudiantes para hablar depolítica: y que era siempre Martí, el que más hablaba y con másentusiasmo, de los problemas de la patria, y que daba gusto oír de suslabios infantiles, sentencias y frases hermosas, como de adulto hecho yaa manejar los tiempos y a crearlos: como de hombre hecho a clamar, adesatar batallas y a desplegar victorias.... En esa misma época, y comoDomingo Dulce, Capitán General de la Isla, decretara la libertad deimprenta, comenzó Martí a publicar en compañía de Valdés Domínguez unperiódico titulado *El Diablo Cojuelo*, al mismo tiempo que dirigía *LaPatria Libre*, siendo este último el periódico donde publicó por vezprimera su poema «Abdala», canto brioso y fulgurante de levantadoespíritu patriótico. Para él fue un día de júbilo casi celestial, un díade esos en que el sol parece como que retoza en las almas, aquel en quevio publicado sus versos. Mas, poco le duró este contentamiento, puescuando llegó a su casa mostrando su producción, los padres, que noestaban de acuerdo con esos juegos de la fantasía y viriles arranques decubanismo, lo castigaron severamente. Otros han tenido los besos de lospadres como el aplauso primero a sus demostraciones de hombría, de sabery de talento: Martí no; Martí no tuvo en el hogar más que áspera voz,seca riña, cruel amenaza, injusta reprensión de la mano como únicarecompensa a sus precoces anhelos de gloria y honores....

Y llegó el momento aciago en que había de sufrir el primer castigo, enque había de comenzar a descender la cuesta de la vida, por amar a supatria, ser hombre, y negarse al serrallo. Corría el año de 1869. Era el4 de octubre. Acusados por unos voluntarios, Eusebio Valdés Domínguez,hermano de Fermín, Manuel Sellén y Atanasio Fortier, del *enorme delito*de haberse

burlado de ellos al pasar de regreso de una gran parada, porla casa de la familia de Valdés Domínguez, vinieron, ya entrada lanoche, a prenderlos. Con ese motivo efectuaron un registro en la casa yacitada, ansiosos, seguramente, aquellos forajidos, de hallar algo quesancionara la matanza. En el registro llevado a cabo, encontraron, entreotras cosas, una carta cuyo sobre estaba todavía sin cerrar, y quehabían escrito y firmado Martí y Fermín Valdés Domínguez, paramandársela a un condiscípulo de ellos que había cometido la mala acciónde apuntarse como oficial de un regimiento, siendo criollo, para ir acombatir a sus hermanos que en esos momentos bregaban y sangraban porconquistar para ellos y para todos, casa libre y justa. La breve carta,escrita por Martí, estaba redactada en estos términos: «Señor Carlos deCastro y de Castro: (así se llamaba el traidor) Compañero: ¿Has soñadotú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo secastigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo deRafael María de Mendive, no dejará sin contestación esta carta». Estehecho determinó la prisión de Martí y de Fermín Valdés Domínguez, siendoambos juzgados en consejo de guerra. Ante el Tribunal fueron llamadoslos dos. Valdés Domínguez, primero, declaró que él había sido el autorde la carta y de las dos firmas. Pero cuando Martí fue interrogado,jadeante y como si llevara en el pecho una montaña, se acercó a losjueces, y afirmó con enérgica y vibrante voz que él si era el único yverdadero autor de la carta citada. Y para corroborar de maneraelocuente su aserto, formuló duros ataques contra la dominaciónespañola, su tiránica política y sus hombres nulos e infames. Este fueel primer discurso de Martí y la primera demostración pública de sutalento y su carácter irreductibles. Hay hombres que vienen al mundocomo los huracanes y las avalanchas, purificando y retumbando desde quenacen. Así Martí. Diez y seis años contaba entonces, «el bozo en flor yel pájaro en el alma» y España quiso matarlo. El Fiscal pidió para él lapena última y para Fermín Valdés Domínguez diez años de presidio. Peroel fallo fue: seis años de prisión para Martí y uno para su camarada deinfortunios e ideales. Y Martí fue a presidio. Lo que allí sufrió él, lodijo en páginas que todavía gotean sangre, en su folleto «El presidiopolítico en Cuba» y en el que exclamaba: «Dante no estuvo en presidio.Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras deaquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su infierno. Lohubiera copiado y lo hubiera pintado mejor. Si existiera el Diosprovidente, y lo hubiera visto, con una mano se habría cubierto elrostro y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación deDios». Y fue luego deportado a Isla de Pinos y más tarde enviado aEspaña en calidad de deportado. Para ella embarcó el 15 de enero de1871. Momentos antes de salir le escribía a su benefactor señor Mendive:«De aquí a dos horas embarco desterrado para España. Mucho he sufrido,pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzaspara tanto, y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente unhombre, solo a usted lo debo y de usted y solo de usted es cuanto debueno y cariñoso tengo. Diga usted a Micaela que si he tenido muchasimprudencias, la bondad con que las disculpa me hace quererla más. Y aPaulina y a Pepe y a Alfredo, y a todos mi afecto. Muchísimos abrazos aMario: y de usted toda el alma de su hijo y discípulo». Así escribía asu viejo amigo, poco antes de salir para el destierro, poco antes deabandonar su patria y su hogar y sus libros el mancebo estupendo quehabía de ser más tarde el Libertador de su pueblo, y el que le arrancarasu última presa en América a la hambrienta monarquía española.

A España llegó Martí, apesadumbrado, pobre, comido de pesar el corazón.A causa del grillete que había llevado se le formó un tumor del cual looperaran dos veces y las dos sin éxito. Primeramente vivió en Madrid delescaso producto de unas clases que daba a los niños de don LeandroÁlvarez Torrijo y a los de la Viuda del General Ravenet. Vivía, como esde suponerse, miserablemente. Viviendo así se lo encontró, cuando fuedeportado a España por los sucesos del

27 de noviembre de 1871, FermínValdés Domínguez, su amigo, o más bien, su hermano. Y como ValdésDomínguez llevaba en la bolsa, oro bastante, se instalaron juntos enamplias habitaciones, bien situadas. Y Martí comenzó una nuevaexistencia. Mejoró de salud, se le animaron los ojos tristes, y de nuevoemprendió sus estudios. En esa época y no obstante estudiar sindescanso, el tiempo no le faltaba para escribir folletos, parapronunciar discursos desde la tribuna de la logia «Armonía», para hacerversos, y para hablar con sus paisanos de las enfermedades de la patriay de sus curas posibles y necesarias. Una noche en que para tratar sobreel asesinato de los Estudiantes de Medicina, se reunieron los cubanosallí residentes, Martí habló: y recuerda uno que estuvo en aquellareunión memorable, que fue su discurso relampagueante, encendido,arrebatador; y recuerda también, que sucedió esa noche una cosasobrenatural. Colgando de la pared, sobre la tribuna, había una mapa deCuba, y cuando Martí, lleno del más tierno lirismo hacía una invocacióna su patria llorosa y rodeada de cadenas, cuando la concurrencia,suspensa de su palabra, temblaba de emoción, el mapa cayó como unacorona sobre su cabeza. ¡Fue como si su tierra toda entera, respondieraa su llama miento! Y cuando la proclamación de la República enEspaña—golondrina fugaz como un suspiro—, Martí puso en manos deEstanislao Figueras, un largo escrito abogando por la independencia deCuba. Y cuando los federales en sesión solemne celebrada en la Academiade jurisprudencia, quisieron hacer declarar a los cubanos de Madrid quese contentaban con la República federal española, Martí, allí presente,se opuso a ello, y en un debate que lo mantuvo en pie siete horas, echópor el suelo esos propósitos. Martí se opuso también a la creación enMadrid de un Casino Cubano. Por eso y por otros rasgos más, fue a suspocos años, y en plena Corte de España, como el verbo y el alma de supueblo atormentado y miserable....

Debido a que Fermín Valdés Domínguez enfermó gravemente y los médicos lerecomendaron que cambiara de aires, pasaron Martí y él a Zaragoza endonde apenas llegados, se ganaron el afecto y la estimación de los hijosde aquel noble pedazo de España. Los *insurrectos* los llamaban enAragón, pero los llamaban así, sin ira y sin odio. Martí en Zaragoza lofue todo, el orador en las reuniones, el escritor en los periódicos, elpoeta siempre. En una velada organizada para recoger fondos con quealiviar la miseria de las viudas y huérfanos de los bravos quesucumbieron por defender el honor que un rey criminal quiso asesinarles,Martí pronunció una oración bellísima, y el señor Leopoldo Burón recitóunos versos, también suyos, alusivos al acto. En Zaragoza obtuvo Martí,el grado de doctor en Derecho a título de suficiencia, y el de doctor enFilosofía y Letras, a pesar de la marcada oposición del claustro deaquella Universidad carlista. Así, a puro esfuerzo, entre flaquezas eimpulsos, entre dentelladas y sonrisas, sin morder el mérito ajeno,caminando siempre del lado de los pobres, y sin andar de pedigüeño porentre bastidores y escaleras, se hizo hombre, ¡grande hombre!, el niñobondadoso del hogar infeliz, el sufrido presidiario de las canteras deMedina, el joven enfermizo y desterrado de la península ibera, nuestroJosé Martí....

Y con sus títulos de Abogado y doctor en Filosofía y Letras, dejó lanación hispana, en 1873, y se fue a visitar a París, Londres y otrasimportantes ciudades de Europa, siguiendo luego viaje a México, en dondele esperaban, ansiosos de abrazarlos, sus padres y hermanas. En México,tierra ancha y generosa en la que los cubanos han hallado siemprealegría y calor de propio hogar, lo recibieron con marcadasdemostraciones de aprecio. A poco de estar Martí entre los mexicanos,era altamente conocido y admirado como periodista, profesor, dramaturgo,orador y poeta. Durante los cuatro años que en esa República permaneció,fue Director de *La Revista Universal*, la cual se escribía a vecesdesde el fondo hasta las gacetillas; conferencista en el *Liceo*

*Hidalgo*y en otras Sociedades; autor dramático en los principales teatros. Lostrabajadores de Chihuahua lo nombraron Diputado al Congreso de Obreros yel Gobierno lo colmó de atenciones a cada instante. Martí, sin el grandeamor por su patria, hubiera sido en México, como en cualquier otro país,conductor de conciencias. Pero la estrella heráldica que lo llevó amorir entre el humo y el fragor de la metralla, le seguía como unlamento y como el grito de una madre: de ahí que ese hombre que pudo sermonte coronado de flores, viviera por mucho tiempo, errante y vagabundo,sin plantar su tienda, fija la mirada en la isla hermosa, donde no habíajusticia sin soborno, ni honor sin castigo, ni pan sin mancha.

En México, trémulo de femenil pasión y llena el alma como siempre, delansia de morir a caballo, peleando por su país, escribió él, aquellacomposición suya, titulada «Patria y mujer»; composición que expresabien, la grandeza de su alma, arrullada por suspiros de amor y agitadapor gritos desesperados de deber. Lleno de ternura el corazón y pobladala mente de trágicas visiones, escribió sin duda esa valiente poesía dela que yo recuerdo estas estrofas:

«Otra vez en mi vida el importuno
suspiro del amor, cual si cupiera,
triste la patria, pensamiento alguno
que al patrio suelo en lágrimas no fuera.

.....

»Y ¿con qué corazón, mujer sencilla,
esperas tú que mi dolor te quiera?
Podrá encender tu beso mi mejilla,
pero lejos de aquí, mi alma me espera.

.....

»Miente mi labio si se acerca al tuyo,
mienten mis ojos si de amor te miran;
de mujeril amor mis fuerzas huyo:
en incorpórea agitación se inspiran.

»Amo yo más el árbol que sombrea
la tumba incierta del guerrero hermano,
que ese nido de perlas que hermosea
blonda más débil que tu amor liviano.

.....

»Sus cuerdas una la robusta lira,
y el corazón sus átomos perdidos:
a un solo amor mi corazón aspira,
para un solo guarda latidos.

.....

»Este cuerpo gentil rebosa vida,
y cada árbol allá cobija un muerto:

a todo goce esta mujer convida,
a toda soledad aquel desierto.

.....

»No habla de amor mi corazón que late:
cuando en mi corazón hay un latido,
es que me anuncia que en algún combate
un héroe de la patria ha perecido».

.....

De la tierra del padre Hidalgo, el cura heroico, pasó a principios de1877, a Guatemala, deteniéndose antes en La Habana, a recoger unascartas de presentación para distintas personalidades del Gobierno deaquella República. Allí, apenas sacudido el polvo del camino, fuenombrado Catedrático de Derecho Político, y Director de la *RevistaGuatemalteca*. Allí escribió, a petición del Gobierno, un dramahistórico en cuatro actos y en versos, y también allí, una angelicalalma de niña, sintió por él la más purísima de las pasiones. Era unadistinguida señorita, hija de un General ilustre de aquel país, que loamó locamente. Y dicen que Martí sufría como de un crimen, al tener quemostrarse indiferente ante aquel amor primaveral. Pero él cuando fue aGuatemala, ya estaba comprometido en México con Carmen Zayas Bazán, aquien hizo luego su esposa y es hoy su viuda respetada: por eso no amóMartí aquella criatura tan tierna y talentosa. Martí salió a México denuevo a contraer matrimonio, y volvió casado a Guatemala. Y dicen que lapobre enamorada murió entonces de dolor, del dulce mal de sentirdemasiado las ingratitudes de la vida. Martí, años después, pensando sinduda en esa historia romántica que estremeció su existencia, escribióestos divinos versos de ternura y melancolía:

«Quiero a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

»Eran de lirio los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda....

»Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

»Iban cargándola en andas
Obispos y Embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores

»...Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:

él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.

»Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

»...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

»Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

»Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!».

Otras pasiones inspiró Martí, a otras mujeres, pero acaso ninguna tanpura y tan hermosa como esa que inspiró a la niña de Guatemala, la delas manos de lirios y la frente purísima: luz y música hecha carne.... Ycuando de orden del señor Ministro de la Guerra se le quitó la direcciónde la Escuela Normal de aquel país, a su amigo y paisano José MaríaIzaguirre, renunció puestos y honores y vino a Cuba, ya firmada la pazdel Zanjón, en 1878. La Habana lo recibió afectuosamente. Primero sepuso a trabajar como abogado, aunque sin jurar su título, en los bufetesde don Nicolás Azcárate y Miguel Viondi, dándose luego a conocer de suspaisanos como orador, en notables discursos y conferencias pronunciadasen el Liceo de Guanabacoa, y en un brindis que hizo en un banquetecelebrado en honor del genial periodista Adolfo Márquez Sterling. Cuatrofueron las veces que habló Martí en el Liceo de Guanabacoa. La primerasobre el realismo en el Arte; la segunda sobre su amigo, el poetaAlfredo Torroella, en que arrancó lágrimas; la tercera sobre los dramasde don José Echegaray, y la cuarta, sobre el insigne violinista DíazAlbertini. A esta última asistió el General Blanco, Capitán General dela Isla entonces, y notables personalidades cubanas y peninsulares. Ydice Miguel Viondi que Martí habló de tal manera, de patria y libertad,que el General Blanco se retiró de la fiesta diciendo al señor Azcárate:«quiero no recordar lo que yo he oído y que no concebí nunca se dijeradelante de mí, representante del Gobierno Español: voy a pensar queMartí es un loco...». Y añadió: «pero un loco peligroso». A pesar deltrabajo excesivo y de su dedicación a la literatura, Martí no dejó undía de conspirar desde que llegó a La Habana. Su casa era un centro deconspiración y un templo de arte: allí se reunían tan pronto, hombres dearmas y acción, para hablar de guerra, como se reunían hombres de sabery pensamiento para hablar de «suspiros y risas, colores y notas». Mástarde, el mismo general Blanco, creyéndolo—como era la verdad—complicadoen aquel conato de revolución de 1879, le pidió que hiciera públicaprotesta de adhesión al Gobierno de España, a lo que él indignadocontestó: «Martí no es de la raza de los vendibles». Y fue nuevamentedeportado a España, de donde se fugó al poco tiempo, pasando a París yde allí a

New York, lugar en que siguió conspirando, conspiración queculminó con aquel desembarco en Cuba de Calixto García, el gloriosoGeneral de la frente horadada. Y cuando él vio el fracaso de aquellaintentona y palpó la dolorosa realidad, se fue a Caracas, la ciudad deBolívar, y allí agrupó en torno suyo numerosos admiradores y amigos. EnCaracas dio clases de oratoria a una juventud valiosa. Varias veces a lasemana y por espacio de dos horas, vibró su voz elocuente en mitad desus alumnos que lo escuchaban maravillados. Y consignó uno de aquellos,que «en una de las sesiones oratorias, le sirvió de tema el pueblo deIsrael, y con lenguaje expresivo y sublime enarró las maravillas deaquel pueblo excepcional»: que no era posible decir cosas más hermosas ypoéticas, pero «que cuando el orador se consideró en la cumbre del monteNebo y presentó al pueblo israelita y a Moisés contemplando la tierraprometida, su elocuencia fue nueva, sorprendente, y lo sublime parecíapoco ante aquel espíritu transfigurado por el pudor cuasi divino de lasideas». Fue en Venezuela que dijo, hablando de la independencia deAmérica: «El poema de 1810 está incompleto y yo quise escribir su últimaestrofa». Luego Martí, no pudiendo amoldarse a las exigencias delGobierno de aquella República, del cual era entonces Presidente elgeneral Guzmán Blanco, salió de allí, despidiéndose en una cartabellísima de los venezolanos que amó. A esa carta pertenece estepárrafo: «Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra;vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; susesperanzas plácemes; sus penas, angustias; cuando se tienen los ojosfijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en sucamino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no semerman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De Américasoy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación,sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni haypara labios dulces copa amarga ni el áspid muerde en pechos varoniles;ni de su cuna reniegan sus hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla:ella tiene en mí un hijo». De Venezuela pasó, de nuevo, llena el alma detristezas y emociones viriles, a la Babel moderna de los rubiosmocetones y las nevadas inclementes: a New York, a esa ciudad de lasansias, de las regatas, de los afanes, de las prisas, a ese hornocolosal donde se sazona el egoísmo y se pierden entre espirales de humoy ruidos de maquinarias, los besos y las lágrimas....

Triste, apesadumbrado, como un náufrago que después de clamar en vano enla noche vacía y negra, arriba a playa desconocida, así llegó Martínuevamente a New York. Pero tuvo un consuelo, una medicina que de losmás graves males cura al hombre: las ternuras y cuida dos de su esposaque allí lo esperaba y los besos de su amado chiquitín, el hoy coronelde nuestro Ejército. Sacudió sus lágrimas calladas, escondió sus penashondas, y comenzó a trabajar en la tierra hostil y ajena. El conocer alos hombres, tanto como los conocía, lo hizo superior a todas laspasiones: de ahí que pudo, entre gentes que miden, que desdeñan, queempujan, que desprecian, que viven con el apetito desmesuradamenteabierto, pasear su amable cultura y oceánica bondad, y sacar a puerto ycon honra, su divina existencia. Veamos cómo se abrió paso en el puebloáspero y extraño. No era él de los soberbios que se impacientan porqueno le conocen el talento, aprisa, ni de los pobres de espíritu queporque los visite el dolor, languidecen y desmayan o se despedazan elcráneo; sino de los de enérgica voluntad y firme intento: de los quevencen. Las alturas se han hecho para subirlas: en lo más elevado deellas, crece, casi siempre, el laurel que da sombra a toda la vida. Éllo sabía, y se sentía con la fuerza inquieta y seductora de los queposeen la capacidad de mirar desde lo alto. Martí fue en New York, y enel período de diez años, dependiente de una casa de comercio en la cualllevaba los libros de contabilidad y contestaba la correspondencia;redactor de *El Sun*, el gran diario americano; corresponsal de variosperiódicos de la América Latina, para los cuales escribía kilométricasepístolas, verdaderos estudios filosóficos y literarios de asuntos yhombres de los

Estados Unidos; traductor de la casa editora «Appleton»;redactor de *La América*, y el *Economista Americano*, Director de *LaEdad de Oro*, revista exclusivamente para niños, a los que amabaentrañablemente; profesor en «La Liga», la Sociedad de los necesitadosde cariño y hambrientos de sabiduría; representante de tres naciones,Uruguay, Paraguay y la Argentina, en la gran plaza norteamericana; yalma en pie siempre, para responder a todo llamamiento cubano, bienfuera para remediar miserias o para mitigar dolores. Jamás pasó unafiesta del patriotismo, de recordación gloriosa, sin que él tomaraparte. Año tras año, cada diez de octubre, aniversario glorioso de aqueldía sublime, Martí dejaba oír su pintoresco, brillante y enérgicolenguaje, «flores tristes y lanzas enlutadas» que él depositaba a lospies de los héroes muertos. En el sudor y la fatiga del trabajo vivía,pero consagrado a Cuba, a desenterrar su epopeya de luz y a añadirle yhacerla entender, a los que parecían no querer entenderla: y a laAmérica nuestra entera, a su América enferma. En 1883, invitado paratomar parte en la grandiosa fiesta con que los representantes de lasRepúblicas latinoamericanas, en New York, habían de conmemorar elCentenario del nacimiento de Bolívar, Martí asistió a ella, y habló yderramó a raudales, en legiones de primorosas frases, los productos desu genio. Y terminó con estas palabras: «¡Brindo por los pueblos libresy por los pueblos tristes!» ¡Siempre pensando en Cuba! En la «SociedadLiteraria Hispano Americana», de la cual era Presidente, el alma toda,fueron innumerables las veces que hizo Martí resonar su palabraportentosa. Allí Martí habló sobre México, sobre Centro América, sobreVenezuela, sobre Bolívar. Hablando de Bolívar dijo, entre otras muchascosas grandilocuentes: «¡Oh no! En calma no se puede hablar de aquel queno vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña portribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libresen el puño y la tiranía descabezada a los pies!». Sobre Espadero habló,el de «El Canto del Esclavo», «el que aprisionó en sus notas, como enred de cristal fino, los espíritus dolientes, que velan y demandan desdeel éter fulguroso y trémulo del cielo americano»; sobre Heredia, nuestrogran Heredia: y donde al hablar de ese divino poeta, tuvo un arranque depatriótico ardimiento en que exclamó: «Si entre los cubanos vivos no haytropa bastante para el honor ¿qué hacen en la playa los caracoles que nollaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas que gimenestériles en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes que no se juntanfaldas contra faldas, y cierran el paso a los que persiguen, a loshéroes?». Y siempre, y en todos los casos, la patria salía por suslabios a relucir, altiva y llorosa, como una tórtola gemidora queabrigara un cóndor bravío....

Pero injustos o malvados—que siempre ha de haber injustos o malvadoscerca de todo grande hombre—, lo tacharon una vez de mal cubano, en1885, cuando él se opuso a los trabajos emprendidos por algunos jefes dela revolución del 68 para llevar una guerra nueva a Cuba, por creerlaincompleta y parcial, y por estimar que con ella solo se lograríaalarmar y ensangrentar inútilmente el país, en vez de asegurarle suentusiasmo y confianza para cuando se pudiera llevar a la isla la guerrapujante, digna y definitiva. De una carta en que hacía referencia a suoposición a ese movimiento revolucionario y al silencio en que semantuvo por un espacio de tiempo, es este párrafo: «Crear una rebeliónde palabras en momentos en que todo silencio sería poco para la acción,y toda la acción es poca, ni me hubiera parecido digno de mí, ni mipueblo sensato lo hubiera soportado. Ya yo me preparaba a emprendercamino ¡quién sabe a qué y hasta dónde!, en servicio activo de unaempresa, y cuando creí que el patriotismo me vedaba emprenderlo, ¡quétristeza, qué tristeza moral de la que nunca podré ya reponerme! ¿Cómoserviré yo mejor a mi tierra? me pregunte: Yo jamás me pregunto otracosa; y me respondí de esta manera: Ahogando todos tus ímpetus;sacrifica las esperanzas de toda tu vida; hazte a un lado en esta horaposible del triunfo, antes de autorizar lo que creas funesto; mantenteatado, en esta hora de

obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal atu tierra so pretexto de servirla bien. Y sin oponerme a los planes denadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en el silencio,significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida deun pueblo sino con un espíritu de generosidad, casi divino, en que losque se sacrifican por él, garanticen de antemano, con actos y palabras,el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sushijos, en vez de poner como harán los malvados, sus propias manos, enella, so capa de triunfadores. La independencia de un pueblo consiste enel respeto que los deberes públicos demuestre a cada uno de sus hijos.En la hora de la victoria solo fructifican las semillas que se siembranen la hora de la guerra. Un pueblo antes de ser llamado a guerra tieneque saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después. Tanultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, yroca la determinación de ver guiadas las cosas de mi tierra de maneraque se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y sereconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la queexprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo». Unanoche de conmemoración gloriosa, en ese tiempo, al ir a ocupar Martí latribuna, el auditorio pidió con marcadas muestras de hostilidad, quehablara otro antes que él, otro que era *patriota*. Y Martí tomó asientoy escuchó tranquilo, de labios pálidos de cólera, alusiones injustas; ycuando fue a la tribuna él, y el público esperaba que se desatara endenuestos, que vaciara su ira sobre cuantos le eran contrarios, fueronsus palabras como voces de perdón. Sus palabras llevaban el desquite:parecía como si con un manojo de lirios azotara las frentes de lospecadores: sus anatemas eran alfileres con alas.... Esa noche triunfó yya más nunca dejó de ser el triunfador. En todo demostraba Martí lasextraordinarias condiciones que lo sacaron por encima de los demáshombres... ¿No lo dijo él? «Si los hombres nutren con sus manosprácticas lo que tienen de fieras, yo haré con las mías por nutrirles loque tienen de palomas». Y así era, ministerio purísimo de amor y deternura, brazos de par en par abiertos para todos los hombres....

Fue en ese tiempo, durante esos años, que Martí mostró con más pujanzala largueza de sus conocimientos y la infinita anchura de su genio.Filósofo, poeta, economista, diplomático, políglota, periodista, orador,legista, estadista, de todo se mostró Martí entonces, en aquel herviderode pasiones e intereses. Allí se le veía tan pronto en la tribuna,predicando, como se le veía en el periódico, en el informe, en larevista literaria, en la traducción, en el libro de versos. Allí publicóél su *Ismaelillo*, un primoroso y pequeño volumen de composicionesbreves; en las que su alma de padre, salta y brinca y chispea, entre loscabellos rubios y los pies ligeros de su hijo. Y también *Versossencillos*, en el que cada estrofa, responde a un estado de espíritu, yen el que como él decía: «a veces ruge el mar, y revienta la ola, en lanoche negra, contra la roca del castillo ensangrentado; y a vecessusurra la abeja, merodeando entre las flores».

De *Ismaelillo* es este primoroso juguete:

Sé de brazos robustos,
blandos, fragantes;
y sé que cuando envuelven
el cuello frágil,
mi cuerpo, como rosa
besada, se abre,
y en su propio perfume
lánguido exhálase.

Ricas en sangre nueva
las sienes laten;
mueven las rojas plumas
internas aves;
sobre la piel, curtida
de humanos aires,
mariposas inquietas
sus alas baten;
¡savia de rosa enciende
las muertas carnes!

Y yo doy los redondos
brazos fragantes,
por dos brazos menudos
que halarme saben,
y a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme.
¡Lejos de mí por siempre
brazos fragantes!

Y este otro:

Por las mañanas
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.

Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.

Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!

¡Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en solo un beso!

Y este, que es como un suspiro hondo:

Qué me das ¿Chipre?
Yo no lo quiero:
ni rey de bolsa
ni posaderos
tienen del vino
que yo deseo;
ni es de cristales
de cristaleros
la dulce copa
en que lo bebo.

Mas está ausente
ni despensero,
y de otro vino
yo nunca bebo.

Y estas estrofas sueltas cogidas al azar de los *Versos sencillos*:

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,
sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Busca el Obispo de España
pilares para su altar:
¡en mi templo, en la montaña,
el álamo es el altar!

Si ves un monte de espumas
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Amo la tierra florida,
musulmana o española
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo;
vengo del sol, y al soy voy;
soy el amor: soy el verso!

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:

¡yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!

Hay montes, y hay que subir
los montes altos: ¡después
veremos alma, quién es
quién te me ha puesto a morir!

Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

Yo quiero cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi tumba un ramo
de flores y una bandera.

Y cuando el destino le ofrecía el goce de una existencia bella,sosegada, cómoda; cuando su talento reconocido y su grandeza deespíritu, le daban asiento firme entre los que ya podían echarse adescansar, formó con su vida una flor, y la puso a los pies de lapatria. Era el año 1891, y era el mes de octubre. Anunciado que en unavelada, patrocinada por el club «Los Independientes» de New York, quehabía de celebrarse en recordación de los héroes del 10 de octubre de1868, tomaría parte principal Martí, quien desempeñaba el cargo deCónsul General de la Argentina, Uruguay y Paraguay en dicha ciudad, elMinistro de España protestó ante los respectivos Gobiernos, y él, con undesprendimiento asombroso, renunció a sus cargos diciendo: «¡Antes quetodo cubano!». Hay hombres que suben, como suben las zarzas y laspiedras que tienen en su cúspide las montañas: otros son montañas y lascoronan flores y las visitan víboras. Martí fue de esos. Hombre montañadesde la cual se puede ver pasar hoy y se verá mejor, a medida que losaños vayan limándola, toda el alma compleja y revuelta de esa época decreación y amargura. El hecho de renunciar a todo bienestar por Cuba,hizo resonar su nombre como un trueno, en donde quiera que habíacubanos. Martí, si perdió con ese acto, el gusto y el regalo de su vida,ganó en prestigio entre sus compatriotas, para los cuales fue desdeentonces, antorcha encendida de patriotismo, brazo infatigable, el*pensamiento a caballo* como lo llamó un ilustre hombre americano, elaltar más hermoso y más puro de las libertades cubanas.

Martí supo conquistar gloria: y cuando la conquistó, no la puso a precioen mercadería, ni se puso a vivir de ella en ocio cobarde, sino que seconsagró a sembrar con sus manos, la buena semilla republicana entre suscompatriotas emigrados.... Así, cuando días después de este hermosohecho, fue invitado por el Presidente del Club «Ignacio Agramonte» deTampa—la ciudad levantada a puro esfuerzo por los cubanosproscriptos—para que tomara participación en una fiestapolítico-literaria que dicho Club había de celebrar, él respondióaceptando; y vencidas algunas dificultades, el 25 de noviembre de 1891,a la una de la madrugada, bajo una lluvia tenaz, arribó jubiloso a laestación, henchida de cabezas, de aquel pueblo de hombres libres que

loamaba ya sin conocerlo y que fue, por el sino misterioso de las cosas,cuna de la gloriosa revolución del 95 que sacó a la vida libre nuestranacionalidad. A la siguiente noche, día 26, Martí dejó oír su palabrasedosa y centelleante en aquel Liceo histórico, que yo añoro ahoraentristecido, y me veo niño, llena el alma de ilusiones, escuchandoexaltado al pie de la tribuna, los tiernísimos acentos de su vozincomparable. Lo que allí dijo Martí no hay frases que lo abarquen. «PorCuba y para Cuba» tituló él su discurso, y por ella y para ella fuecuanto su palabra, a veces impetuosa, a veces desgarradora, expresó. Sudiscurso fue todo amor, todo esperanza, todo verdad. Señaló todos losmales que podrían la tierra de sus amores, los escollos con que se habíade tropezar y la manera de vencerlos. Habló de los egoístas y losmiedosos y los críticos que siempre le salen al encuentro a toda obracuando esta se halla en los sudores de la creación, y dijo: «¿Pero quéle hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podríanhacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa alcodo como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo,aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta; esfango en las artesas, el oro puro en que el artista talla luego susjoyas maravillosas; de lo fétido de la vida, saca almíbar la fruta ycolores la flor: nace el hombre del dolor y la tiniebla del senomaternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; ¡y las fuerzasmagníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan yconfunden, no parecen de lejos, a los ojos humanos sino manchas!».Hablando de los peligros que podían hacer desfallecer y cejar al cubanoen su afán de libertad, decía entre otras cosas: «¿O nos ha de echaratrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por genteimpura que está a paga del Gobierno español, el miedo a andar descalzo,que es un modo de andar ya, muy común en Cuba, porque entre los ladronesy los que los ayudan, ya no tiene en Cuba zapatos más que los cómplicesy los ladrones?». Los pechos todos vibraron de entusiasmo y de cariño alescucharlo, y el alma de todos, como una marejada, lo envolvió y llenóde una titánica alegría. ¡Él vio sin duda en aquella noche radiosa, enaquella noche memorable, al terminar su oración, a su pobre patriallorosa, entre convites y villanías, de barragana y flor marchita por elmundo, y vio también, alucinado por el estruendo de los aplausos y losvítores, a caballo el ejército de la Libertad, echándose sobre lospalacios podridos donde se cobijaban las almas de coleta y sotana,símbolos de la secular dominación de España....

A la siguiente noche, 27 de noviembre, habló sobre el asesinato de losestudiantes del 71, y su discurso fue una joya, una flor que no sesecará nunca sobre la tumba de los ocho adolescentes. Y el 28 del mismomes, salió de nuevo para New York, en donde a los pocos días recibió unejemplar del periódico *El Yara*, de Cayo Hueso, que dirigía elirreductible cubano José Dolores Poyo, y en el que se expresabavivamente el deseo de que les hiciera una visita. Con este motivo, Martíle escribió el 25 de diciembre del mismo año, una carta a Poyo, en laque le daba las gracias por haberle adivinado sus deseos de visitar alos cubanos del peñón rebelde. En esa carta le decía entre otras cosas:«¿Pero cómo ir al Cayo de mi propia voluntad como pedigüeño de fama queva a buscarse amigos, o como solicitante, cuando quien ha de ir en mí,es un hombre de sencillez y de ternura, que tiembla de pensar que sushermanos pudieran caer en la política engañosa y autoritaria de lasmalas Repúblicas? Es tan dulce obedecer el mandato de los compatriotas,como es indecoroso solicitarlo. Es mi sueño que cada cubano sea hombrepolítico enteramente libre, como entiendo que el cubano del Cayo es, yobre en todos sus actos, por su simpatía juiciosa y su elecciónindependiente, sin que le venga de fuera de sí, el influjo dañino dealgún interés disimulado. Pues aunque se muera uno del deseo de entraren la casa querida, ¿qué derecho tiene a presentarse de huésped intimo,a donde no lo llaman? Mejor pasar por seco—aunque se esté saliendo decariño tierno el corazón—, que pasar por lisonjeador, o buscador, oentrometido, que

faltar con una visita meramente personal al respeto quedebo a la independencia y libre creación de los cubanos. Pero mándenme,y ya verán cuán viejo era mi deseo de apretar esas manos fundadoras». EnCayo Hueso hubo indecisión sobre si debía o no llamársele. Pero por fin,y por acuerdo del Club «Patria y Libertad», se le llamó. Martí salióenseguida para Cayo Hueso, siendo acompañado en su viaje, desde Tampa,por representantes de los Clubs «Ignacio Agramonte», y «La LigaPatriótica». El 25 de diciembre llegó, mal de salud, al Cayo. Noobstante, habló varias ocasiones, arrebatando al auditorio, hasta queya, verdaderamente enfermo, le prohibieron los médicos que saliera de suhabitación. En cama estuvo doce días, al cabo de los cuales, un tantorestablecido, se levantó y visitó, uno por uno, todos los talleres,predicando la fe patriótica. Más tarde, en una reunión a que citó y a laque asistieron varios jefes de la guerra del 68, se expuso la idea deorganizar bajo una sola, bandera a los cubanos emigrados. Martí recogióesa idea y redactó entonces, ese monumento de amor y de concordia que sellama: «Bases del Partido Revolucionario Cubano». De regreso de CayoHueso pasó por Tampa, siendo aprobadas en esta ciudad las referidasbases, siguiendo a New York, en donde lo esperaba un gran pesar: lacarta denostadora que el General Enrique Collazo, por error o ceguedaddel momento, le escribiera desde La Habana, y que firmaron con él, otrasdistinguidas personalidades de la revolución. A esa carta contestó Martícon otra que es como un blando arroyo de aguas puras que llevara en sucorriente la hoja de una espada. Refiriéndose a los ataques personalesque se le hicieron escribió: «Y ahora señor Collazo, ¿qué le diré de mipersona? Si mi vida me defiende nada puedo alegar que me ampare más queella. Y si mi vida me acusa, nada podré decir que la abone. Defiéndamemi vida. Queme usted la lengua señor Collazo, a quien le haya dicho queserví yo a la madre patria. Queme usted la lengua a quien le haya dichoque serví de algún modo, o pedí puesto alguno, al partido liberal. Creoseñor Collazo, que ha dado a mi tierra, desde que conocí la dulzura desu amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto a sus pies muchasveces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario paramorir en su defensa». Este incidente quedó satisfactoriamente arregladopara ambos servidores de la patria, polvo hoy uno y luz en el recuerdo,y reliquia viva el otro, escapada al peligro del naufragio y de lamuerte....

A la sazón, por todas las emigraciones iban siendo conocidas y aceptadaslas «Bases del Partido Revolucionario Cubano»: y el diario de abril de1892—aniversario de aquel otro 10 de abril de Guáimaro—, quedóproclamado este y nombrado Martí, por el cómputo de votos de todos losemigrados, Delegado, cargo que llevaba en sí la suprema dirección de lostrabajos de esa gigantesca corporación, que fue casa, tribuna ytrinchera de las libertades cubanas en el exterior....

Desde el momento en que asumió Martí ese cargo, comenzó la labor másextraordinaria que pueda imaginarse la mente humana. De New York, pasó aCosta Rica, a entrevistarse con los generales Antonio y José Maceo, yFlor Crombet, de los cuales tuvo la aprobación más calurosa por lostrabajos emprendidos. En Costa Rica habló y fundó Clubs, pasando luegopor segunda vez a México en donde despertó el entusiasmo patriótico delos cubanos. El 15 de septiembre de 1892, le dirigió una carta algeneral Máximo Gómez, invitándolo a que aceptara la investidura deencargado supremo del ramo de la guerra, a que «ayudara a organizardentro y fuera de la isla, el Ejército Libertador que había de poner aCuba, y a Puerto Rico con ella, en condiciones de realizar con métodosejecutivos y espíritu republicano su deseo manifiesto y legítimo deindependencia». En dicha carta invitaba al generalísimo, a ese nuevosacrificio, en momentos en que no tenía más remuneración queofrecerle—según sus palabras—«que el placer del sacrificio y laingratitud probable de los hombres»; invitación a la que el generalGómez contestó

aceptando, en noble y generosa carta, y a la que Martícorrespondió, yendo a visitarlo en Santo Domingo, la República hermanapor la gloria y el martirio. De Santo Domingo emprendió Martí unaexcursión por todos los pueblos de la Unión Americana y algunos deAmérica Latina, volviendo a New York. Allí su vida era un vértigo. Seescribía *Patria*, el periódico que fundó, junto con el «PartidoRevolucionario», contestaba una numerosa correspondencia, fundaba clubs,escribía artículos de propaganda, en inglés, para periódicos deFiladelfia y New York, y pronunciaba discursos. Relámpagos parecía teneraquel hombre por músculos, tal era la prisa en que vivía. Increíbleparece que aquel cuerpo flaco y endeble, encerrara dentro de sí espíritutan gigantesco y tan fuerte, hecho a golpes de zarpas y a caricias deala, capaz de abrir surcos y levantar cimientos y capaz, de poemizar eldolor e idealizar el martirio; apto para abrigar una tempestad y paraecharse todo entero en el cáliz de un jazmín....

En 1893, la intentona de Purnio y su fracaso le quebrantaron la salud.Pero no por eso se echó como débil mujerzuela a llorar tristezas, sinoque después de publicar un manifiesto de levantado espíritu patriótico,continuó, con más bríos si cabe, la tarea enorme de hacer patria, tareaque fue sobre sus hombros una cruz, semejante a la que llevara, a travésde su calle de Amargura, el Cristo dulce y bueno de los cristianos.Igualmente que los sucesos de Purnio, muestra evidente de la inquietudque ya reinaba en la isla mártir, los pronunciamientos de Lajas yRanchuelo, en 1894, lo magullaron hondamente. Pero, incansable, a cadagolpe se levantaba más potente. A fines de ese mismo año fue que,teniéndolo ya todo dispuesto para la lucha, escribió a Eduardo H. Gato,el cubano rico del Cayo, una carta, que es un poema de dolor, pidiéndole$5000 y otra a José María Izaguirre, cubano rico de New Orleans,pidiéndole cantidad parecida. De la carta a Gato son estas frases: «Todominuto me es preciso para ajustar la obra de afuera con la del país. ¿Yme habré de echar por esas calles, despedazado y con náuseas de muerte,vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuandousted con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo conholgura, y de cubrir con mi serenidad los movimientos?». «Si le escribomás me parece que le ofendo. Usted es hombre capaz de grandeza: esta essu ocasión. ¿Le prestaría a un negociante $5000 y no a su Cuba? Deme unarazón más de tener orgullo de ser cubano». Y de la carta a Izaguirreeste es el final: «¿Me lastimará usted mi fe? ¿Y en vano habré salido sufiador? Porque lo garanticé desde el principio como si hubiéramoshablado de esto y tuviera autoridad de usted para su oferta. ¿No me lada su vida y nuestra amistad? Le saluda la casa y quiero que me quierapor haber tenido esta certeza de usted, no en la hora de la gloria, sinoen la del sacrificio. Yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho devivo. Me matarán de bala, o de maldades. Pero me queda el placer de quehombres como usted me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírvame como sinunca más debiera volverme a ver». Y esos cubanos respondieronmandándole lo que él les pedía. ¡Y cómo no! ¿Se podía negar, se podíadecir que no, a quien pedía de ese modo, resplandeciente de limpieza yde angustia? Dispuesto todo para emprender la empresa definitiva,recorrió por última vez las emigraciones, y cuando se detuvo en unpuerto de la Florida, en enero de 1895, ya todo lo tenía preparado paracaer sobre su tierra a bandera desplegada. Tres barcos, «Amadís»,«Lagonda» y «Baracoa», cargados de armas y pertrechos ya estaban parasalir de Fernandina, cuando las Autoridades de aquella ciudad, losdetuvieron. La traición de un miserable, que estará mientras viva, librede todo, menos del remordimiento, vendió su poderoso plan. Entonces síque sufrió Martí lo indecible. Imagínenselo triste, rabioso,colérico—¡colérico él, Dios mío!—viendo acaso en el espanto y horror desus ojos desmesuradamente abiertos, descender sobre su patria como unsudario de muerte, y sobre su corazón como una mano de hierro....

Perseguido por los Agentes españoles salió de Fernandina y llegó a NewYork. Allí le volvió la vida: ¡podía salvar parte de las armasapresadas! Y el 29 de enero escribió la orden de levantamiento para losjefes de la revolución en Cuba, y el 31 salió en compañía de losgenerales María Rodríguez y Collazo para Santo Domingo, con el fin deunirse allí con Máximo Gómez. Se detuvo en Cabo Haitiano, en donde pasóvarias semanas de verdadera zozobra, rodeado de malvados e impotentes.Allí fue a moverle con furia, el espíritu, la noticia del levantamientodel 24 de febrero, la noticia de que ya en su tierra se peleaba,cumpliendo órdenes suyas, por el decoro y la libertad. Esto lo animó ydesesperó más. Después de ese momento ni el sueño ni el descanso lehicieron falta: vivía en una constante actividad. Así vio pasar todo elmes de marzo y llegar abril, y sin poder embarcarse para las playasamadas, donde ya se moría como él sabría morir. El 25 de marzo, ya envísperas de viaje, en el *pórtico* del *gran deber*, le escribió a suamigo, el dominicano y poeta y escritor, Federico Henríquez Carvajal,una carta que alguien ha llamado su testamento político, y de la cualvienen a mi mente estos conceptos que debía grabar todo cubano en lo máspuro y bueno de sus entrañas: «Yo evoqué la guerra: mi responsabilidadcomienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nuncatriunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que darrespeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable einexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo únicoquedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejosde los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quienpiensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por másque a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que elinterés de sus representantes ponen en el curso natural de los sucesos.De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Peromi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador:morir callado. Para mí ya es hora. Pero aun puedo servir a este únicocorazón de nuestras Repúblicas. Las Antillas libres salvarán laindependencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de laAmérica inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y yo a rastras con micorazón roto. Yo obedezco, y aun diré que acato como superiordisposición y como Ley americana, la necesidad feliz de partir, alamparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos porsobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace lacordillera de fuego andino». En esta carta dejó Martí mucho de su almallena del himno glorioso de la naturaleza y de la íntima majestad de lodivino. Pero donde puso todo el corazón rebosante de ternura y amor, fueen la carta última, que le escribió a su anciana madre, entonces aquí,al lado de los que se sentaban a la mesa del jerez y de la manzanilla acomer el plato del robo y de la villanía. Oíd esa carta: «Madre mía: Hoy25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yosin cesar pienso en usted. Usted se duele en la cólera de su amor delsacrificio de mi vida: y ¿por qué nací de usted con una vida que ama elsacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde esmás útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía,el recuerdo de mi madre. Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. Ojalápueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí. Yentonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahorabendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sinlimpieza. La bendición». ¡Yo no sé que se pueda decir más y de maneramás genial en tan pocas palabras! Si Martí no hubiera escrito más queesta carta, por ella solo tendría asiento perdurable entre los hombresque saben lo que es un adiós, lo que es desafiar la muerte, ¡y lo queuna madre significa!...

Y llegó por fin el momento feliz, término de todas sus angustias,satisfacción de todos sus anhelos. Después de publicar el grandiosomanifiesto de «Montecristi» de despachar el barco

expedicionario paraMaceo, de vencer cuantas dificultades le salieron al camino, se embarcó,en unión de cinco compañeros, Máximo Gómez, Paquito Borrero, ÁngelGuerra, César Salas y Marcos del Rosario, en un vapor alemán que habíallegado de paso a Cabo Haitiano, y que según la promesa de su Capitán aMartí, los conduciría cerca de las costas de Cuba y les cedería un botepara llegar a tierra. Oíd el relato, hecho a tajos, de esa odiseamilagrosa. Era el 10 de abril, día glorioso dos veces en los anales dela historia cubana, cuando se echaron al mar esos hombres magníficos; yel 11, a pocas millas de la costa, detiene el vapor que los conducía sumarcha, bajan la escala, echan al agua uno de sus botes y en él seinstalan los seis expedicionarios «con gran carga de parque y un sacocon queso y galletas». Y a las seis horas de remar, bajo un cielo negroy tenebroso, arrullado por olas alborotadas, caen sigilosos sobre lacosta de Cuba, llenos de una dicha superior al peligro que habíancorrido y que habían de correr. Ya en tierra, cargados como bestias,subieron los espinares y pasaron las ciénegas y cruzaron ríos crecidos ysubieron cumbres, hasta que dieron con la guerrilla baracoana de FélixRuenes «hombre de consejo y moderación» como lo llamó Martí, y a quienla gloria le crece ya sobre la sepultura. Oigamos las impresionesprimeras de Martí, en los campos de Cuba libre: «Hasta hoy no me hesentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mipatria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo.Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que loshombres se ofrecen al sacrificio». «Es muy grande mi felicidad: sinilusión alguna de mis sentidos ni pensamiento excesivo en mí propio, nialegría egoísta y pueril, puedo decir que llegué al fin, a mi plenanaturaleza; y que el honor que en mis paisanos vea, en la naturaleza quenuestro valor nos da derecho, me embriaga la dicha con dulce embriaguez.Solo la luz es comparable a mi felicidad». Cerca, de la costapermanecieron Martí y sus compañeros hasta el día 16 que salieron condirección a la jurisdicción de Guantánamo. Los españoles, sabedores dela llegada de los expedicionarios y de que rondaban por esos lugares, lesalieron al encuentro en número de cuatrocientos hombres. Y el día 27,por suerte, estando ya Martí y los suyos con las fuerzas de Garzón yMariano Sánchez y José Maceo que asumió el mando de todas, fueronatacados por el enemigo. De este encuentro contaba Martí: «Me sientopuro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño. ¿Por qué mevuelvo a acordar ahora de la larga marcha, para mí la primera marcha debatalla que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valientey sencillo José Maceo? Porque fue muy bella y quisiera que ustedes lahubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones y los seres que meson queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos, aunlos pocos de la expedición de Baracoa, los seis y los que se nos fueronuniendo, revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma,esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo comoa pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros hanvencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columnaentera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero solo pelearon cien;ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertosen brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nosesperaban cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo; nosabrazan y nos vitorean; nos suben a caballo y nos calzan las espuelas;¿cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino? ¿nila sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en lacartera que le puso de almohada un jinete nuestro?». «Ya duerme elcampamento: al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto almachete y el revólver, y de almohada mi capa de hule: ahora, abro eljolongo y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas lasestrellas... a las tres de la madrugada! A las cinco abiertos losojos...». «A cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete y el cortede palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera,porque de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje másremedios que ropa,

y no para mí que no estuve más sano nunca. Y ello esque tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más quesaber como está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo elmilagro del iodo. Y el del cariño, que es otro milagro; en el que andocon tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecervergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finuraen el sentir que embellece, por entre palabras pícaras, y disputas yfritos y guisos, esta vida de campamento». Hasta aquí de sus cartas.Triunfal fue la marcha de Martí por los campos de Cuba libre: por dondequiera que pasaba iba dejando—como dicen que proclamaba José Maceo—,*vergüenza y alegría*. Más de diez veces les habló Martí a fuerzascubanas en guerra y siempre les dejó la mente en alto y el almacontenta. ¡Todavía viven algunos de los que oyeron a caballo y con lamano a la cintura su elocuencia arrebatadora: todavía viven algunos delos que le vieron sin cansancio y sin fatiga andando con el rifle alhombro por las montañas agrias, por los pedregales ásperos, por los ríoscreídos, por las ciénegas espantables.

Y llega el 19 de mayo, el día aciago, el día tremendo. El sol lucía enel zenit. Martí y Masó estaban acampados en Vuelta Grande cuando llegóel General Gómez y fue como un jubileo el campamento. Masó y Martí yMáximo Gómez le hablaron a las fuerzas y fueron vitoreados y aclamados.A poco avisan las avanzadas que estaban cerca de Dos Ríos la proximidaddel enemigo. De Vuelta Grande a Dos Ríos había poco más de una legua.Los soldados cubanos, entusiasmados por las arengas que acababan de oír,a vuelo de caballo se ponen frente a los contrarios. En breves momentosel combate se generaliza; la atmósfera se preña de humo y olor apólvora; el aire es épico. Entonces es que Martí, desmadejado elcabello, los ojos fúlgidos y relampagueantes, el pecho henchido deorgullo, enardecido, arrebatado, impaciente por el sacrificio e inquietopor la emulación, invita a la carga a su ayudante Ángel la Guardia—aquelfiero aguilucho caído en Victoria de las Tunas—, aviva con las espuelassu noble bruto, y gozoso como un niño que ha crecido un palmo, y como sihubiera alcanzado a ver, reducido a la pequeñez de un montón de carnehumana, todo el Gobierno de rencores, de insultos, de envidias, demezquindades, de ambiciones, de la oligarquía esquilmadora que le vejabasu tierra, se echa sobre los rifles enemigos y cae acribillado abalazos, con la limpieza y majestad de un Dios, del brazo de la muerteque es inmortal, y coronado por la fulgente claridad del martirio y dela gloria.... Así terminó, así se obscureció para siempre, la lámparapura y serena de aquel gran cerebro, «dictador de genio»; así dejó delatir aquel gran corazón, profesor de virtudes; así, entre chocar deaceros y estampidos de fusilería, pasó el gran Apóstol a ser huéspedeterno de la suprema luz. Allí, en los campos de Dos Ríos, campos yapara siempre memorables, se apagó aquel astro inmenso que parecíainmortal; allí cayó peleando por la independencia de su patria,arremetiendo contra los defensores de la tiranía, la cabeza imperialdescubierta y nutrida de leyendas y de asombros, con el alma en el aire,el batallador infatigable que fue para los cubanos, con sus racimos depalabras y sus manantiales de ternuras, como otra isla sonora yespiritual.... Allí, a aquellos campos, en silencio, que recogieron suúltima mirada y su último suspiro y que supieron también del primergrito de desolación y de angustia que arrancó a los suyos su caída; allídebieran ir en legiones los cubanos vivos, a purificarse y a lavarse desus culpas y pecados. Allí, a aquellos campos donde entregó su vida elhéroe más puro y grande del poema de hierro de nuestras guerras deindependencia, debieran ir los que ahora, olvidados de todo lo que nosea su personal interés, ponen la patria de cabalgadura y de látigo lagloria que conquistaron en su defensa; los *prácticos* eternos que nopiensan ni por un momento en la gloria de morir peleando por la libertady sí en lo cómodo de vivir, aunque sea de rodillas, a los pies de losamos del momento; los que no saben que hay algo más triste que seresclavo, y es mostrar que no se es

digno de ser libre... ¿Y se perderáentre los cubanos el recuerdo de existencia tan pura, tan meritísima yejemplar? ¿Será tanta nuestra pequeñez, que ocupados en buscar lacomodidad y el gusto y el regalo personal, no miremos que se nos puedecaer la casa de todos, la obra santa que él coronó a costa de su sangre?¿Será todo chiste, ira, medro? Inspirémonos en él, y depongamos nuestrosagravios y nuestras inquinas: amémonos los unos a los otros, y clavemosen lo más firme y alto de nuestra tierra la bandera de nuestranacionalidad. Y vigilemos para que de su triángulo rojo no se salgajamás la estrella solitaria, ni para hundirse en la nada, ni para dar subrillo, entonces más sola que nunca, entre el montón de estrellas delpabellón americano....

Hasta aquí de su vida; de su obra hablaré en otra ocasión.

Y ahora, Maestro y Padre, escucha: el niño aquel que en la emigración tesiguió febril, enamorado de tu bondad y tu talento, el niño aquel quepor serlo, no te acompañó en la hora de tu muerte, se ha hecho hombre yte es fiel, y de las semillas de amor que tú le dejaste caer en elpecho, esto es el fruto. Tu memoria lo fortalece como una esperanza,como un faro lo guía, como un ala lo levanta. Y si es verdad que la vidahumana no es toda la vida, si es verdad que después de ella hay otraexistencia superior, ordena, que él no quiere para sí mayor gloria quela de obedecer a tu mandato. Él no se cansa de predicar tus doctrinas nide continuar, a la medida de sus fuerzas, tu obra de ensanchamiento y dereparación universal. Tus libros, que ahora mismo Gonzalo de Quesada, tubuen Gonzalo, publica para reverenciarte, constituyen su Biblia. Y todaslas noches, al poner la cabeza sobre la almohada libre, piensa en ti, ymurmura agitado como por un temblor de héroe: Maestro ¡gloria a ti!Padre, bendito seas....

Amistad funesta

Novela

Capítulo I

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manosdemasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra alos familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas dela magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas ypuntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio deaquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día, ¡esasflores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! Elalma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco seoscurece, la desdicha empieza. La práctica y conciencia de todas lasvirtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de losmás nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un soloextravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luzazul, y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnoliaelegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en susmecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas,en sus vestidos de mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosasJacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próximaa morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselinablanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robustay profunda, que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, «porqueno se conocía aun en los jardines la flor que a ella le gustaba: ¡laflor negra!».

Las amigas cambiaban vivazmente sus impresiones de domingo. Venían demisa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos;de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como floresdesatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas,desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludadoal pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquelmediodía por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esasmañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas, abiertas depar en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a losdueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se hanvisto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir asaludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Losviejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza máserguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón.Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejorchaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y susombrerín de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad,descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecenllagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanascontinúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y lospobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos atrechos en una guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de lasarrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos,carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parece que van contentos, ycomo de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietudmagna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que laabuela tarda! Los maridos ¡qué celos de la misa, que se les lleva, consus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo vienecargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendoen la semana para traerlos a la gente menor hoy domingo, de losmazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, delos caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, qué carruajeel de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no sesabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas pusosus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la Casa deExpósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, concintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan.¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una horaen la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de queresponde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que harobado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintaslargamente, con un beso entrañable y religioso! El sombrero de Adela eraligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarsede un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante yamenazador; se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes,enroscadas sobre el sombrero de Adela como una boa sobre una tórtola:del fondo de

seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtrabaoscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracterestodavía no se definen: ¡ay, en esos mercados es donde suelen los jóvenesgenerosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindosvasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de lavida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío eimpasible que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos laafable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, comosi siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo semantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras deLucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelanteque hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a ungesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: ¡te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabes que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame elsecreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo: porque esecaballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelanade ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves; ya Juan no viene—y se levantó Lucía; fue a uno delos jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que deun lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó sin piedad de sutallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora,royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

Asomó en este momento por la verja dorada que dividía el zaguán de laantesala que se abría al patio, un hombre joven, vestido de negro, dequien se despedían con respeto y ternura uno de mayor edad, de ojosbenignos y poblada barba, y un caballero entrado en largos años, triste,como quien ha vivido mucho, que retenía con visible placer la mano deljoven entre las suyas:

—Juan, ¿por qué nació usted en esta tierra?

—Para honrarla si puedo, don Miguel, tanto como usted la ha honrado.

Fue la emoción visible en el rostro del viejo; y aun no habíadesaparecido del zaguán, de brazo del de la buena barba, cuando Lucía,demudado el rostro y temblándole en las pestañas las lágrimas, estaba enpie, erguida con singular firmeza, junto a la verja dorada, y decía,clavando en Juan sus dos ojos imperiosos y negros:

—Juan, ¿por qué no habías venido?

Adela estaba prendiendo en aquel momento en sus cabellos rubios unjazmín del Cabo.

Ana cosía un lazo azul a una gorrita de recién nacido, para la Casa deExpósitos.

—Fui a rogar—respondió Juan sonriendo dulcemente—, que no apremiasen porla renta de este mes a la señora del Valle.

—¿A la madre de Sol? ¿de Sol del Valle?

Y pensando en la niña de la pobre viuda, que no había salido aun delcolegio, donde la tenía por merced la Directora, se entró Lucía, sinvolver ni bajar la cabeza, por las habitaciones interiores, en tanto queJuan, que amaba a quien lo amaba, la seguía con los ojos tristemente.

Juan Jerez era noble criatura. Rico por sus padres, vivía sin elencogimiento egoísta que desluce tanto a un hombre joven, mas sinaquella angustiosa abundancia, siempre menor que los gastos y apetitosde sus dueños, con que los ricuelos de poco sentido malgastan en empleosestúpidos, a que llaman placeres, la hacienda de sus mayores. De sípropio, y con asiduo trabajo, se había ido creando una numerosaclientela de abogado, en cuya engañosa profesión, entre nosotrosperniciosamente esparcida, le hicieron entrar, más que su voluntad, dadaa más activas y generosas labores, los deseos de su padre, que en ladefensa de casos limpios de comercio había acrecentado el haber queaportó al matrimonio su esposa. Y así Juan Jerez, a quien la Naturalezahabía puesto aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de loshombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran ytuercen la vida de las generaciones nuevas en nuestros países, a pasar,entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, losaños más hermosos de una juventud sazonada e impaciente, que veía en lasdesigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en losesfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos yfecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblacionescuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversiasforenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril.

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, laluminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberescorrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojosllevaba como una desolación, que solo cuando hacía un gran bien, otrabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de solque entra en una tumba, en centelleante júbilo. No se le dijera entoncesun abogado de estos tiempos, sino uno de aquellos trovadores que sabíantallarse, hartos ya de sus propias canciones, en el mango de su guzla laempuñadura de una espada. El fervor de los cruzados encendía en aquellosbreves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que leinundaba de una luz parecida a la de los astros, era solo comparable ala vasta amargura con que reconocía, a poco que en el mundo noencuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia,las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan parael éxito, sino contra él. Nunca, en esos pequeños pueblos nuestros dondelos hombres se encorvan tanto, ni a cambio de provechos ni devanaglorias cedió Juan un ápice de lo que creía sagrado en él, que erasu juicio de hombre y su deber de no ponerlo con ligereza o por paga alservicio de ideas o personas injustas; sino que veía Juan suinteligencia como una investidura sacerdotal, que se ha de tener siemprede manera que no noten en ella la más pequeña mácula los feligreses; yse sentía Juan, allá en sus determinaciones de noble mozo, como unsacerdote de todos los hombres, que uno a uno tenía que ir dándolesperpetua cuenta, como si fuesen sus dueños, del buen uso de suinvestidura.

Y cuando veía que, como entre nosotros sucede con frecuencia, un hombrejoven, de palabra llameante y talento privilegiado, alquilaba por lapaga o por el puesto aquella insignia divina que Juan creía ver en todasuperior inteligencia, volvía los ojos sobre sí como llamas que lequemaban, tal como si viera que el ministro de un culto, por pagarse labebida o el juego, vendiese las imágenes de sus dioses. Estos soldadosmercenarios de la inteligencia lo tachaban por eso de hipócrita, lo queaumentaba la palidez de Juan Jerez, sin arrancar de sus labios unaqueja. Y otros decían, con más razón aparente—aunque no en el caso deél—, que aquella entereza de carácter no era grandemente meritoria enquien, rico desde la cuna, no había tenido que bregar por abrirsecamino, como tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde porviejas tradiciones coloniales se da a los hombres una educaciónliteraria, y aun esta descosida e incompleta, que no halla luego naturalempleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sinembargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas,cuando para hacer prósperas a nuestras tierras y dignos a nuestroshombres no habría más que educarlos de manera que pudiesen sacarprovecho del suelo providísimo en que nacen. A manejar la lengua habladay escrita les enseñan, como único modo de vivir, en pueblos en que lasartes delicadas que nacen del cultivo del idioma no tienen el númerosuficiente, no ya de consumidores, de apreciadores siquiera, querecompensen, con el precio justo de estos trabajos exquisitos, la laborintelectual de nuestros espíritus privilegiados. De modo que, como conel cultivo de la inteligencia vienen los gustos costosos, tan naturalesen los hispanoamericanos como el color sonrosado en las mejillas de unaniña quinceña; como en las tierras calientes y floridas, se despiertatemprano el amor, que quiere casa, y lo mejor que haya en la ebanisteríapara amueblarla, y la seda más joyante y la pedrería más rica para que atodos maraville y encele su dueña; como la ciudad, infecunda en nuestrospaíses nuevos, retiene en sus redes suntuosas a los que fuera de ella nosaben ganar el pan, ni en ella tienen cómo ganarlo, a pesar de sustalentos, bien así como un pasmoso cincelador de espadas de taza, quesabría poblar éstas de castellanas de larga amazona desmayadas en brazosde guerreros fuertes, y otras sutiles lindezas en plata y en oro, nohalla empleo en un villorrio de gente labriega, que vive en paz, o alpuñal o a los puños remite el término de sus contiendas; como connuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa yNorteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sinmercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, yno como su natural florecimiento, sucede que los poseedores de lainteligencia, estéril entre nosotros por su mala dirección, ynecesitados para subsistir de hacerla fecunda, la dedican con excesoexclusivo a los combates políticos, cuando más nobles, produciendo asíun desequilibrio entre el país escaso y su política sobrada, o,apremiados por las urgencias de la vida, sirven al gobernante fuerte queles paga y corrompe, o trabajan por volcarle cuando, molestado aquel pornuevos menesterosos, les retira la paga abundante de sus funestosservicios. De estas pesadumbres públicas venían hablando el de la barbalarga, el anciano de rostro triste, y Juan Jerez, cuando este, ligadodesde niño por amores a su prima Lucía, se entró por el zaguán debaldosas de mármol pulido espaciosas y blancas como sus pensamientos.

La bondad es la flor de la fuerza. Aquel Juan brioso, que andaba siempreescondido en las ocasiones de fama y alarde, pero visible apenas sesabía de una prerrogativa de la patria desconocida o del decoro yalbedrío de algún hombre hollados; aquel batallador temible y áspero,

aquien jamás se atrevieron a llegar, avergonzadas de antemano, lasofertas y seducciones corruptoras a que otros vociferantes de templevenal habían prestado oídos; aquel que llevaba siempre en el rostropálido y enjuto como el resplandor de una luz alta y desconocida, y enlos ojos el centelleo de la hoja de una espada; aquel que no veíadesdicha sin que creyese deber suyo remediarla, y se miraba como undelincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha; aquelamantísimo corazón, que sobre todo desamparo vaciaba su piedadinagotable, y sobre toda humildad, energía o hermosura prodigabaapasionadamente su amor, había cedido, en su vida de libros yabstracciones, a la dulce necesidad, tantas veces funesta, de apretarsobre su corazón una manecita blanca. La de esta o la de aquella leimportaban poco; y él, en la mujer, veía más el símbolo de lashermosuras ideadas que un ser real.

Lo que en el mundo corre con nombre de buenas fortunas, y no son, por locomún, de una parte o de otra, más que odiosas vilezas, habían salido,una que otra vez, al camino de aquel joven rico a cuyo rostro venía, delos adentros del alma, la irresistible belleza de un noble espíritu.Pero esas buenas fortunas, que en el primer instante llenan el corazónde los efluvios trastornadores de la primavera, y dan al hombre laautoridad confiada de quien posee y conquista; esos amoríos de ocasión,miel en el borde, hiel en el fondo, que se pagan con la moneda másvaliosa y más cara, la de la propia limpieza; esos amores irregulares ysobresaltados, elegante disfraz de bajos apetitos, que se aceptan pordesocupación o vanidad, y roen luego la vida, como úlceras, sololograron en el ánimo de Juan Jerez despertar el asombro de que, sopretexto o nombre de cariño, vivan hombres y mujeres, sin caer muertosde odio a sí mismos, en medio de tan torpes liviandades. Y no cedía aellas, porque la repulsión que le inspiraba, cualesquiera que fuesen susgracias, una mujer que cerca de la mesa de trabajo de su esposo o juntoa la cuna de su hijo no temblaba de ofrecerlas, era mayor que laspenosas satisfacciones que la complicidad con una amante liviana producea un hombre honrado.

Era la de Juan Jerez una de aquellas almas infelices que solo puedenhacer lo grande y amar lo puro. Poeta genuino, que sacaba de losespectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de suespíritu, unos versos extraños, adoloridos y profundos, que parecíandagas arrancadas de su propio pecho, padecía de esa necesidad de labelleza que como un marchamo ardiente, señala a los escogidos del canto.Aquella razón serena, que los problemas sociales o las pasiones comunesno oscurecían nunca, se le ofuscaba hasta hacerle llegar a laprodigalidad de sí mismo, en virtud de un inmoderado agradecimiento.Había en aquel carácter una extraña y violenta necesidad del martirio, ysi por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros quese la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bienpropio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad delos demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantosparecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien.

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuandoesplende en todo su fuego el mediodía; que como toda naturalezasubyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso eimpaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerzaverdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballosdesalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad yde los troncos abatidos; Lucía, que, niña aun, cuando parecía que

lasobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de domingo debíafatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores deljardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente lospececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de suúltimo sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojosbrillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas,que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejabasalir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y deflores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente,entre almas buenas que le escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseose clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener querenunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando elanzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía que, con suencarnizado pensamiento, había poblado el cielo que miraba, y losflorales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en quelo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazoscaídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; deaquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde mirabale resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad ysu mirada como los obreros de la fábrica de Eibar, en España, embutenlos hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado;Lucía, que cuando veía entrar a Juan, sentía resonar en su pecho unascomo arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles,unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir, letendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podíahablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quienlas flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas demetales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, quepadecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojosde Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de susanto, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a suspensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que JuanJerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo yblando, en su otra mano. Toda la habitación le pareció a Lucía llena deflores; del cristal del espejo creyó ver salir llamas; cerró los ojos,como se cierran siempre en todo instante de dicha suprema, tal como sila felicidad tuviese también su pudor, y para que no cayese en tierra,los mismos brazos de Juan tuvieron delicadamente que servir de apoyo aaquel cuerpo envuelto en tules blancos, de que en aquella hora denacimiento parecía brotar luz. Pero Juan aquella noche se acostó triste,y Lucía misma, que amaneció junto a la ventana en su vestido de tules,abrigados los hombros en una aérea nube azul, se sentía, aromada como unvaso de perfumes, pero seria y recelosa....

—Ana mía, Ana mía, aquí está Pedro Real. ¡Míralo qué arrogante!

—Arrodíllate, Adela: arrodíllate ahora mismo—le respondió dulcementeAna, volviendo a ella su hermosa cabeza de ondulantes cabelloscastaños—; mientras que Juan, que venía de hacer paces con Lucíarefugiada en la antesala, salía a la verja del zaguán a recibir al amigode la casa.

Adela se arrodilló, cruzados los brazos sobre las rodillas de Ana; y Anahizo como que le vendaba los labios con una cinta azul, y le dijo aloído, como quien ciñe un escudo o ampara de un golpe, estas palabras:

—Una niña honesta no deja conocer que le gusta un calavera, hasta que nohaya recibido de él tantas muestras de respeto, que nadie pueda dudarque no la solicita para su juguete.

Adela se levantó riendo, y puestos los ojos, entre curiosos y burlones,en el galán caballero, que del brazo de Juan venía hacia ellas, losesperó de pie al lado de Ana, que con su serio continente, nunca duro,parecía querer atenuar en favor de Adela misma, su excesiva viveza.Pedro, aturdido y más amigo de las mariposas que de las tórtolas, saludóa Adela primero.

Ana retuvo un instante en su mano delgada la de Pedro, y con aquellosderechos de señora casada que da a las jóvenes la cercanía de la muerte.

—Aquí—le dijo—, Pedro: aquí toda esta tarde a mi lado—¡Quién sabe si,enfrente de aquella hermosa figura de hombre joven, no le pesaba a lapobre Ana, a pesar de su alma de sacerdotisa, dejar la vida! ¡Quién sabesi quería solo evitar que la movible Adela, revoloteando en torno deaquella luz de belleza, se lastimase las alas!

Porque aquella Ana era tal que, por donde ella iba, resplandecía. Yaunque brillase el sol, como por encima de la gran magnolia estababrillando aquella tarde, alrededor de Ana se veía una claridad deestrella. Corrían arroyos dulces por los corazones cuando estaba enpresencia de ella. Si cantaba, con una voz que se esparcía por losadentros del alma, como la luz de la mañana por los campos verdes,dejaba en el espíritu una grata intranquilidad, como de quien haentrevisto, puesto por un momento fuera del mundo, aquellas musicalesclaridades que solo en las horas de hacer bien, o de tratar a quien lohace, distingue entre sus propias nieblas el alma. Y cuando hablabaaquella dulce Ana, purificaba.

Pedro era bueno, y comenzó a alabarle, no el rostro, iluminado ya poraquella luz de muerte que atrae a las almas superiores y aterra a lasalmas vulgares, sino el ajuar de niño a que estaba poniendo Ana lasúltimas cintas. Pero ya no era ella sola la que cosía, y armaba lazos, ylos probaba en diferentes lados del gorro de recién nacido: Adelasúbitamente se había convertido en una gran trabajadora. Ya no saltabade un lugar a otro, como cuando juntas conversaban hacía un rato ella,Ana y Lucía, sino que había puesto su silla muy junto a la de Ana. Yella también, iba a estar sentada al lado de Ana toda la tarde. En susmejillas pálidas, había dos puntos encendidos que ganaban en viveza alas cintas del gorro, y realzaban la mirada impaciente de sus ojosbrillantes y atrevidos. Se le desprendía el cabello inquieto, como siquisiese, libre de redes, soltarse en ondas libres por la espalda. Enlos movimientos nerviosos de su cabeza, dos o tres hojas de la rosaencarnada que llevaba prendida en el peinado, cayeron al suelo. Pedrolas veía caer. Adela, locuaz y voluble, ya andaba en la canastilla, yarevolvía en la falda de Ana los adornos del gorro, ya cogía como útil elque acababa de desechar con un mohín de impaciencia, ya sacudía y erguíaun momento la ligera cabeza, fina y rebelde, como la de un potroindómito. Sobre las losas de mármol blanco se destacaban, como gotas desangre, las hojas de rosa.

Se hablaba de aquellas cosas banales de que conversan en estas tertuliasde domingo, la gente joven de nuestros países. El tenor, ¡oh el tenor!había estado admirable. Ella se moría por las voces del tenor. Es unpapel encantador el de Francisco I. Pero la señora de Ramírez, ¡cómohabía tenido el valor de ir vestida con los colores del partido quefusiló a su esposo!, es verdad que se casa con un coronel del partidocontrario, que firmó como auditor en el proceso del señor Ramírez. Esmuy buen mozo el coronel, es muy buen mozo. Pero la señora Ramírez hagastado mucho, ya no es tan rica como antes; tuvo a siete bordadorasempleadas un mes en bordarle de oro el vestido de terciopelo negro quellevó a *Rigoletto*, era muy pesado el vestido. ¡Oh! ¿Y

Teresa Luz?lindísima, Teresa Luz: bueno, la boca, sí, la boca no es perfecta, loslabios son demasiado finos; ¡ah, los ojos! bueno, los ojos son un pocofríos, no calientan, no penetran: pero qué vaguedad tan dulce; hacenpensar en las espumas de la mar. Y, ¡cómo persigue a María Vargas esecaballerete que ha venido de París, con sus versos copiados de FrançoisCoppee, y su política de alquiler, que vino, sirviendo a la oposición yya está poco menos que con el Gobierno! El padre de María Vargas va aser Ministro y él quiere ser diputado. Elegante sí es. El peinado esridículo, con la raya en mitad de la cabeza y la frente escondida bajolas ondas. Ni a las mujeres está bien eso de cubrirse la frente, dondeestá la luz del rostro. Que el cabello la sombree un poco con sus ondasnaturales; pero ¿a qué cubrir la frente, espejo donde los amantes seasoman a ver su propia alma, tabla de mármol blanco donde se firman laspromesas puras, nido de las manos lastimadas en los afanes de la vida?Cuando se padece mucho, no se desea un beso en los labios sino en lafrente. Y ese mismo poetín lo dijo muy bien el otro día en sus versos «Auna niña muerta», era algo así como esto: las rosas del alma suben a lasmejillas; las estrellas del alma, a la frente. Hay algo de tenebroso yde inquietante en esas frentes cubiertas. No, Adela, no, a usted le estáencantadora esa selva de ricitos: así pintaban en los cuadros de antes alos cupidos revoloteando sobre la frente de las diosas. No, Adela, no lehagas caso: esas frentes cubiertas, me dan miedo. Es que ya se piensanunas cosas, que las mujeres se cubren la frente de miedo de que se lasvean. Oh, no, Ana: ¿qué han de pensar ustedes más que jazmines yclaveles? Pues que no, Pedro: rompa usted las frentes, y verá dentro, enunos tiestitos que parecen bocas abiertas, unas plantas secas, que danunas florecitas redondas y amarillas. Y Ana iba así ennobleciendo laconversación, porque Dios le había dado el privilegio de las flores: elde perfumar. Adela, silenciosa hacía un momento, alzó la cabeza ymantuvo algún tiempo los ojos fijos delante de sí, viendo como el perfilcéltico de Pedro, con su hermosa barba negra, se destacaba, a la luzsana de la tarde, sobre el zócalo de mármol que revestía una de lasanchas columnas del corredor de la casa. Bajó la cabeza, y a estemovimiento, se desprendió de ella la rosa encarnada, que cayódeshaciéndose a los pies de Pedro.

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida ysumisa, él como siempre, sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, talcomo se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio.Altos los dos, Lucía, más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, deaquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas,que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por lanaturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra delcorredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Juan, y de subrazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vastay blanca, parecía que se abría una rosa de plata: y de la de Lucía seveían solo, en la sombra oscura del rostro, sus dos ojos llameantes,como dos amenazas.

—Está Ana imprudente—dijo Juan con su voz de caricia—: ¿cómo no tienemiedo a este aire del crepúsculo?

—¡Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: deme elbrazo.

—Pero pronto, Pedro, que esta es la hora en que los aromas suben de lasflores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adelay Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que aesta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en lalinda antesala. Era aquel un capricho de domingo. Gustan siempre losjóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con doscaballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía yAna, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de lacasa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordabay rezaba.

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño paraser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramodel techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce,caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámparade luz eléctrica incandescente. No había más asientos que pequeñasmecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento demosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, teníala inscripción «Salve» en el umbral, estaba lleno de banquetasrevueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones sehan de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas,sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto constante de lobello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar elalma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, ¡aun en nuestrospaíses azules! Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor,ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra,objetos bellos, que la coloreen y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnaldas deflores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble lisodorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortuny y de Pasini,grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entrecada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, nomás ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la mitaddel testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbeltacolumna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon deGoethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana deTokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y delirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon unaguirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, nicuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la tristeniña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Yen las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentosdorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes: *ElCuervo* de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas deGustavo Doré, que se llevan la mente por los espacios vagos en alas decaballos sin freno: el *Rubaiyat* el poema persa, el poema del vinomoderado y las rosas frescas, con los dibujos apodícticos delnorteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado enseda lila, de *Las Noches*, de Alfredo de Musset; y un *Wilhelm Meister*el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescosinsignificantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una detafilete negro mate embutido con piedras preciosas: topacios tan claroscomo el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas,porque no hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y unrubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquelsingular regalo a

Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por losbajos de la pared, y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano,pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escasorojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnaldas de flores, eranblancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, unaimpresión de fe y de luz.

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco elrico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No teníamucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso!Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela—le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una delas tazas de coco negro, en la que la espuma hervía tornasolada.

—¡Malvado!—le dijo Adela, mientras que todos reían—; ¡me has dado la dela ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas, patrias,había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Lastazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenasrealzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas éstas como sucondición, y aquellas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alasy de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido quela conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillosnegros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajadosen relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode deplata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y lasdos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animalsimbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la tazade Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un marde nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas,larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de lataza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota lapluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dospumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación dedos enemigos que seacechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Doságuilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozoPedro, dos monos capuchinos.

Juan quería a Pedro, como los espíritus fuertes quieren a los débiles, ycomo, a modo de nota de color o de grano de locura, quiere, cual formasuavísima del pecado, la gente que no es ligera a la que lo es.

Los hombres austeros tienen en la compañía momentánea de esos pisaverdesalocados el mismo género de placer que las damas de familia que asistende tapadillo a un baile de máscaras. Hay cierto espíritu deindependencia en el pecado, que lo hace simpático cuando no es excesivo.Pocas son por el mundo las criaturas que, hallándose con las encíasprovistas de dientes, se deciden a no morder, o reconocen que hay unplacer más profundo que el de hincar los dientes, y es no usarlos. Pues,¿para qué es la dentadura, se dicen los más; sobre todo cuando la

tienenbuena, sino para lucirla, y triturar los manjares que se lleguen a laboca? Y Pedro era de los que lucían la dentadura.

Incapaz, tal vez, de causar mal en conciencia, el daño estaba en que élno sabía cuando causaba mal, o en que, siendo la satisfacción de undeseo, él no veía en ella mal alguno, sino que toda hermosura, porserlo, le parecía de él, y en su propia belleza, la belleza funesta deun hombre perezoso y adocenado, veía como un título natural, título deleón, sobre los bienes de la tierra, y el mayor de ellos, que son susbellas criaturas. Pedro tenía en los ojos aquel inquieto centelleo quesubyuga y convida: en actos y palabras, la insolente firmeza que da lacostumbre de la victoria, y en su misma arrogancia tal olvido de que latenía, que era la mayor perfección y el más temible encanto de ella.

Viajero afortunado; con el caudal ya corto de su madre, por tierras deafuera, perdió en ellas, donde son pecadillos las que a nosotros nosparecen con justicia infamias, aquel delicado concepto de la mujer sinel que, por grandes esfuerzos que haga luego la mente, no le es lícitogozar, puesto que no le es lícito creer en el amor de la más limpiacriatura. Todos aquellos placeres que no vienen derechamente y en razónde los afectos legítimos, aunque sean champaña de la vanidad, son acíbarde la memoria. Eso en los más honrados, que en los que no lo son, detanto andar entre frutas estrujadas, llegan a enviciarse los ojos demanera que no tienen más arte ni placer que los de estrujar frutas. SoloAna, de cuantas jóvenes había conocido a su vuelta de las malas tierrasde afuera, le había inspirado, aun antes de su enfermedad, un respetoque en sus horas de reposo solía trocarse en un pensamiento persistentey blando. Pero Ana se iba al cielo: Ana, que jamás hubiera puesto aaquel turbulento mancebo de señor de su alma apacible, como un palaciode nácar; pero que, por esa fatal perversión que atrae a los espíritusdesemejantes, no había visto sin un doloroso interés y una turbaciónprimaveral, aquella rica hermosura de hombre, airosa y firme, puesta porla naturaleza como vestidura a un alma escasa, tal como suelen algunoscantantes transportar a inefables deliquios y etéreas esferas a susoyentes, con la expresión en notas querellosas y cristalinas, blancascomo las palomas o agudas como puñales, de pasiones que sus espíritusburdos son incapaces de entender ni de sentir. ¿Quién no ha visto romperen actos y palabras brutales contra su delicada mujer a un tenor queacababa de cantar, con sobrehumano poder, el «Spirto Gentil» de la*Favorita*? Tal la hermosura sobre las almas escasas.

Y Juan, por aquella seguridad de los caracteres incorruptibles, poraquella benignidad de los espíritus superiores, por aquella afición a lopintoresco de las imaginaciones poéticas, y por lazos de niño, que no serompen sin gran dolor del corazón, Juan quería a Pedro.

Hablaban de las últimas modas, de que en París se rehabilita el colorverde, de que en París, decía Pedro, nada más se vive.

—Pues yo no—decía Ana—. Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamoslos tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?

—Verdad, Ana. Adonde la Naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto.A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo algunode la tierra: cincelar en las piedras sus sueños; a Nápoles, donde elalma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término. ¿Tú noquerrás, Lucía?

—Yo no quiero que tú veas nada, Juan. Yo te haré en ese cuarto laAlhambra, y en este patio Nápoles; y tapiaré las puertas, ¡y asíviajaremos!

Rieron todos; pero Adela ya había echado camino de París, quién sabe conqué compañero, los deseos alegres. Ella quería saberlo todo, no deaquella tranquila vida interior y regalada, al calor de la estufa,leyendo libros buenos, después de curiosear discretamente por entre lasnovedades francesas, y estudiar con empeño tanta riqueza artística comoParís encierra; sino la vida teatral y nerviosa, la vida de museo que enParís generalmente se vive, siempre en pie, siempre cansado, siempreadolorido; la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que seenseñan, damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con elpródigo empleo de su fortuna.

Y mientras que Juan, generoso, dando suelta al espíritu impaciente,sacaba ante los ojos de Lucía, para que se le fuese aquietando elcarácter, y se preparaba a acompañarle por el viaje de la existencia,las interioridades luminosas de su alma peculiar y excelsa, y decíacosas que, por la nobleza que enseñaban o la felicidad que prometían,hacían asomar lágrimas de ternura y de piedad a los ojos de Ana-Adela yPedro, en plena Francia, iban y venían, como del brazo, por bosques ybulevares. «La Judic ya no se viste con Worth. La mano de la Judic es lamás bonita de París. En las carreras es donde se lucen los mejoresvestidos. ¡Qué linda estaría Adela, en el pescante de un coche decarreras, con un vestido de tila muy suave, adornado con pasamanería deplata! ¡Ah, y con un guía como Pedro, que conocía tan bien la ciudad,qué pronto no se estaría al corriente de todo! ¡Allí no se vive conestas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclavadisfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado dela mujer. Acá, todo es pecado: si se sale, si se entra, si se da elbrazo a un amigo, si se lee un libro ameno. ¡Pero esa es una falta derespeto, eso es ir contra las obras de la naturaleza! ¿Porque una flornace en un vaso de Sevres, se la ha de privar del aire y de la luz?¿Porque la mujer nace más hermosa que el hombre, se le ha de oprimir elpensamiento, y so pretexto de un recato gazmoño, obligarla a que viva,escondiendo sus impresiones, como un ladrón esconde su tesoro en unacueva? Es preciso, Adelita, es preciso. Las mujeres más lindas de Parísson las sudamericanas. ¡Oh, no habría en París otra tan chispeante comoella!».

—Vea, Pedro—interrumpió a este punto Ana, con aquella sonrisa suya quehacía más eficaces sus reproches—, déjeme quieta a Adela. Usted sabe queyo pinto, ¿verdad?

—Pinta unos cuadritos que parecen música; todos llenos de una luz quesube; con muchos ángeles y serafines. ¿Por qué no nos enseñas el último,Ana mía? Es lindísimo, Pedro, y sumamente extraño.

—¡Adela, Adela!

—De veras que es muy extraño. Es como en una esquina de jardín y elciclo es claro, muy claro y muy lindo. Un joven... muy buen mozo...vestido con un traje gris muy elegante, se mira las manos asombrado.Acaba de romper un lirio, que ha caído a sus pies, y le han quedado lasmanos manchadas de sangre.

—¿Qué le parece, Pedro, de mi cuadro?

—Un éxito seguro. Yo conocí en París a un pintor de México, un ManuelOcaranza, que hacía cosas como esas.

—Entre los caballeros que rompen o manchan lirios quisiera yo quetuviese éxito mi cuadro. ¡Quién pintara de veras, y no hiciera esosborrones míos! Pedro: borrón y todo, en cuanto me ponga mejor, voy ahacer una copia para usted.

—¡Para mí! Juan, ¿por qué no es este el tiempo en que no era mal vistoque los caballeros besasen la mano a las damas?

—Para usted, pero a condición de que lo ponga en un lugar tan visibleque por todas partes le salte a los ojos. Y ¿por qué estamos hablandoahora de mis obras maestras? ¡Ah! porque usted me le hablaba a Adelamucho de París. ¡Otro cuadro voy a empezar en cuanto me ponga buena!Sobre una colina voy a pintar un monstruo sentado. Pondré la luna encenit, para que caiga de lleno sobre el lomo del monstruo, y me permitasimular con líneas de luz en las partes salientes los edificios de Parísmás famosos. Y mientras la luna le acaricia el lomo, y se ve por elcontraste del perfil luminoso toda la negrura de su cuerpo, el monstruo,con cabeza de mujer, estará devorando rosas. Allá por un rincón se veránjóvenes flacas y desmelenadas que huyen, con las túnicas rotas,levantando las manos al cielo.

—Lucía—dijo Juan reprimiendo mal las lágrimas, al oído de su prima,siempre absorta—: ¡y que esta pobre Ana se nos muera!

Pedro no hallaba palabras oportunas, sino aquella confusión y malestarque la gente dada a la frivolidad y el gozo experimenta en la compañíaíntima de una de esas criaturas que pasan por la tierra, a manera devisión, extinguiéndose plácidamente, con la feliz capacidad de adivinarlas cosas puras, sobrehumanas, y la hermosa indignación por la batallade apetitos feroces en que se consume, la tierra.

—De fieras, yo conozco dos clases—decía una vez Ana—: una se viste depieles, devora animales, y anda sobre garras; otra se viste de trajeselegantes, come animales y almas y anda sobre una sombrilla o un bastón.No somos más que fieras reformadas.

Aquella Ana, cuando estaba en la intimidad, solía decir de estas cosassingulares. ¿Dónde había sufrido tanto la pobre niña salida apenas delcírculo de su casa venturosa, que así había aprendido a conocer yperdonar? ¿Se vive antes de vivir? ¿O las estrellas, ganosas de hacer unviaje de recreo por la tierra, suelen por algún tiempo alojarse en uncuerpo humano? ¡Ay! por eso duran tan poco los cuerpos en que se alojanlas estrellas.

—¿Conque Ana pinta, y *La Revista de Artes* está buscando cuadros deautores del país que dar a conocer, y este Juan pecador no ha hecho yapublicar esas maravillas en *La Revista*?

—Esta Ana nuestra, Pedro, se nos enoja de que la queramos sacar a luz.Ella no quiere que se vean sus cuadros hasta que no los juzgue bastanteacabados para resistir la crítica. Pero la verdad es, Ana, que PedroReal tiene razón.

—¿Razón, Pedro Real?—dijo Ana con una risa cristalina, de madregenerosa—. No, Juan. Es verdad que las cosas de arte que no sonabsolutamente necesarias, no deben hacerse sino cuando se pueden hacerenteramente bien, y estas cosas que yo hago, que veo vivas y claras enlo hondo

de mi mente, y con tal realidad que me parece que las palpo, mequedan luego en la tela tan contrahechas y duras que creo que misvisiones me van a castigar, y me regañan, y toman mis pinceles de lacaja, y a mí de una oreja, y me llevan delante del cuadro para que veacómo borran coléricas la mala pintura que hice de ellas. Y luego, ¿quéhe de saber yo, sin más dibujo que el que me enseñó el señor Mazuchellí,ni más colores que estos tan pálidos que saco de mí misma?

Seguía Lucía con ojos inquietos la fisonomía de Juan, profundamenteinteresado en lo que, en uno de esos momentos de explicación de símismos que gustan de tener los que llevan algo en sí y se sienten morir,iba diciendo Ana. ¡Qué Juan aquel, que la tenía al lado, y pensaba enotra cosa! Ana, sí, Ana era muy buena; pero ¿qué derecho tenía Juan aolvidarse tanto de Lucía, y estando a su lado, poner tanta atención enlas rarezas de Ana? Cuando ella estaba a su lado, ella debía ser suúnico pensamiento. Y apretaba sus labios; se le encendían de pronto,como de un vuelco de la sangre las mejillas; enrollaba nerviosamente enel dedo índice de la mano izquierda un finísimo pañuelo de batista yencaje. Y lo enrolló tanto y tanto, y lo desenrollaba con tal violencia,que yendo rápidamente de una mano a la otra, el lindo pañuelo parecíauna víbora, una de esas víboras blancas que se ven en la costa yucateca.

—Pero no es por eso por lo que no enseño yo a nadie mis cuadritos—siguióAna—; sino porque cuando los estoy pintando, me alegro o me entristezcocomo una loca, sin saber por qué: salto de contento, yo que no puedosaltar ya mucho, cuando creo que con un rasgo de pincel le he dado aunos ojos, o a la tórtola viuda que pinté el mes pasado, la expresiónque yo quería; y si pinto una desdicha, me parece que es de veras, y mepaso horas enteras mirándola, o me enojo conmigo misma si es de aquellasque yo no puedo remediar, como en esas dos telitas mías que tú conoces,Juan, *La madre sin hijo* y el hombre que se muere en un sillón, mirandoen la chimenea el fuego apagado: *El hombre sin amor*. No se ría, Pedro,de esta colección de extravagancias. Ni diga que estos asuntos son parapersonas mayores; las enfermas son como unas viejitas, y tienen derechoa esos atrevimientos.

—Pero, ¿cómo—le dijo Pedro subyugado—, no han de tener sus cuadros todoel encanto y el color de ópalo de su alma?

—¡Oh! ¡oh! a lisonja llaman: vea que ya no es de buen gusto serlisonjero. La lisonja en la conversación, Pedro, es ya como la Arcadiaen la pintura: ¡cosa de principiantes!

—Pero, ¿por qué decías, puso aquí Juan, que no querías exhibir tuscuadros?

—Porque como desde que los imagino hasta que los acabo voy poniendo enellos tanto de mi alma, al fin ya no llegan a ser telas, sino mi almamisma, y me da vergüenza de que me la vean, y me parece que he pecadocon atreverme a asuntos que están mejor para nube que para colores, ycomo solo yo sé cuánta paloma arrulla, y cuánta violeta se abre, ycuánta estrella lucen lo que pinto; como yo sola siento cómo me duele elcorazón, o se me llena todo el pecho de lágrimas o me laten las sienes,como si me las azotasen alas, cuando estoy pintando; como nadie más queyo sabe que esos pedazos de lienzo, por desdichados que me salgan, sonpedazos de entrañas mías en que he puesto con mi mejor voluntad lo mejorque hay en mí, ¡me da como una soberbia de pensar que si los enseño enpúblico, uno de esos críticos sabios o cabalierines presuntuosos mediga, por lucir un nombre recién aprendido de pintor extranjero, o unalinda frase, que esto que yo hago es de Chaplin o de Lefevre, o a micuadrito *Flores vivas*, que he descargado sobre él una escopeta llenade colores! ¿Te acuerdas? ¡como si no supiera yo que cada flor deaquellas es una persona que yo conozco, y no hubiera yo estudiado tres ocuatro personas de un mismo carácter,

antes de simbolizar el carácter enuna flor; como si no supiese yo quién es aquella rosa roja, altiva, consombras negras, que se levanta por sobre todas las demás en su tallo sinhojas, y aquella otra flor azul que mira al cielo como si fuese ahacerse pájaro y a tender a él las alas, y aquel aguinaldo lindo quetrepa humildemente, como un niño castigado, por el tallo de la rosaroja. ¡Malos! ¡escopeta cargada de colores!

—Ana: yo sí que te recogería a ti, con tu raíz, como una flor, y enaquel gran vaso indio que hay en mi mesa de escribir, te tendríaperpetuamente, para que nunca se me desconsolase el alma.

—Juan—dijo Lucía, como a la vez conteniéndose y levantándose—: ¿quieresvenir a oír el «M'odi tu» que me trajiste el sábado? ¡No lo has oídotodavía!

—¡Ah! y a propósito, no saben ustedes—dijo Pedro como poniéndose ya enpie para despedirse—, que la cabeza ideal que ha publicado en su últimonúmero *La Revista de Artes*....

—¿Qué cabeza?—preguntó Lucía—¿una que parece de una virgen de Rafael,pero con ojos americanos, con un talle que parece el cáliz de un lirio?

—Esa misma, Lucía: pues no es una cabeza ideal, sino la de una niña queva a salir la semana que viene del colegio, y dicen que es un pasmo dehermosura: es la cabeza de Leonor del Valle.

Se puso en pie Lucía con un movimiento que pareció un salto; y Juan alzódel suelo, para devolvérselo, el pañuelo, roto.

Capítulo II

Como veinte años antes de la historia que vamos narrando, llegaron a laciudad donde sucedió, un caballero de mediana edad y su esposa, nacidosambos en España, de donde, en fuerza de cierta indómita condición delhonrado don Manuel del Valle, que le hizo mal mirado de las gentes delpoder como cabecilla y vocero de las ideas liberales, decidió al finsalir el señor don Manuel; no tanto porque no le bastase al Sustento suhumilde mesa de abogado de provincia, cuanto porque siempre tenía, pormoverse o por estarse quedo, al guindilla, como llaman allá al policía,encima; y porque, a consecuencia de querer la libertad limpia y parabuenos fines, se quedó con tan pocos amigos entre los mismos queparecían defenderla, y lo miraban como a un celador enojoso, que estomás le ayudó a determinar, de un golpe de cabeza, venir a «lasRepúblicas de América», imaginando, que donde no había reina liviana, nohabría gente oprimida, ni aquella trabilla de cortesanos perezosos yaduladores, que a don Manuel le parecían vergüenza rematada de suespecie, y, por ser hombre él, como un pecado propio.

Era de no acabar de oírle, y tenerle que rogar que se calmase, cuandocon aquel lenguaje pintoresco y desembarazado recordaba, no sin su buenacerrazón de truenos y relámpagos y unas amenazas grandes como torres,los bellacos oficios de tal o de cual marquesa, que auxiliando ligerezasajenas querían hacer, por lo comunes, menos culpables las propias; o talhistoria de un capitán de guardias, que pareció bien en la corte con suruda belleza de montañés y su cabello abundante y alborotado, y apenasentrevió su buena fortuna tomó prestados unos dineros, con

queenrizarse, en lo del peluquero la cabellera, y en lo del sastre vestirde paño bueno, y en lo del calzador comprarse unos botitos, con queestar galán en la hora en que debía ir a palacio, donde al volver elcapitán con estas donosuras, pareció tan feo y presumido que en pocoestuvo que perdiese algo más que la capitanía. Y de unas jiras, ofiestas de campo, hablaba de tal manera don Manuel, así como de ciertascenas en la fonda de un francés, que cuando contaba de ellas no podíaestar sentado; y daba con el puño sobre la mesa que le andaba cerca,como para acentuar las palabras, y arreciaban los truenos, y abríacuantas ventanas o puertas hallaba a mano. Se desfiguraba el buencaballero español, de santa ira, la cual, como apenado luego de haberledado riendas en tierra que al fin no era la suya, venía siempre a pararen que don Manuel tocase en la guitarra que se había traído cuando elviaje, con una ternura que solía humedecer los ojos suyos y los ajenos,unas serenatas de su propia música, que más que de la rondalla aragonesaque le servía como de arranque y *ritornello*, tenía de desesperadacanción de amores de un trovador muerto de ellos por la dama de un durocastellano, en un castillo, allá tras de los mares, que el trovador nohabía de ver jamás.

En esos días la linda doña Andrea, cuyas largas trenzas de color castañoeran la envidia de cuantas se las conocían, extremaba unas pocashabilidades de cocina, que se trajo de España, adivinando quecomplacería con ellas más tarde a su marido. Y cuando en el cuarto delos libros, que en verdad era la sala de la casa, centelleaba donManuel, sacudiéndose más que echándose sobre uno y otro hombroalternativamente los cabos de la capa que so pretexto de frío se quitabararas veces, era fijo que andaba entrando y saliendo por la cocina, consu cuerpo elegante y modesto, la buena señora doña Andrea, poniendo manoen un pisto manchego, o aderezando unas farinetas de Salamanca que aescondidas había pedido a sus parientes en España, o preparando, con másvoluntad que arte, un arroz con chorizo, de cuyos primores, que acababande calmar las iras del republicano, jamás dijo mal don Manuel del Valle,aun cuando en sus adentros reconociese que algo se había quemado allí, osufrido accidente mayor: o los chorizos, o el arroz, o entrambos. ¡Fuerade la patria, si piedras negras se reciben de ella, de las piedrasnegras parece que sale luz de astro!

Era de acero fino don Manuel, y tan honrado, que nunca, por muchos quefueran sus apuros, puso su inteligencia y saber, ni excesivos niescasos, al servicio de tantos poderosos e intrigantes como andan por elmundo, quienes suelen estar prontos a sacar de agonía a las gentes detalento menesterosas, con tal que éstas se presten a ayudar con sushabilidades el éxito de las tramas con que aquellos promueven ysustentan su fortuna: de tal modo que, si se va a ver, está hoy viviendola gente con tantas mañas, que es ya hasta de mal gusto ser honrado.

En este diario y en aquel, no bien puso el pie en el país, escribió elseñor Valle con mano ejercitada, aunque un tanto febril y descompuesta,sus azotainas contra las monarquías y vilezas que engendra, y sushimnos, encendidos como cantos de batalla, en loor de la libertad, deque «los campos nuevos y los altos montes y los anchos ríos de estalinda América, parecen natural sustento».

Mas a poco de esto, hacía veinticinco años a la fecha de nuestrahistoria tales cosas iba viendo nuestro señor don Manuel que volvió atomar la capa, que por inútil había colgado en el rincón más hondo delarmario, y cada día se fue callando más, y escribiendo menos, yarrebujándose mejor en ella, hasta que guardó las plumas, y muy apegadoya a la clemente temperatura del país y al dulce trato de sus hijos parapensar en abandonarlo, determinó abrir escuela; si bien no introdujo enel arte de enseñar, por no ser aun este muy sabido tampoco en España,novedad

alguna que acomodase mejor a la educación de loshispanoamericanos fáciles y ardientes, que los torpes métodos en uso,ello es que con su Iturzaeta y su Aritmética de Krüger y su DibujoLineal, y unas encendidas lecciones de Historia, de que salía bufando yescapando Felipe Segundo como comido de llamas, el señor Valle sacó unageneración de discípulos, un tanto románticos y dados a lo maravilloso,pero que fueron a su tiempo mancebos de honor y enemigos tenaces de losgobiernos tiránicos. Tanto que hubo vez en que, por cosas como las deponer en su lugar a Felipe Segundo, estuvo a punto el señor don Manuelde ir, con su capa y su cuaderno de Iturzaeta, a dar en manos de losguindillas americanos «en estas mismísimas Repúblicas de América». A lafecha de nuestra historia, hacía ya unos veinticinco años de esto.

Tan casero era don Manuel, que apenas pasaba año sin que los discípulostuviesen ocasión de celebrar, cuál con una gallina, cuál con un par depichones, cuál con un pavo, la presencia de un nuevo ornamento vivo dela casa.

—Y ¿qué ha sido, don Manuel? ¿Algún Aristogitón que haya de librar a lapatria del tirano?

—¡Calle usted, paisano, calle usted; un malakoff más!—Malakoff, llamabanentonces, por la torre famosa en la guerra de Crimea, a lo que en llanose ha llamado siempre miriñaque o crinolina.

Y don Manuel quería mucho a sus hijos, y se prometía vivir cuantopudiese para ellos; pero le andaba desde hacía algún tiempo por el ladoizquierdo del pecho un carcominillo que le molestaba de verdad, como unacestita de llamas que estuviera allí encendida, de día y de noche, y nose apagase nunca. Y como cuando la cestita le quemaba con más fuerzasentía él un poco paralizado el brazo del corazón, y todo el cuerpovibrante como las cuerdas de un violín, y después de eso le venían depronto unos apetitos de llorar y una necesidad de tenderse por tierra,que le ponían muy triste, aquel buen don Manuel no veía sin susto cómole iban naciendo tantos hijos, que en el caso de su muerte habían de sermás un estorbo que una ayuda para «esa pobre Andrea, que es mujer muyseñora y bonaza, pero ¡para poco, para poco!».

Cinco hijas llegó a tener don Manuel del Valle, mas antes de ellas lehabía nacido un hijo, que desde niño empezó a dar señales de ser alma depro. Tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar consus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios, como paraafrontar situaciones difíciles, que requerían algo más que la fiereza dela sangre o la presteza de los puños. Una vez, con unos cuantoscompañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín manuscrito, y porsupuesto revolucionario, contra cierto pedante profesor que prohibía asus alumnos argumentarles sobre los puntos que les enseñaba; y como uncolegial aficionado al lápiz pintase de pavo real a este maestrazo, enuna lámina repartida con el periodiquín, y don Manuel, en vista de laqueja del pavo real, amenazara en sala plena con expulsar del colegio enconsejo de disciplina al autor de la descortesía, aunque fuese su propiohijo, el gentil Manuelillo, digno primogénito del egregio varón, quisoquitar de sus compañeros toda culpa, y echarla entera sobre sí; ylevantándose de su asiento, dijo, con gran perplejidad del pobre donManuel, y murmullos de admiración de la asamblea:

—Pues, señor Director: yo solo he sido.

Y pasaba las noches en claro, luego que se le extinguía la vela escasaque le daban, leyendo a la luz de la luna. O echaba a caminar, con las*Empresas* de Saavedra Fajardo bajo el brazo, por las calles umbrosas dela Alameda, y creyéndose a veces nueva encarnación de las grandesfiguras de la historia, cuyos gérmenes le parecía sentir en sí, y otrasdesesperando de hacer cosa que pudiera igualarlo a ellas, rompía allorar, de desesperación y de ternura. O se iba de noche a la orilla dela mar, a que le salpicasen el rostro las gotas frescas que saltaban delagua salada al reventar contra las rocas.

Leía cuanto libro le caía a la mano. Montaba en cuanto caballo veía a sualcance: y mejor si lo hallaba en pelo; y si había que saltar una cercamejor. En una noche se aprendía los libros que en todo el año escolar nopodían a veces dominar sus compañeros; y aunque la Historia Natural y laUniversal y cuanto añadiese algo útil a su saber y le estimulase eljuicio y la verba, eran sus materias preferidas, a pocas ojeadaspenetraba el sentido de la más negra lección de Álgebra, tanto que sumaestro, un ingeniero muy mentado y brusco, le ofreció enseñarle, enpremio de su aplicación, la manera de calcular lo infinitésimo.

Escribía Manuelillo, en semejanza de lo que estaba en boga entonces,unas letrillas y artículos de costumbres que ya mostraban a un enamoradode la buena lengua; pero a poco se soltó por natural empuje, con vuelossuyos propios, y empezó a enderezar a los gobernantes que no dirigenhonradamente a sus pueblos, unas odas tan a lo pindárico, y recibidascon tal favor entre la gente estudiantesca, que en una revuelta quetramaron contra el Gobierno unos patricios que andaban muy solos, puesllevaban consigo la buena doctrina, fue hecho preso don Manuelillo,quien en verdad tenía en la sangre el microbio sedicioso; y bien quetuvieron que empeñarse los amigos pudientes de don Manuel para que engracia de su edad saliese libre el Pindarito, a quien su padre,riñéndole con los labios, en que le temblaban los bigotes, como losárboles cuando va a caer la lluvia, y aprobándole con el corazón, envióa seguir, en lo que cometió grandísimo error, estudios de Derecho en laUniversidad de Salamanca, más desfavorecida que otras de España, y nomuy gloriosa ahora, pero donde tenía la angustiada doña Andrea losbuenos parientes que le enviaban las farinetas.

Se fue el de las odas en un bergantín que había venido cargado de vinosde Cádiz; y sentadito en la popa del barco, fijaba en la costa de supatria los ojos anegados de tan triste manera, que a pesar del águilanueva que llevaba en el alma, le parecía que iba todo muerto y sincapacidad de resurrección y que era él como un árbol prendido a aquellacosta por las raíces, al que el buque llevaba atado por las ramaspujando mar afuera, de modo que sin raíces se quedaba el árbol, silograba arrancarlo de la costa la fuerza del buque, y moría: o como eltronco no podía resistir aquella tirantez, se quebraría al fin, y moríatambién; pero lo que don Manuelillo veía claro, era que moría de todosmodos. Lo cual, ¡ay! fue verdad, cuatro años más tarde, cuando deSalamanca había hallado aquel niño manera de pasar, como ayo en la casade un conde carlista, a estudiar a Madrid. Se murió de unas fiebresenemigas, que le empezaron con grandes aturdimientos de cabeza, y unasvisiones dolorosas y tenaces que él mismo describía en su cama revuelta,de delirante, con palabras fogosas y desencajadas, que parecían una cajade joyas rotas; y sobre todo, una visión que tenía siempre delante delos ojos, y creía que se le venía encima, y le echaba un aire encendidoen la frente, y se iba de mal humor, y se volvía a él de lejos,llamándole con muchos brazos: la visión de una palma en llamas. En sutierra, las llanuras que rodeaban la ciudad estaban cubiertas de palmas.

No murió don Manuel del pesar de que hubiese muerto su hijo, aunque bienpudo ser; sino que dos años antes, y sin que Manuelillo lo supiese, sesentó un día en su sillón, muy envuelto en su capa, y con la guitarra allado, como si sintiese en el alma unas muy dulces músicas, a la vez queun frescor húmedo y sabroso, que no era el de todos los días, sino muchomás grato. Doña Andrea estaba sentada en una banqueta a sus pies, y, lomiraba con los ojos secos, y crecidos, y le tenía las manos. Dos hijasllloraban abrazadas en un rincón: la mayor, más valiente, le acariciabacon la mano los cabellos, o lo entretenía con frases zalameras, mientrasle preparaba una bebida; de pronto, desasiéndose bruscamente de lasmanos de doña Andrea, abrió don Manuel los brazos y los labios comobuscando aire; los cerró violentamente alrededor de la cabeza de doñaAndrea, a quien besó en la frente con un beso frenético; se irguió comosi quisiera levantarse, con los brazos al cielo; cayó sobre el respaldodel asiento, estremeciéndosele el cuerpo horrendamente, como cuando entormenta furiosa un barco arrebatado sacude la cadena que lo sujeta almuelle; se le llenó de sangre todo el rostro, como si en lo interior delcuerpo se le hubiese roto el vaso que la guarda y distribuye; y blanco,y sonriendo, con la mano casualmente caída sobre el mango de suguitarra, quedó muerto. Pero nunca se lo quiso decir doña Andrea aManuelillo, a quien contaban que el padre no escribía porque sufría dereumatismo en las manos, para que no le entrase el miedo por lasangustias de la casa, y quisiese venir a socorrerlas, interrumpiendoantes de tiempo sus estudios. Y era también que doña Andrea conocía quesu pobre hijo había nacido comido de aquellas ansias de redención yevangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, yacelerado su muerte, y como en la tierra en que vivían había tanto queredimir, y tanta cosa cautiva que libertar, y tanto entuerto que ponerderecho, veía la buena Madre, con espanto, la hora de que su hijovolviese a su patria, cuya hora, en su pensar, sería la del sacrificiode Manuelillo.

—¡Ay!—decía doña Andrea—, una vez que un amigo, de la casa le hablabacon esperanzas del porvenir del hijo. Él será infeliz, y nos hará aunmás infelices sin quererlo. Él quiere mucho a los demás, y muy poco a símismo. Él no sabe hacer víctimas, sino serlo. Afortunadamente, aunque detodos modos, por desdicha de doña Andrea, Manuelillo había partido de latierra antes de volver a ver la suya propia, ¡detrás de la palmaencendida!

¿Quién que ve un vaso roto, o un edificio en ruina, o una palma caída,no piensa en las viudas? A don Manuel no le habían bastado las fuerzas,y en tierra extraña esto había sido mucho, más que para ir cubriendodecorosamente con los productos de su trabajo las necesidadesdomésticas. Ya el ayudar a Manuelillo a mantenerse en España le habíapuesto en muy grandes apuros.

Estos tiempos nuestros están desquiciados, y con el derrumbe de lasantiguas vallas sociales y las finezas de la educación, ha venido acrearse una nueva y vastísima clase de aristócratas de la inteligencia,con todas las necesidades de parecer y gustos ricos que de ella vienen,sin que haya habido tiempo aun, en lo rápido del vuelco, para que elcambio en la organización y repartimiento de las fortunas corresponda ala brusca alteración en las relaciones sociales, producidas por laslibertades políticas y la vulgarización de los conocimientos. Unahacienda ordenada es el fondo de la felicidad universal. Y búsquese enlos pueblos, en las casas, en el amor mismo más acendrado y seguro, lacausa de tantos trastornos y rupturas, que los oscurecen y afean, cuandono son causa del apartamiento, o de la muerte, que es otra forma de él:la hacienda es el estómago de

la felicidad. Maridos, amantes, personasque aun tenéis que vivir y anheláis prosperar: ¡organizad bien vuestrahacienda!

De este desequilibrio, casi universal hoy, padecía la casa de donManuel, obligado con sus medios de hombre pobre a mantenerse, aunque sinostentación ni despilfarro, como caballero rico. ¿Ni quién se niega, silos quiere bien, a que sus hijos brillantes e inteligentes, aprendanesas cosas de arte, el dibujar, el pintar, el tocar piano, que alegrantanto la casa, y elevan, si son bien comprendidas y caen en buenatierra, el carácter de quien las posee, esas cosas de arte que apenashace un siglo eran todavía propiedad casi exclusiva de reinas yprincesas? ¿Quién que ve a sus pequeñines finos y delicados, en virtudde esa aristocracia del espíritu que en estos tiempos nuevos hansustituido a la aristocracia degenerada de la sangre, no gusta devestirlos de linda manera, en acuerdo con el propio buen gustocultivado, que no se contenta con falsificaciones y bellaquerías, y demodo que el vestir complete y revele la distinción del alma de losqueridos niños? Uno, padrazo ya, con el corazón estremecido y la frentearrugada, se contenta con un traje negro bien cepillado y sin manchas,con el cual, y una cara honrada, se está bien y se es bien recibido entodas partes; pero, ¡para la mujer, a quien hemos hecho sufrir tanto!¡para los hijos, que nos vuelven locos y ambiciosos, y nos ponen en elcorazón la embriaguez del vino, y en las manos el arma de losconquistadores! ¡para ellos, oh, para ellos, todo nos parece poco!

De manera que, cuando don Manuel murió, solo había en la casa losobjetos de su uso y adorno, en que no dejaba de adivinarse más el buengusto que la holgura, los libros de don Manuel, que miraba la madre comopensamientos vivos de su esposo, que debían guardarse íntegros a su hijoausente, y los enseres de la escuela, que un ayudante de don Manuel, queapenas le vio muerto se alzó con la mayor parte de sus discípulos, hallómanera de comprar a la viuda, abandonada así por el que en concienciadebió continuar ayudándola, en una suma corta, la mayor, sin embargo,que después de la muerte de don Manuel se vio nunca en aquella pobrecasa. Hacen pensar en las viudas las palmas caídas.

Este o aquel amigo, es verdad, querían saber de vez en cuando qué tal leiba yendo a la pobre señora. ¡Oh! se interesaban mucho por su suerte. Yaella sabía: en cuanto le ocurriese algo no tenía más que mandar. Paracualquier cosa, para cualquier cosa estaban a su disposición. Y veníanen visita solemne, en día de fiesta, cuando suponían que había gente enla casa; y se iban haciendo muchas cortesías, como si con la ceremoniade ellas quisiesen hacer olvidar la mayor intimidad que podríaobligarlos a prestar un servicio más activo. Da espanto ver cuán sola sequeda una casa en que ha entrado la desgracia: da deseos de morir.

¿Qué se haría doña Andrea, con tantas hijas, dos de ellas ya crecidas;con el hijo en España, aunque ya el noble mozo había prohibido, aunsuponiendo a su padre vivo, que le enviasen dinero? ¿qué se haría consus hijas pequeñas, que eran, las tres, por lo modestas y unidas, lagala del colegio; con Leonor, la última flor de sus entrañas, la que lasgentes detenían en la calle para mirarla a su placer, asombradas de suhermosura? ¿qué se haría doña Andrea? Así, cortado el tronco, se secanlas ramas del árbol, un tiempo verdes, abandonadas sobre la tierra.¡Pero los libros de don Manuel no! esos no se tocaban: nada más que asacudirlos, en la piececita que les destinó en la casa pobrísima quetomó luego, permitía la señora que entrasen una vez al mes. O cuando,ciertos domingos, las demás niñas iban a casa de alguna conocida a pasarla tarde, doña Andrea se entraba sola en la habitación, con Leonor de lamano, y allí a la sombra de aquellos tomos, sentada en el sillón en quemurió su marido, se abandonaba a conversaciones mentales, que parecíanhacerle gran bien, porque salía de ellas en un estado de silenciosamajestad, y como

más clara de rostro y levantada de estatura; de talmodo que las hijas cuando volvían de su visita, conocían siempre, por lamayor blandura en los ademanes, y expresión de dolorosa felicidad de surostro, si doña Andrea había estado en el cuarto de los libros. NuncaLeonor parecía fatigada de acompañar a su madre en aquellas entrevistas:sino que, aunque ya para entonces tenía sus diez años, se sentaba en lafalda de su madre, apretada en su regazo o abrazada a su cuello, o seechaba a sus pies, reclinando en sus rodillas la cabeza, con cuyoscabellos finos jugaba la viuda, distraída. De vez en cuando, pocasvedes, la cogía doña Andrea en un brusco movimiento en sus brazos, ybesando con locura la cabeza de la niña rompía en amarguísimos sollozos.Leonor, silenciosamente, humedecía en todo este tiempo la mano de sumadre con sus besos.

De España se trajo pocas cosas don Manuel, y doña Andrea menos, que erade familia hidalga y pobre. Y todo, poco a poco, para atender a lasnecesidades de la casa, fue saliendo de ella: hasta unas perlasmargaritas que había llevado de América a Salamanca un tío, abuelo dedoña Andrea, y un aguacate de esmeralda de la misma procedencia, querecibió de sus padres como regalo de matrimonio; hasta unas cucharas yvasos de plata que se estrenaron cuando se casó la madre de don Manuel,y este solía enseñar con orgullo a sus amigos americanos, para probar ensus horas de desconfianza de la libertad, cuánto más sólidos eran lostiempos, cosas y artífices de antaño.

Y todas las maravillas de la casa fueron cayendo en manos de inclementescompradores; una escena autógrafa de *El Delincuente Honrado* deJovellanos; una colección de monedas romanas y árabes de Zaragoza, delas cuales las árabes estimulaban la fantasía y avivaban las miradas deManuelillo cada vez que el padre le permitía curiosear en ellas; unacarta de doña Juana la Loca, que nunca fue loca, a menos que amar bienno sea locura, y en cuya carta, escrita de manos del secretarioPassamonte, se dicen cosas tan dignas y tan tiernas que dejabanenamorados de la reina a los que las leían, y dulcemente conmovidas lasentrañas.

Así se fueron otras dos joyas que don Manuel había estimado mucho, ymostraba con la fruición de un goloso que se complace traviesamente enhacer gustar a sus amigos un plato cuya receta está decidido a nodejarles conocer jamás: un estudio en madera de la cabeza de SanFrancisco, de Alonso Cano, y un dibujo de Goya, con lápiz rojo, dulcecomo una cabeza del mismo Rafael.

Con las cucharas de plata se pagó un mes la casa; la esmeralda dio paratres meses; con las monedas fueron ayudándose medio año. Undesvergonzado compró la cabeza, en un día de angustia, en cinco pesos.Un tanto se auxiliaban con unos cuantos pesos que, muy mal cobrados ymuy regañados, ganaban doña Andrea y las hijas mayores enseñando aalgunas niñas pequeñas del barrio pobre donde habían ido a refugiarse ensu penuria. Pero el dibujo de Goya, ese si se vendió bien. Ese, él solo,produjo tanto como las margaritas y las cucharas de plata, y elaguacate. El dibujo de Goya, única prenda que no se arrepintió doñaAndrea de haber vendido, porque le trajo un amigo, lo compró Juan Jerez;Juan Jerez que cuando murió en Madrid Manuelillo, y la madre extremadapor los gastos en que la puso una enfermedad grave de su niña Leonor, sehalló un día pensando con espanto en que era necesario venderlos, comprólos libros a doña Andrea, mas no se los llevó consigo, sino que se losdejó a ella «porque él no tenía donde ponerlos, y cuando los necesitase,ya se los pediría». Muy ruin tiene que ser el mundo, y doña Andrea

sabíade sobra que suele ser ruin, para que ese día no hubiese satisfecho suimpulso de besar a Juan la mano.

Pero Juan, joven rico y de padres y amistades que no hacían suponer quebuscase esposa en aquella casa desamparada y humilde, comprendió que nodebía ser visita de ella, donde ya eran alegría de los ojos y delcorazón, más por lo honestas que por lo lindas, las dos niñas mayores, ymuy distraído el pensamiento en cosas de la mayor alteza, y muy fino ygeneroso, y muy sujeto ya por el agradecimiento del amor que le mostrabaa su prima Lucía, ni visitaba frecuentemente la casa de doña Andrea, nihacía alarde de no visitarla, como que le llevó su propio médico cuandola enfermedad de Leonor, y volvió cuando la venta de los libros, ycuando sabía alguna aflicción de la señora, que con su influjo, el nocon su dinero que solía escasearle, podía tener remedio.

Lo que, como un lirio de noche en una habitación oscura, tuvo en mediode todas estas agonías iluminada el alma de doña Andrea, y le aseguró ensu creencia bondadosa en la nobleza de la especie humana, fue que, yaporque en realidad le apenase la suerte de la viuda, ya porque creyeraque había de parecer mal, siendo como el don Manuel bien querido, ymaestro como ella, que permitieran la salida de sus hijas del colegiopor falta de paga, la directora del Instituto de la Merced, el másfamoso y rico del país, hizo un día, en un hermoso coche, una visita,que fue muy sonada, a casa de doña Andrea, y allí le dijomagnánimamente, cosa que enseguida vociferó y celebró mucho la prensa,que las tres niñas recibirían en su colegio, si ella no lo mandaba deotro modo, toda su educación, como externas, sin gasto alguno. Aquellavez sí que doña Andrea, sin los miramientos que en el caso de Juanhabían más tarde de impedírselo, cubrió de besos la mano de ladirectora, quien la trató con una hermosa bondad pontificia, y como unamujer inmaculada trata a una culpable, tras de lo cual se volvió muyoronda a su colegio, en su arrogante coche.

Es verdad que las niñas no decían a doña Andrea que, aunque no las habíaen el colegio más aplicadas que ellas, ni que llevaran los vestiditosmás blancos y bien cuidados, ni que, en la clase y recreo mostrasenmayor compostura, los vales a fin de semana, y los primeros puestos enlas competencias, y los premios en los exámenes, no eran nunca paraellas; los regaños, sí. Cuando la niña del ministro había derramado untintero, de seguro que no había sido la niña del ministro, ¿cómo habíade ser la hija del ministro? había sido una de las tres niñas del Valle.La hija de Mr. Floripond, el poderoso banquero, la fea, la huesuda, ladescuidada, la envidiosa Iselda, había escondido, donde no pudiese serhallado, su caja de lápices de dibujar: por supuesto, la caja noaparecía: «¡Allí todas las niñas tenían dinero para comprar sus cajas!¡las únicas que no tenían dinero allí eran las tres del Valle!» y lasregistraban, a las pobrecitas, que se dejaban registrar con la carallena de lágrimas, y los brazos en cruz, cuando por fortuna la niña deotro banquero, menos rico que Mr. Floripond, dijo que había visto aIselda poner la caja de lápices en la bolsa de Leonor. Pero tan buenas,y serviciales fueron, tan apretaditas se sentaban siempre las tres, sinjugar, o jugando entre sí, en la hora de recreo; con tal mansedumbreobedecían los mandatos más destemplados e injustos; con tal sumisión,por el amor de su madre, soportaban aquellos rigores, que las ayudantesdel colegio, solas y desamparadas ellas mismas, comenzaron a tratarlascon alguna ternura, a encomendarles la copia de las listas de la clase,a darles a afilar sus lápices, a distinguirlas con esos pequeños favoresde los maestros que ponen tan orondos a los

niños, y que las tres hijasde del Valle recompensaban con una premura en el servirlos y unamodestia y gracia tal, que les ganaba las almas más duras. Estabondadosa disposición de las ayudantes subió de punto cuando ladirectora, que no tenía hijos, y era aun una muy bella mujer, diomuestras de aficionarse tan especialmente a Leonor, que algunas tardesla dejaba a comer a su mesa, enviándola luego a doña Andrea con unafectuoso recado; y un domingo la sacó a pasear en su carruaje,complaciéndose visiblemente aquel día en responder con su mejor sonrisaa todos los saludos.

Porque los que poseen una buena condición, si bien la persiguenimplacablemente en los demás cuando por causa de la posición o edad deestos, teman que lleguen a ser rivales, se complacen, por el contrario,por una especie de prolongación de egoísmo y por una fuerza de atracciónque parece incontrastable y de naturaleza divina, en reconocer yproclamar en otros la condición que ellos mismos poseen, cuando no puedellegar a estorbarles.

Se aman y admiran a sí propios en los que, fuera ya de este peligro derivalidad, tienen las mismas condiciones de ellos. Los miran como unarenovación de sí mismos, como un consuelo de sus facultades que decaen,como si se viesen aun a sí propios tales como son aquellas criaturasnuevas, y no como ya van siendo ellos. Y las atraen a sí, y las retienena su lado, como si quisiesen fijar, para que no se les escapase, lacondición que ya sienten que los abandona. Hay, además, gran motivo deorgullo en oír celebrar la especie de mérito por que uno se distingue.

Verdad es que no había tampoco mejor manera de llamar la atención sobresí que llevar cerca a Leonor. ¡Qué mirada, que parecía una plegaria!¡Qué óvalo el del rostro, más perfecto y puro! ¡Qué cutis, que parecíaque daba luz! ¡Qué encanto en toda ella, y qué armonía! De noche doñaAndrea, que como a la menor de sus hijas la tuvo siempre en su lecho, nobien la veía dormida, la descubría para verla mejor; le apartaba loscabellos de la frente y se los alzaba por detrás para mirarle el cuello,le tomaba las manos, como podía tomar dos tórtolas, y se las besabacuidadosamente; le acariciaba los pies, y se los cubría a lentos besos.

Alfombra hubiera querido ser doña Andrea, para que su hija no selastimase nunca los pies, y para que anduviese sobre ella. Alfombra,cinta para su cuello, agua, aire, todo lo que ella tocase y necesitasepara vivir, como si no tuviese otras hijas, quería ser para ella doñaAndrea. Solía Leonor despertarse cuando su madre estaba contemplándolade esta manera; y entreabriendo dichosamente los ojos amantes yatrayéndola a sí con sus brazos, se dormía otra vez, con la cabeza de sumadre entre ellos; de su madre que apenas dormía.

¡Cómo no padecería la pobre señora cuando la directora del colegio,estando ya Leonor en sus trece años, la vino a ver, como quien hace ungran servicio, y en verdad para el porvenir de Leonor lo era, para quelo permitiese retener a Leonor en el colegio como alumna interna! En elprimer instante, doña Andrea se sintió caer al suelo, y, sin palabras,se quedó mirando a la directora fijamente, como a una enemiga. Depensarlo no más, ya le pareció que le habían sacado el corazón delpecho.

Balbuceó las gracias. La directora entendió que aceptaba.

—Leonor, doña Andrea, está destinada por su hermosura a llamar laatención de una manera extraordinaria. Es niña todavía, y ya ve ustedcómo anda por la ciudad la fama de su belleza. Usted comprende que a míme es más costoso tenerla en el colegio como a interna; pero creo de mideber, por cariño a usted y al señor don Manuel, acabar mi obra.

Y la madre parecía que quería adelantar una objeción; y la mujerhermosa, que en realidad, en fuerza de la plácida beldad de Leonor,había concebido por ella un tierno afecto, decía precipitadamente estasbuenas razones, que la madre veía lucir delante de sí, como puñalesencendidos.

—Porque usted ve, doña Andrea, que la posición de Leonor en el mundo, vaa ser sumamente delicada. La situación a que están ustedes reducidas lasobliga a vivir apartadas de la sociedad, y en una esfera en que, por sumisma distinción natural y por la educación que está recibiendo, nopuede encontrar marido proporcionado para ella. Acabando de educarse enmi colegio como interna, se rozará mucho más, en estos tres años, conlas niñas más elegantes y ricas de la ciudad, que se harán sus amigasíntimas; yo misma iré cuidando especialmente de favorecer aquellasamistades que le puedan convenir más cuando salga al mundo, y le ayudena mantenerse en una esfera a que de otro modo, sin más que su belleza,en la posición en que ustedes están, no podría llegar nunca. Hermosa einteligente como es, y moviéndose en buenos círculos, será mucho másfácil que inspire el respeto de jóvenes que de otro modo la perseguiríansin respetarla, y encuentre acaso entre ellos el marido que la hagaventurosa. ¡Me espanta, doña Andrea—dijo la directora que observaba elefecto de sus palabras en la pobre madre—, me espanta pensar en lasuerte que correría Leonor, tan hermosa como va a ser, en el desamparoen que tienen ustedes que vivir, sobre todo si llegase usted a faltarle!Piense usted en que necesitamos protegerla de su misma hermosura.

Y la directora, ya apiadada del gran dolor reflejado en las facciones dedoña Andrea, que no tenía fuerzas para abrir los labios, ya deseosa dealcanzar con halagos su anhelo, había tomado las manos de doña Andrea, yse las acariciaba bondadosamente.

Entró Leonor en este instante, y en el punto de verla, fue como si lostorrentes de llanto apretados por la agonía se saliesen al fin de susojos; no dijo palabras, sino inolvidables sollozos; y se lanzó alencuentro de su hija, y se abrazó con ella estrechísimamente.

—Yo no iré, mamá, yo no iré—le decía Leonor al oído—, sin que lo oyesela directora; aunque ya Leonor le había dicho a esta que, si quería doñaAndrea, ella quería ir.

A los pocos momentos doña Andrea, pálida, sentada ya junto a Leonor, aquien tenía de la mano, pudo por fin hablar. ¡Porque era ceder a cuantole quedaba de don Manuel, a aquellas noches queridas suyas de silencio,en que su alma, a solas con su amargura y con su niña, recordaba yvivía; porque conforme se había ido apartando de todo, en sus hijas, yen Leonor, como un símbolo de todas ellas, se había refugiado, con latenacidad de las almas sencillas que no tienen fuerza más que para amor;porque dar a Leonor era como dar todas las luces y todas las rosas de lavida!

Por fin pudo hablar, y con una voz opaca y baja, como de quien habla demuy lejos, dijo:

—Bueno, señora, bueno. Y Dios le pagará su buena intención. Leonor sequedará en el colegio.

Y ya hemos visto en los comienzos de esta historia que estaba Leonor apunto de salir de él.

Capítulo III

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle? Eracomo la mañana que sigue al día en que se ha revelado un oradorpoderoso. Era como el amanecer de un drama nuevo. Era esa conmociónninevitable que, a pesar de su vulgaridad ingénita, experimentan loshombres cuando aparece súbitamente ante ellos alguna cualidad suprema.Después se coligan todos, en silencio primero, abiertamente luego, y dansobre lo que admiraron. Se irritan de haber sido sorprendidos. Seencolerizan sordamente, por ver en otro la condición que no poseen. Ymientras más inteligencia tengan para comprender su importancia, más laabominan, y al infeliz que la alberga. Al principio, por no parecerenvidiosos, hacen como que la acatan: y, como que es de fuertes notemer, ponen un empeño desmedido en alabar al mismo a quien envidian,pero poco a poco, y sin decirse nada, reunidos por el encono común, vanagrupándose, cuchicheando, haciéndose revelaciones. Se ha exagerado.Bien mirado, no es lo que se decía. Ya se ha visto eso mismo. Esos ojosno deben ser suyos. De seguro que se recorta la boca con carmín. Lalínea de la espalda no es bastante pura. No, no es bastante pura. Parececomo que hay una verruga en la espalda. No es verruga, es lobanillo. Noes lobanillo, es joroba. Y acaba la gente por tener la joroba en losojos, de tal modo que llega de veras a verla en la espalda, ¡porque lalleva en sí! Ea; eso es fijo: los hombres no perdonan jamás a aquellos aquienes se han visto obligados a admirar.

Pero allá, en un rincón del pecho, duerme como un portero soñoliento lanecesidad de la grandeza. Es fama que, para dar al champaña sufragancia, destilan en cada botella, por un procedimiento desconocido,tres gotas de un licor misterioso. Así la necesidad de la grandeza, comoesas tres gotas exquisitas, está en el fondo del alma. Duerme como sinunca hubiese de despertar, ¡oh, suele dormir mucho! ¡oh, hay almas enque el portero no despierta nunca! Tiene el sueño pesado, en cosas degrandeza, y sobre todo en estos tiempos, el alma humana. Milduendecillos, de figuras repugnantes, manos de araña, vientre hinchado,boca encendida, de doble hilera de dientes, ojos redondos y libidinosos,giran constantemente alrededor de portero dormido, y le echan en losoídos jugo de adormideras, y se lo dan a respirar, y se lo untan en lassienes, y con pinceles muy delicados le humedecen las palmas de lasmanos, y se les encuclillan sobre las piernas, y se sientan sobre elrespaldo del sillón, mirando hostilmente a todos lados, para que nadiese acerque a despertar al portero: ¡mucho suele dormir la grandeza en elalma humana! Pero cuando despierta, y abre los brazos, al primermovimiento pone en fuga a la banda de duendecillos de vientre hinchado.Y el alma entonces se esfuerza en ser noble, avergonzada de tanto tiempode no haberlo sido. Solo que los duendecillos están escondidos detrás delas puertas, y cuando les vuelve a picar el hambre, porque se han juradocomerse al portero poco a poco, empiezan a dejar escapar otra vez elaroma de las adormideras, que a manera de cendales espesos va turbandolos ojos y velando la frente del portero vencido; y no ha pasado muchotiempo desde que puso a los duendes en fuga, cuando ya vuelven estos enconfusión, se descuelgan de las ventanas, se dejan caer por las hojas delas puertas, salen de bajo las losas descompuestas del piso, y abriendolas grandes bocas en una risa que no suena, se le suben agilísimamentepor las piernas y brazos, y uno se le para en un hombro, y otro se lesienta en un brazo, y todos agitan en alto, con un ruido de rata queroe, las adormideras. Tal es el sueño del alma humana.

¿De qué ha de estar hablando toda la ciudad, sino de Sol del Valle?

De ella, porque hablan de la fiesta de anoche: de ella, porque la fiestaalcanzó inesperadamente, a influjo de aquella niña ayer desconocida, unaelevación y entusiasmo que ni los mismos que contribuyeron a ellovolverían a alcanzar jamás. Tal como suelen los astros juntarse en elcielo, ¡ay! para chocar y deshacerse casi siempre, así, con no mejordestino, suelen encontrarse en la tierra, como se encontraron anoche, elgenio, y ese otro genio, la hermosura.

De fama singular había venido precedido a la ciudad el pianista húngaroKeleffy. Rico de nacimiento, y enriquecido aun más por su arte, noviajaba, como otros, en busca de fortuna. Viajaba porque estaba lleno deáguilas, que le comían el cuerpo, y querían espacio ancho, y se ahogabanen la prisión de la ciudad. Viajaba porque casó con una mujer a quiencreyó amar, y la halló luego como una copa sorda, en que las armonías desu alma no encontraban eco, de lo que le vino postración tan grande queni fuerzas tenía aquel músico-atleta, para mover las manos sobre elpiano: hasta que lo tomó un amigo leal del brazo, y le dijo «Cúrate», ylo llevó a un bosque, y lo trajo luego al mar, cuyas músicas se leentraron por el alma medio muerta, se quedaron en ella, sentadas y conla cabeza alta, como leones que husmean el desierto, y salieron al finde nuevo al mundo en unas fantasías arrebatadas que en el barco que lollevaba por los mares improvisaba Keleffy, las que eran tales, que si secerraban los ojos cuando se las oía, parecía que se levantaban por elaire, agrandándose conforme subían, unas estrellas muy radiosas, sobreun cielo de un negro hondo y temible, y otras veces, como que en lasnubes de colores ligeros iban dibujándose unas como guirnaldas de floressilvestres, de un azul muy puro, de que colgaban unos cestos de luz:¿qué es la música sino la compañera y guía del espíritu en su viaje porlos espacios? Los que tienen ojos en el alma, han visto eso que hacíanver las fantasías que en el mar improvisaba Keleffy: otros hay, que noven, por lo que niegan muy orondos que lo que ellos no han visto, otroslo vean. Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila.

Keleffy viajaba por América, porque le habían dicho que en nuestro cielodel Sur lucen los astros como no lucen en ninguna otra parte del cielo,y porque le hablaban de unas flores nuestras, grandes como cabeza demujer y blancas como la leche, que crecen en los países del Atlántico, yde unas anchas hojas que se crían en nuestra costa exuberante, yarrancan de la madre tierra y se tienden voluptuosamente sobre ella,como los brazos de una divinidad vestida de esmeraldas, que llamasen,perennemente abiertas, a los que no tienen miedo de amar los misterios ylas diosas.

Y aquel dolor de vivir sin cariño, y sin derecho para inspirarlo niaceptarlo, puesto que estaba ligado a una mujer a quien no amaba; aqueldolor que no dormía, ni tenía paces, ni le quería salir del pecho, y letenía la fantasía como apretada por serpientes, lo que daba a todo sumúsica un aire de combate y tortura que solía privarla del equilibrio yproporción armoniosa que las obras durables de arte necesitan; aqueldolor, en un espíritu hermoso que, en la especie de peste amatoria queestá enllagando el mundo en los pueblos antiguos, había salvado, comouna paloma herida, un apego ardentísimo a lo casto; aquel dolor, que aveces con las manos crispadas se buscaba el triste músico por sobre elcorazón, como para arrancárselo de raíz, aunque se tuviera que arrancarel corazón con él; aquel dolor no le dejaba punto de reposo, le hacíaparecer a las veces extravagante y huraño, y aunque por la suavidad desu mirada y el ardor de su discurso se atrajese desde el primerinstante, como un domador de oficio, la voluntad de los que le

veían,poco a poco sentía él que en aquellos afectos iba entrando la sordahostilidad con que los espíritus comunes persiguen a los hombres de almasuperior, y aquella especie de miedo, si no de terror, con que loshombres, famélicos de goces, huyen, como de un apestado, de quien, bajola pesadumbre de un infortunio, ni sabe dar alegrías, ni tiene el ánimodispuesto a compartirlas.

Ya en la ciudad de nuestro cuento, cuya gente acomodada había ido toda,y en más de una ocasión, de viaje por Europa, donde apenas había casasin piano, y, lo que es mejor, sin quien tocase en él con natural buengusto, tenía Keleffy numerosos y ardientes amigos; tanto entre losmúsicos sesudos, por el arte exquisito de sus composiciones, como entrela gente joven y sensible, por la melodiosa tristeza de sus romanzas. Demodo que cuando se supo que Keleffy venía, y no como un artista que seexhibe sino como un hombre que padece, determinó la sociedad eleganterecibirle con una hermosísima fiesta, que quisieron fuese como la másbella que se hubiera visto en la ciudad, ya porque del talento deKeleffy se decían maravillas, ya porque esta buena ciudad de nuestrocuento no quería ser menos que otras de América, donde el pianista habíasido ruidosamente agasajado.

En la «casa de mármol» dispusieron que se celebrase la gran fiesta: conun tapiz rojo cubrieron las anchas escaleras; los rincones, ya en lassalas, ya en los patios, los llenaron de palmas; en cada descanso de laescalera central había un enorme vaso chino lleno de plantas de cameliaen flor; todo un saloncito, el de recibir, fue colgado de seda amarilla;de higares ocultos por cortinas venía un ruido de fuentes. Cuando seentraba en el salón, en aquella noche fresca de la primavera, con todoslos balcones abiertos a la noche, con tanta hermosa mujer vestida detelas ligeras de colores suaves, con tanto abanico de plumas, muy demoda entonces, moviéndose pausadamente, y con aquel vago rumor de fiestaque comienza, parecía que se entraba en un enorme cesto de alas. La tapadel piano, levantado para dar mayor sonoridad a las notas, parecía, comodominándolas a todas, una gran ala negra.

Keleffy, que discernía la suma de verdadero afecto mezclada en aquellafiesta de la curiosidad y sentía desde su llegada a América como siconstantemente estuviesen encendidos en su alma dos grandes ojos negros;Keleffy a quien fue dulce no hallar casa, donde sus últimos dolores,vaciados en sus romanzas y nocturnos, no hubiesen encontrado manostiernas y amigas, que se las devolvían a sus propios oídos comoatenuados y en camino de consuelo, porque «en Europa se toca—decíaKeleffy—, pero aquí se acaricia el piano»; Keleffy, que no notabadesacuerdo entre el casto modo con que quería él su magnífico arte, yaquella fiesta discreta y generosa, en que se sentía el concurso comopenetrado de respeto, en la esfera inquieta y deleitosa de loextraordinario; Keleffy, aunque de una manera apesarada y melancólica, ymás de quien se aleja que de quien llega, tocó en el piano de maderanegra, que bajo sus manos parecía a veces salterio, flauta a veces, y aveces órgano, algunas de sus delicadas composiciones, no aquellas en quese hubiera dicho que el mar subía en montes y caía roto en cristales, oque braceaba un hombre con un toro, y le hendía el testuz, y le doblabalas piernas, y lo echaba por tierra, sino aquellas otras flexiblesfantasías que, a tener color, hubieran sido pálidas, y a ser cosasvisibles, hubiesen parecido un paisaje de crepúsculo.

En esto, se oyó en todo el salón un rumor súbito, semejante al que endías de fiestas nacionales se oye en la muchedumbre de las plazas cuandorompe en un ramo de estrellas en el aire un fuego de artificio. ¡Ya sesabía que en el Instituto de la Merced había una niña muy bella! que eraSol del Valle; ¡pero no se sabía que era tan bella! Y fue al piano;porque ella era la discípula querida del Instituto y ninguna como ellaentendía aquella plegaria de Keleffy, «¡Oh, madre mía», y la tocó,trémula al principio, olvidada después en su música y por esto másbella; y cuando se levantó del piano, el rumor fue de asombro ante lahermosura de la niña, no ante el talento de la pianista, no común porotra parte; y Keleffy la miraba, como si con ella se fuese ya una partede él; y, al verla andar, la concurrencia aplaudía, como si la música nohubiera cesado, o como si se sintiese favorecida por la visita de un serde esferas superiores, u orgullosa de ser gente humana, cuando habíaentre los seres humanos tan grande hermosura.

¿Cómo era? ¡Quién lo supo mejor que Keleffy! La miró, la miró con ojosdesesperados y avarientos. Era como una copa de nácar, en quien nadiehubiese aun puesto los labios. Tenía esa hermosura de la aurora, quearroba y ennoblece. Una palma de luz era. Keleffy no la hablaba, sino laveía. La niña, cuando se sentó al lado de la directora, casi rompió enlágrimas. La revelación, la primera sensación del propio poder, lisonjeay asusta. Se tuvo miedo la niña, y aunque muy contenta de sí, halagadapor aquel rumor como si le rozasen la frente con muy blandas plumas, sesintió sola y en riesgo, y buscó con los ojos, en una mirada de angustiaa doña Andrea, ¡ay! a doña Andrea que, conforme iban pasando los años,se hundía en sí misma, para ver mejor a don Manuel, de tal manera queya, si sonreía siempre, apenas hablaba. Se conversaba apresuradamente.Todos los ojos estaban sobre ella. ¿Quién es? ¿Quién es? Las mujeres nola celebraban, se erguían en sus asientos para verla; movían rápidamenteel abanico, cuchicheaban a su sombra con su compañera; se volvían amirarla otra vez. Los hombres, sentían en sí como una rienda rota; yalgunos, como un ala. Hablaban con desusada animación. Se juntaban encorrillos. La median con los ojos. Ya la veían de su brazo ostentándolaen el salón, y le estrechaban el talle en el baile ardiente y atrevido;ya meditaban la frase encomiástica con que habían de deslumbrar al serpresentados a ella. «¿Conque esa es Sol del Valle?». «¿En qué casasvisita?». «¿Va a casa de Lucía Jerez?». «Juan Jerez es amigo de laseñora». «Allí está Juan Jerez; que nos presente». «Yo soy amigo de ladirectora: vamos». «¿Quién nos presentará a ella?». ¡Pobre niña! Sualcoba no la vio nunca como la dejaron aquellos curiosos. No es para lamayor parte de los hombres una obra santa, y una copa de espíritu lahermosura; sino una manzana apetitosa. Si hubiera un lente quepermitiese a las mujeres ver, tales como les pasean por el cráneo lospensamientos de los hombres, y lo que les anda en el corazón, losquerrían mucho menos.

Pero no era un hombre, no, el que con más insistencia, y un ciertoencono mezclado ya de amor, miraba a Sol del Valle, y con dificultadcontenía el llanto que se le venía a mares a los ojos, abiertos, en losque se movían los párpados apenas. La conocía en aquel momento, y ya laamaba y la odiaba. La quería como a una hermana; ¡qué misterios de estasnaturalezas bravías e iracundas! y la odiaba con un aborrecimientoirresistible y trágico. Y cuando un caballero apuesto y cortés, quesaludaba mucha gente a su paso, se acercó, por lo mismo que vivía enesfera social más alta, más que a saludar, a proteger a Sol del Valle,cuando Juan Jerez llegó al fin al lado de la niña, y Lucía Jerez, queera quien de aquella manera la miraba, los vio juntos, cerró los ojos,inclinó la cabeza sobre el hombro como quien se muere; se le puso todoel rostro amarillo; y

solo al cabo de algún tiempo, al influjo del aireque agitaban sus compañeras con los abanicos, volvió a abrir los ojos,que parecían turbios, como si hubiera cruzado por su pensamiento un avenegra.

Y Keleffy en aquellos instantes tenía subyugada y muda a laconcurrencia. Allí sus esperanzas puras de otros tiempos; sus agonías deesposo triste; el desorden de una mente que se escapa; el mar serenoluego; la flora toda americana, ardiente y rica; el encogimiento sombríodel alma infeliz ante la naturaleza hermosa; una como invasión de luzque encendiese la atmósfera, y penetrase por los rincones más negros dela tierra, y a través de las ondas de la mar, a sus cuevas de azul ycorales; una como águila herida, con una llaga en el pecho que parecíauna rosa, huyendo, a grandes golpes de ala, cielo arriba, con gritosdesesperados y estridentes. Así, como un espíritu que se despide, tocóKeleffy el piano. Jamás pudo tanto, ni nadie le oyó así segunda vez.Para Sol era aquella fantasía; para Sol, a quien ni volvería a vernunca, ni dejaría de ver jamás. Solo los que persiguen en vano lapureza, saben lo que regocija y exalta el hallarla. Solo los que muerende amor a la hermosura entienden cómo, sin vil pensamiento, ya a puntode decir adiós para siempre a la ciudad amiga, tocó aquella noche en elpiano Keleffy. Pero tocó de tal manera que, aun para la gente inculta,es todavía aquel un momento inolvidable. «Nos llevaba como untriunfador», decía un cronista al día siguiente, «sujetos a su carro.¿Adónde íbamos? nadie lo sabía. Ya era un rayo que daba sobre un monte,como el acero de un gigante sobre el castillo donde supone a su damaencantada; ya un león con alas, que iba de nube en nube; ya un solvirgen que de un bosque temido, como de un nido de serpientes, selevanta; ya un recodo de selva nunca vista, donde los árboles no teníanhojas, sino flores; ya un pino colosal que, con estruendo de gemidos, sequebraba; era una grande alma que se abría. Mucho se había hecho admirarel apasionado húngaro en el comienzo de la fiesta; mas, aquellaarrebatadora fantasía, aquel desborde de notas; ora plañideras, oraterribles, que parecían la historia de una vida, aquella, que fue suúltima pieza de la noche, porque nadie después de ella osó pedirle más,vino tan inmediatamente después de la aparición de la señorita Sol delValle, orgullo desde hoy de la ciudad que todos reconocimos en laimprovisación maravillosa del pianista el influjo que en él, como encuantos anoche la vieron, con su vestido blanco y su aureola deinocencia, ejerció la pasmosa hermosura de la niña. Nace bien estabeldad extraordinaria, con el genio a sus plantas».

Dos amigas están sentadas a la sombra de la magnolia, nuestra antiguaconocida. En un sillón está sentada Lucía. Otras sillas de mimbreesperan a sus dueñas, que andan preparando dulces por los adentros de lacasa, o con Ana, que no está bien hoy. Está muy pálida. No se esperagente de afuera aquella tarde; Juan Jerez no está en la ciudad: fue elviernes a defender en el tribunal de un pueblo vecino los derechos deunos indios a sus tierras, y aun no ha vuelto. Lucía hubiera estado mástriste, si no hubiera tenido a su amiga a su lado. Juan no puede venir.Ferrocarril no hay hoy. A caballo, es muy lejos. A los pies de Lucía, enuna banqueta, con los brazos cruzados sobre las rodillas de la niña,¿quién es la que está sentada, y la mira con largas miradas, que seentran por el alma como reinas hermosas que van a buscar en ella suaposento, y a quedarse en ella; y la deja jugar con su cabeza, cuyacabellera castaña destrenza y revuelve, y alisa luego hacia arriba conmucho cuidado, de modo que se le vea el noble cuello? A los pies deLucía está Sol del Valle.

Desde la noche de la fiesta de Keleffy, Lucía y Sol se han visto muchasveces. ¿De conocerla, cómo había de librarse, en estas ciudades nuestrasen que todo el mundo se conoce? Aquella misma noche, y no fue Juan porcierto, Lucía, muy adulada por la directora del Instituto de la Merced,de donde había salido tres años antes, se vio en brazos de Sol, que lamiraba llena de esperanza y ternura. Se levantó la directora y llevó aSol de la mano a donde Lucía estaba, taciturna. Las vio venir, y se echóatrás.

—¡Vienen a mí, a mí!—se dijo.

—Lucía, aquí te traigo una amiga, para que te la pongas en el corazón, yme la cuides como cosa de tu casa. En tus manos la puedo dejar: tú noeres envidiosa.

Y a Sol se le encendía el rostro, sin saber qué decir, y a Lucía se ledesvanecía el color, buscando en balde fuerzas con que mover la mano yabrir los labios en una sonrisa.

—Pero esto no ha de ser así, no.

Y la directora puso el brazo de Sol en el de Lucía, y acompañadas demiradas celosas, se refugió por algunos momentos con ellas en un balcón,cuya baranda de granito estaba oculta bajo una enredadera florecida derosas salomónicas. El balcón era grande y solemne; la noche, ya muyentrada, y el cielo, cariñoso y locuaz, como se pone en nuestros paísescuando el aire está claro, y parece como que platican y se hacen visitaslas estrellas.

—Y ante todo, Lucía y Sol, dense un beso.

—Mira, Lucía—dijo la directora juntando en sus manos las de las losniñas y hablando como si no estuviese Sol con ellas, quien se sentía lasmejillas ardientes, y el pecho apretado con lo que la maestra ibadiciendo, tanto, que por un instante vio el cielo todo negro, y como quedesde su casita la estaba llamando doña Andrea—. Mira, Lucía, tú sabescómo entra en la vida Sol del Valle, como lo sabe todo el mundo. Supadre se ha muerto. Su madre está en la mayor pobreza. Yo, que la quierocomo a una hija, he procurado educarla para que se salve del peligro deser hermosa siendo tan pobre.

Sintió Lucía en aquel instante como si la mano de Sol le temblase en lasuya, y hubiese hecho un movimiento por retirarla y ponerse en pie.

—Señora....

—No, no, Lucía. La que va a ser mujer de Juan Jerez....

La sombra de una de las cortinas de la enredadera, que flotaba alinflujo del aire, escondió en este instante el rostro de Sol.

—... merece que yo ponga en sus manos, para que me la enseñe al mundo asu lado y me la proteja, la joya de la casa con que ha sido Juan Jereztan bueno.

Aquí la cortina flotante de la enredadera cubrió con su sombra el rostrode Lucía.

—Juan....

—Juan ha sido muy bueno—dijo como con cierta prisa voluntaria ladirectora—. Él apenas conoce a Sol, porque ha ido muy poco a casa dedoña Andrea; pero como es tan generoso, se alegrará de que tú ampares aesta niña, con el respeto de tu casa, de los que, porque la verándesvalida....

Más blanco que su vestido pudo verse en este momento, el rostro de Sol.

—... querrán faltarle al respeto. Ya Sol ha acabado su colegio; peropara que mi obra no quede incompleta, voy a dejarla en él comoprofesora, y así ayudará a su madre a llevar los gastos de la casa, y lehemos tomado ya a doña Andrea una casita mejor, cerca del Instituto. Yoespero—añadió la señora gravemente, y como si las estrellas noestuviesen brillando en el cielo—, que Sol será una buena maestra. Yo,Lucía, no podré llevarla a todas partes, porque ya he dejado de serjoven, y los cuidados del colegio me lo impiden; pero quiero que túhagas mis veces, y ya lo sabes—dijo con una ligera emoción en la vozdando un beso en la mejilla de Lucía—, cuídamela. Que sientan que el queno pueda llegar hasta ti, no puede llegar hasta ella. Cuando haya unafiesta, llévala. Ella se vestirá siempre linda, porque yo la he enseñadoa hacérselo todo y es maestra en coser. Convídala a tu casa, para quenadie tenga reparo en convidarla a la suya: que el que entra en tu casapuede entrar en todas partes. Sol es tan bonita como agradecida.

—Sí, sí, señora—interrumpió Lucía que en sus mejillas propias estabasintiendo la palidez de las de Sol—. Yo la llevaré conmigo. Yo sí, yosí, ahora mismo la presentaré a todas mis amigas. Iremos juntas laSemana Santa. No me digas que no, Sol. Iremos al teatro siempre juntas.

Y el cariño le iba creciendo con las palabras, que decíaamontonadamente, como si tuviese prisa por olvidarse de algo, o quisiesevengarse de sí misma.

—Bueno, vamos entonces, que yo veo que la gente curiosea porque estamoscuchicheando tanto tiempo. Vamos.

Sol no hablaba. Lucía, como que quería defenderla de la directora, queentraba ya en el salón con su paso pomposo.

—Enseguida, señora, enseguida. Entre usted y detrás vamos nosotras. Voya coger dos rosas de esta enredadera: esta para Sol—y se la prendió conmucha ternura, mirándola amorosamente en los ojos—; esta, que es lamenos bonita, para mí.

—¡Oh, usted es tan buena!

—¿Usted? No, Sol, yo soy tu hermana. No hagas caso de lo que dice ladirectora. Yo te querré siempre como una hermana—y abrió los brazos, yapretó en ellos a Sol, a la que llevaba sin miedo, prestísimamente.

—¡Oh!—dijo Sol de pronto ahogando un grito. Y se llevó la mano al seno,y la sacó con la punta de los dedos roja. Era que al abrazarla Lucía, sele clavó en el seno una espina de la rosa.

Con su propio pañuelo secó Lucía la sangre, y de brazo las dos entraronen la sala. Lucía también estaba hermosa.

—¿Cómo entenderte, Lucía?—decía Juan a su prima unos quince días despuésde la noche de la fiesta, con una intención severa en las palabras queél con Lucía nunca había usado—. Desde hace unos quince días, espera,creo que me acuerdo, desde la noche de Keleffy, te encuentro taninjusta, que a veces, creo que no me quieres.

—¡Juan! ¡Juan!

—Bueno, Lucía: tú sí me quieres. Pero ¿qué te hago yo que explique esasdurezas tuyas de carácter, para mí que vengo a ti como viene el sedientoa un vaso de ternuras? Más cariño no puedes desear. Pensar, yo sí piensoen todo lo más difícil y atrevido; pero querer, Lucía, yo no quiero másque a ti. Yo he vivido poco; pero tengo miedo de vivir y sé lo que es,porque veo a los vivos. Me parece que todos están manchados, y en cuantoalcanzan a ver un hombre puro empiezan a correrle detrás para llenarlela túnica de manchas. La verdad es que yo, que quiero mucho a loshombres, vivo huyendo de ellos. Siento a veces una melancolía dolorosa.¿Qué me falta? La fortuna me ha tratado bien. Mis padres me viven. Me espermitido ser bueno. Y además, te tengo—le dijo tomándola, cariñosamentede la mano que Lucía le abandonó como apenada y absorta.

—Te tengo, y de ti me vienen, y en ti busco, las fuerzas frescas quenecesito para que el corazón no se me espante y debilite. Cada vez queme asomo a los hombres, me echo atrás como si viera un abismo; pero decada vez que vengo a verte, saco un brío para batallar y un poder deperdón que hacen que nada me parezca difícil para que yo lo acometa. Note rías, Lucía; pero es la verdad. ¿Tú has leído unos versos deLongfellow que se llaman «Excelsior»? Un joven, en una tempestad denieve, sube por un puerto pobre, montaña arriba, con una bandera en lamano que dice: «Excelsior». No te sonrías: yo sé que sabes tú latín:«¡Más alto!». Un anciano le dice que no vaya adelante, que el torrenteruge abajo y la tempestad ¡se viene encima: «¡Más alto!». Una jovenlinda, ¡no tan linda como tú!, le dice: «Descansa la cabeza fatigada enmi seno». Y al joven se le humedecen los ojos azules, pero aparta de sía la enamorada y le dice: «¡Más alto!».

—¡Ah no! pero tú no me apartarás a mí de ti. Yo te quito la bandera delas manos. Tú te quedas conmigo. ¡Yo soy lo más alto!

—No, Lucía: los dos juntos llevaremos la bandera. Yo te tomo para todoel viaje. Mira que, como soy bueno, no voy a ser feliz. ¡No te mecanses!—y le besó la mano.

Lucía le acariciaba con los ojos la cabeza.

—Y el joven al fin siguió adelante: y los monjes lo hallaron muerto aldía siguiente, medio sepultado en la nieve; pero con la mano asida a labandera, que decía: «¡Más alto!». Pues bien, Lucía: cuando no te mepones majadera, cuando no me haces lo que ayer, que me miraste de frentecomo con odio y te burlaste de mí y de mi bondad, y sin saberlo llegastehasta dudar de mi honradez, cuando no te me vuelves loca como ayer, meparece cuando salgo de aquí, que me brilla en las manos la bandera. Yveo a todo el mundo pequeño, y a mí como un gigante dichoso. Y sientomayor necesidad, una vehemente necesidad de amar y perdonar a todo elmundo. En la mujer, Lucía, como que es la hermosura mayor que se conoce,creemos los poetas hallar como un perfume natural todas las excelenciasdel espíritu; por eso los poetas se apegan con tal ardor a las mujeres aquienes aman, sobre todo a la primera a quien quieren de veras, que noes casi nunca la primera a quien han creído querer, por eso cuando creenque algún acto pueril o inconsiderado las desfigura, o imaginan ellosalguna frivolidad o impureza, se ponen fuera de sí, y sienten

unosdolores mortales, y tratan a su amante con la indignación con que setrata a los ladrones y a los traidores, porque como en su mente lashicieran depositarias de todas las grandezas y claridades que apetecen,cuando creen ver que no las tienen, les parece que han estadousurpándoles y engañándoles con maldad refinada, y creen que sederrumban como un monte roto, por la tierra, y mueren aunque siganviviendo, abrazados a las hojas caídas de su rosa blanca. Los poetas deraza mueren. Los poetas segundones, los tenientes y alféreces; de lapoesía, los poetas falsificados, siguen su camino por el mundo besandoen venganza cuantos labios se les ofrecen, con los suyos, rojos yhúmedos en lo que se ve, ¡pero en lo que no se ve tintos de veneno!Vamos, Lucía, me estás poniendo hoy muy hablador. Tú ves, no lo puedoevitar. Si me oyeran otras gentes, dirían que era un pedante. Tú no lodices, ¿verdad? Es que en cuanto estoy algún tiempo cerca de ti, de tique nadie ha manchado, de ti en quien nadie ha puesto los labiosimpuros, de ti en quien mido yo como la carne de todas mis ideas y comouna almohada de estrellas donde reclino, cuando nadie me ve, la cabezacansada, estas cosas extrañas, Lucía, me vienen a los labios tannaturalmente que lo falso sería no recordarlas. Por fuera me suelenacusar de que soy rebuscado y exagerado, y tú habrás notado que ya yohablo muy poco. ¿Qué culpa tengo yo de que sea así mi naturaleza, y deque al influjo de tu cariño enseñe todas sus flores?

Y le besó las dos manos, como pudiera un niño haber besado dos tórtolas.

Así, aunque no parezca cierto, suelen hablar y sentir algunos seres«vivos y efectivos», como dicen las lápidas de los nichos en que estánenterrados los oficiales militares muertos en el servicio de la coronaespañola. Así exactamente, y sin quitar ni poner ápice, era como sentíay hablaba Juan Jerez.

—Tú me perdonas, Juan—dijo Lucía antes de que hubieran pasado algunosmomentos, bajos los ojos y la voz, como pecador contrito que pidehumildemente la absolución de su pecado—. Juan yo no sé que es, ni sépara qué te quiero, aunque si sé que te quiero por lo mismo que vivo, yque si no te quisiera no viviría. Y mira, Juan, te miento; ahora mismote estoy mintiendo, yo creo que no sé por qué te quiero, pero debosaberlo muy bien, sin notarlo yo, porque sé por qué pueden quererte losdemás. Y como si te conocen, han de quererte como yo te quiero, ¡no meregañes Juan! ¡yo no quisiera que tú conocieses a nadie! ¡Yo te querríamudo, yo te querría ciego: así no me verías más que a mí, que lecerraría el paso a todo el mundo, y estaría siempre ahí, y como dentrode ti, a tus pies donde quisiera estar ahora! ¿Tú me perdonas, Juan?Luego, yo no soy soberbia, y no creo que yo solo soy hermosa: ¡tú dicesque yo soy hermosa! yo sé que fuera de mí hay muchas cosas y muchaspersonas bellas y grandes; yo sé que no están en mí todas las hermosurasde la tierra, y como a ti te caben en el alma todas, y eres tan buenoque te he visto recoger las flores pisadas en las calles y ponerlas conmucho cuidado donde nadie las pise, creo, Juan, que yo no te basto, quecualquier cosa o persona hermosa, te gustaría tanto como yo, y odio unlibro si lo lees, y un amigo si lo vas a ver, y una mujer si dicen quees bella y puedes verla tú. Quisiera reunir yo en mí misma todas lasbellezas del mundo, y que nadie más que yo tuviera hermosura algunasobre la tierra. Porque te quiero, Juan, lo odio todo. Y yo no soy mala,Juan; yo me avergüenzo de eso, y luego me entran remordimientos, ybesaría los pies de los que un momento antes quería no ver vivos, y demi sangre les daría para que viviesen si se muriesen; ¡pero hayinstantes, Juan, en que odio a todas las cosas, a todos los hombres y atodas las mujeres!

¡Oh, a todas las mujeres! Cuando no estás a mi lado,y pienso en alguien que pueda agradar tus ojos u ocupar tu pensamiento,creémelo, Juan; ¡ni sé lo que veo, ni sé qué es lo que me posee, pero medas horror, Juan y te aborrezco entonces, y odio tus mismas cualidades,y te las echo en cara, como ayer, para ver si llegas tú a odiarlas, y ano ser tan bueno, y si así no te quieren! Eso es, Juan, no es más queeso. A veces, y te lo diré a ti solo, sufro tanto que me tiendo en elsuelo en mi cuarto, cuando no me ven, como una muerta. Necesito sentiren las sienes mucho tiempo el frío del mármol. Me levanto, como siestuviera por dentro toda despedazada. Me muero de una envidia enormepor todo lo que tú puedas querer y lo que pueda quererte. Yo no sé sieso es malo, Juan: ¿tú me perdonas?

La magnolia, nuestra antigua conocida oyó, a las últimas luces de latarde, el final de esta conversación congojosa.

Lindo es el montecito que domina por el Este a la ciudad, donde a brazopartido lucharon antaño, macana contra lanza y carne contra hierro, eljefe de los indios y el jefe de los castellanos, y de barranco enbarranco abrazados, matándose y admirándose iban cayendo, hasta que alfin, ya exhausto, e hiriéndose con su propia macana la cabeza, cayó elindio a los pies del español, que se levantó la visera, dejando ver elrostro bañado en sangre, y besó al indio muerto en la mano. Luego, comoque era recio de subir, le escogieron para sus penitencias los devotos,y es fama que por su falda pedregosa subían de rodillas en lo más fuertedel sol, los penitentes, contando el rosario.

Vinieron gentes nuevas, y como que el monte es corto y de forma bella, ydesde él se ve a la ciudad, con sus casas bajas, de patios de arbolado,como una gran cesta de esmeraldas y ópalos, limpiaron de piedras yyerbajos la tierra que, bien abonada, no resultó ingrata; y de la mejorparte del monte hicieron un jardín que entre los pueblos de América notiene rival, puesto que no es uno de esos jardinuelos de floresenclenques, y arbustos podados, con trocitos de césped entre enverjadosde alambre, que más que cosa alguna dan idea de esclavitud y artificio,y de los que con desagrado se aparta la gente buena y discreta; sino unocomo bosque de nuestras tierras, con nuestras propias y grandes flores ynuestros árboles frutales, dispuestos con tal arte que están allí congracia y abandono, y en grupos irregulares y como poco cuidados, de talmanera que no parece que aquellos bambúes, plátanos y naranjos han sidollevados allí por las manos de jardinero, ni aquellos lirios de agua,puestos como en montón que bordan el estrecho arroyo cargado de aguassecas, fueron allí trasplantados como en realidad fueron: antes bien,parece que todo aquello floreció allí de suyo y con libre albedrío, demodo que allí el alma se goza y comunica sin temor, y no bien hay en laciudad una persona feliz, ya necesita ir a decírselo al montecito quenunca se ve solo, ni de día ni de noche.

Por allí, en la tarde en que vamos caminando, halló Pedro Real razónpara encontrarse a caballo, el cual dejó en la cumbre, mientras que,golpeándose con el latiguillo los botines, se perdía, sin recordar elcuadro de Ana, por la calle de los lirios. Por allí, y sin saber porcierto que Pedro andaba cerca, acababa Adela, con tres amigas suyas, queestrenaban unos sombreros de paja crema adornados con lilas, de bajardel carruaje, que en la cumbre, con los caballos, esperaba. Por allí,sin que lo supiese Adela tampoco, aunque sí lo sabía Pedro,

andabanlentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea: doña Andrea,que desde que el colegio le devolvió a su Sol y podía a su sabor recrearlos ojos, con cierto pesar de verle el alma un poco blanda y perezosa,en aquella niña suya de «cutis tan trasparente—decía ella—como una nubeque vi una vez, en París, en un medio punto de Murillo», andaba siemprehablando consigo en voz baja, como si rezase; y otras regañaba por todo,ella que no regañaba antes jamás, pues lo que quería en realidad, sinatreverse, era regañar a Sol, de quien se encendía en celos y en miedos,cada vez que oía preparativos de fiesta o de paseo, que por cierto noeran muchos, pero sobrados ya para que temiese con justicia doña Andreapor su tesoro. Ni con el mayor bienestar que con el sueldo de Sol en elcolegio había entrado en la casa, se contentaba doña Andrea; y a vecesse dio la gran injusticia de que aquella hermosura que ella tantomimaba, y que desde la infancia de la niña cuidaba ella y favorecía, sela echase en cara como un pecado, que le llevó un día a prorrumpir eneste curiosísimo despropósito, que a algunas personas pareció tangracioso como cuerdo: «Si Manuel viviera, tú no serías tan hermosa».Enojábase, doña Andrea, cuando oía, allá por la hora en que Sol volvíacon una criada anciana del colegio, la pisada atrevida del caballo decierto caballero que ella muy especialmente aborrecía; y si Sol hubiesemostrado, que nunca lo mostró, deseos de ver la arrogante cabalgadura,fuera de una vez que se asomó sonriendo y no descontenta, a verla pasardetrás de sus persianas, es seguro que por allí hubieran encontradosalida las amarguras de doña Andrea, que miraba a aquel gallardísimogalán, a Pedro Real, como a abominable enemigo. Ni a galán algunohubiera soportado doña Andrea, cuyos pesares aumentaba la certidumbre deque aquel que ella hubiera querido por tenerlo muy en el alma, queposeyese a su Sol, no sería de Sol nunca, por lo alto que estaba, yporque era ya de otra. Mas aquella mansísima señora se estremecía cuandopensaba que, por parecer proporcionados en la gran hermosura externa,pudiesen algún día acercarse en amores aquel catador de labiosencendidos y aquella copa de vino nuevo. Sentía fuerzas viriles doñaAndrea, y determinación de emplearlas, cada vez que el caballo de PedroReal piafaba sobre los adoquines de la calle. ¡Como si los cuerposenseñasen el alma que llevan dentro! Una vez, en una habitación recamadade nácar, se encontró refugiado a un bandido. Da horror asomarse amuchos hombres inteligentes y bellos. Se sale huyendo, como de unamadriguera. Y ya se sabía por toda la ciudad, con envidia de muchaslocuelas, que tras de Sol del Valle había echado Pedro Real todos susdeseos, sus ojos melodiosos, su varonil figura, sus caballoscaracoleadores, sus ímpetus de enamorado de leyenda. Y lo despótico dela afición se le conocía en que, bruscamente, y como si no hubieraestado perturbando con vislumbres de amor sus almas nuevas, cesó dedecir gallardías, a afectar desdenes a aquellas que más de cerca letuvieron desde su llegada de París, ya porque de público se las señalasecomo las conquistas más apetecidas, ya porque lo picante de su trato lediese fácil ocasión para aquellas conversaciones salpimentadas que sonmuy de uso entre aquellos de nuestros caballeros jóvenes que han vistotierras, y suplen con lo atrevido del discurso la escasez de la gracia yel intelecto. La conversación con las damas ha de ser de plata fina, ytrabajada en filigrana leve, como la trabajan en Génova y México.

En ser visto donde Sol del Valle había de verlo, ponía Pedro Real elmayor cuidado; en que no se la viera sin que se le viese a él; si alteatro, bajo el palco a que fue Sol, que fue el de la directora, y nomás que dos veces, estaba la luneta de Pedro; si en Semana Santa, pordonde Sol iba con Lucía y Adela, Pedro, sin piedad por Adela, aparecía.Decirle, nada le había dicho. Ni escribirle. Ni nadie afectaba, alsaludarla en público, encogimiento y moderación mayores. Y parecía másarrogante, porque no iba tan pulido. Ni le decía, ni le escribía; peroquería llenarle el aire de él. A la salida del teatro, la segunda nocheque fue a él Sol, ofrecía un pequeñuelo de sombrero de pita y piesdescalzos un ramo de camelias color de rosa, que eran allí muyapreciadas

y caras. Y en el punto en que salió Sol, y con rapidez talque pareció a todos cosa artística, tomó el ramo Pedro Real, lo deshizode modo que las camelias cayeron al suelo, casi a los pies de Sol, ydijo, como si no quisiera ser oído más que del amigo que tenía al lado:«Puesto que no es de quien debe ser, que no sea de nadie». Y como lafantasía que la hermosura de Sol arrancó a Keleffy era ya a manera deleyenda en la ciudad, Pedro Real, con tacto y profundidad mayores de losque pudieran suponérsele, compró, para que nadie volviese a tocar en él,el piano en que habían tocado aquella noche Sol y Keleffy.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pífanos y lostambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas,con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cadabocacalle entraba en la de la Victoria, con su banda de tamborines a lacabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco dedril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correasblancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco elpantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadanos, y aunque menosbrillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno comogabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro pordelante: el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgadocordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinasiban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las banderas rotas!¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altosaunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellonesdesgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras derealce iban bordados los números de las compañías. ¡Qué correrdesalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta loshombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos,se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujabaalguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como siestuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían trasella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los máspequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones,parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de lamañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo quesucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores alas tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de lapatria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión,tirados por caballos blancos, y henchidos de tiestos de flores. Allá enel cementerio había, sobre cada tumba, clavada una bandera.

¿Qué caballerín, de los elegantes de la ciudad, no estaba aquellamañana, con un ramo de flores en el ojal, saludando a las damas y niñasdesde su caballo? Los estudiantes, no, esos no estaban por las calles,aunque en los balcones tenían a sus hermanas y a sus novias: losestudiantes estaban en la procesión, vestidos de negro, y entreadmirados y envidiosos de los muertos a quienes iban a visitar, porqueestos, al fin, ya habían muerto en defensa de su patria, pero ellostodavía no: y saludaban a sus hermanas y novias en los balcones, como sise despidieran de ellas. Los estudiantes fueron en masa a honrar a losmuertos. Los estudiantes que son el baluarte de la Libertad, y suejército más firme. Las universidades parecen inútiles, pero de allísalen los mártires y los apóstoles. Y en aquella ciudad ¿quién no sabíaque cuando había una libertad en peligro, un periódico en amenaza, unaurna de sufragio en riesgo, los estudiantes se reunían, vestidos comopara fiesta, y descubiertas las cabezas y cogidos del brazo, se iban porlas

calles pidiendo justicia; o daban tinta a las prensas en un sótano,e imprimían lo que no podían decir; se reunían en la antigua Alameda,cuando en las cátedras querían quebrarles los maestros el decoro, y deun tronco hacían silla para el mejor de entre ellos, que nombrabancatedrático, y al amor de los árboles, por entre cuyas ramas parecía elcielo como un sutil bordado, sentado sobre los libros decía con granentusiasmo sus lecciones; o en silencio, y desafiando la muerte, pálidoscomo ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a lacasa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que elGobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendouno a uno, sin echarse atrás, los unos sobre los otros, atravesadospechos y cabezas por las balas, que en descargas nutridas desatabansobre ellos los soldados? Aquel día quedó en salvo por maravilla JuanJerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que leapuntaba. Por eso, cuando los estudiantes pasaban en la procesión,vestidos de negro, con una flor amarilla en el ojal, los pañuelos detodos los balcones soltábanse al viento, y los hombres se quitaban lossombreros en la calle, como cuando pasaban las banderas; y solían lasniñas desprenderse del pecho, y echar sobre los estudiantes, sus ramosde rosas.

En un balcón, con sus dos hermanas mayores y la directora, estaba Soldel Valle. En otro, con un vestido que la hacía parecer como una imagende plata, una linda imagen pagana, estaba Adela. Más allá, donde Sol yAdela podían verlas, ocupaba un ancho balcón, amparado del sol por untoldo de lona, Lucía con varias personas de la familia de su madre, yAna. En una silla de manos habían traído a Ana hasta la casa. Muy malaestaba, sin que ella misma lo supiese bien; estaba muy mala. Pero ellaquería ver, «con su derecho de artista, aquella fiesta de los colores; ala tierra le faltaba ahora color, ¿verdad, Juan? Mira, si no, como todoel mundo se viste de negro. Quiero oír música, Lucía: quiero oír muchamúsica. Quiero ver las banderas al viento». Y allí estaba en el anchobalcón, vestida de blanco, muy abrigada, como si hubiese mucho frío,mirando avariciosamente, como si temiera no volver a ver lo que veía, ysintiendo como dentro del pecho, porque no se las viesen, le estabancayendo las lágrimas.

Lucía distinguió a Sol, y miró si estaba en el balcón, o dentro, JuanJerez. Sol, no bien vio a Lucía, no quitó de ella los ojos, para quesupiese que estaba allí, y cuando le pareció que Lucía la estaba viendo,la saludó cariñosamente con la mano, a la vez que con la sonrisa y conlos ojos. Prefería ella que Lucía la mirase, a que la miraran losjóvenes mejor conocidos en la ciudad, que siempre hallaban manera dedetenerse más de lo natural frente a su balcón. A Pedro Real, pagó conun movimiento de cabeza, su humilde saludo, cuando pasó a caballo; y nolo vio con pena, ni con afecto que debiera afligir a doña Andrea, todolo cual vio Adela desde su balcón, aunque estaba de espaldas. Pero Lucíase había entrado por el alma de Sol, desde la noche en que le pareciósentir goce cuando se clavó en su seno la espina de la rosa. Lucía,ardiente y despótica, sumisa a veces como una enamorada, rígida yfrenética enseguida sin causa aparente, y bella entonces como una rosaroja, ejercía, por lo mismo que no lo deseaba, un poderoso influjo en elespíritu de Sol, tímido y nuevo. Era Sol como para que la llevasen en lavida de la mano, más preparada por la Naturaleza para que la quisiesenque para querer, feliz por ver que lo eran los que tenía cerca de sí,pero no por especial generosidad, sino por cierta incapacidad suya deser ni muy venturosa ni muy desdichada. Tenía el encanto de las rosasblancas. Un dueño le era preciso, y Lucía fue su dueña.

Lucía había ido a verla; a buscarla en su coche para que paseasenjuntas; a que fuese a su casa a que la conociera Ana; y Ana la quisoretratar; pero Lucía no quiso «porque ahora Ana estaba fatigada, y laretrataría cuando estuviese más fuerte», lo que, puesto que Lucía lodecía, no

pareció mal a Sol. Lucía fue a vestirla una de las noches queiba Sol al teatro, y no fue ella: ¿por qué no iría ella? Juan Jereztampoco fue esa noche; y por cierto que esa vez Lucía le llevó, para quelo luciese, un collar de perlas: «A mí no me lo conocen, Sol: yo nuncame pongo perlas»; pero doña Andrea, que ya había comenzado a darmuestras de una brusquedad y entereza desusadas, tomó a Lucía por lasdos manos con que estaba ofreciendo el collar a Sol, que no veía muchopecado en llevarlo, y mirando a la amiga de su hija en los ojos, yapretando sus manos con cariño a la vez que con firmeza, le dijo conacento que dejaba pocas dudas: «No, mi niña, no», lo que Lucía entendiómuy bien, y quedó como olvidado el collar de perlas. A la mañanasiguiente, a la hora de que Sol fuese a sus clases, fue Lucía a buscarlapara que diesen una vuelta en el coche por cerca del colegio, y lepreguntó con ahínco sobresaltado y doloroso, que a quién vio, que quiénsubió a su palco, que a quién llamó la atención, que dónde estaba PedroReal: «¡Oh! Pedro Real, tan buen mozo; ¿no te gusta Pedro Real? Yo creoque Pedro Real llamaría la atención en todas partes. Has visto cómodesde que te conoce no se ocupa de nadie Pedro Real»; pero pronto acabóde hablar de esto Lucía. Quién estaba en el teatro, no le importabamucho saberlo: Juan no había estado; pero ¿a la salida quién estaba? ¿norecuerdas quién estaba a la salida? ¿Estaba...? y no acababa depreguntar quién había estado. Ni sabía Sol por quién le preguntaba. No:Sol no había visto a nadie. Iba muy contenta. La directora la habíatratado con mucho cariño. Sí, Pedro Real había estado; pero no asaludarla: nadie había subido a saludarla. La habían mirado mucho.Decían que el cónsul francés había dicho una cosa muy bonita de ella.Pero al salir, no, no vio a nadie. Sol quería llegar pronto, porque sehabía quedado triste doña Andrea. Y al llegar en esta conversación alcolegio, Lucía besó a Sol con tanta frialdad, que la niña se detuvo unmomento mirándola con ojos dolorosos, que no apearon el ceño de suamiga. Y de pronto, por muchos días, cesó Lucía de verla. Sol se habíaafligido, y doña Andrea no; aunque la ponía orgullosa que le quisiesen asu hija; pero Lucía no: ella no veía nunca con gusto a Lucía. Un díaantes de la procesión Lucía había vuelto a la casa de Sol. Que laperdonase. Que Ana estaba muy sola. Que Sol estaba más linda que nunca.«Mira, mañana te mandaré la camelia más linda que tenga en casa. Yo note digo que vengas a mi balcón, porque.... Yo sé que tú vas al balcón dela directora. Pero mira, vas a estar lindísima; ponte la camelia en lacabeza, a la derecha, para que yo pueda vértela desde mi balcón». Y letomó las manos, y se las besó; y conforme conversaba con Sol, se pasabasuavemente la mano de ella por su mejilla; y cuando le dijo adiós, lamiraba como si supiera que corría algún peligro, y le avisase de él, ycuando fue hacia el coche, ya se le iban desbordando las lágrimas.

—¡Allí está, allí está!—dijo como involuntariamente, y reprimiéndoseenseguida que lo había dicho, una de las hermanas de Sol, la mayor, laque no era bella, la que no tenía más que dos ojos muy negros yacariciadores, expresivos y dulces como los de la llama, el animal quemuere cuando le hablan con rudeza.

—¿Quién?

—No, no era nadie: Juan Jerez, en el balcón de Lucía.

—Sí, ya lo veo. Lucía está mirando para acá—y se desprendió, y volvió aprender, para que Lucía lo notase, y supiera que pensaba en ella—.Hermanita—dijo de pronto Sol en voz baja—; hermanita, ¿no te parece queJuan Jerez es muy bueno? Yo quisiera verlo más. Nunca lo he visto cuandohe ido a casa de Lucía. Yo no sé qué tiene, pero me parece mejor quetodos los demás. ¿Tú crees que él querrá mucho a Lucía?

Hermanita no quería decir nada, hacía como que no oía.

—Juan Jerez iba antes algunas veces a casa, antes de que yo saliese delcolegio; ¿verdad? Cuéntame, tú que lo conoces. Yo sé que él se va acasar con Lucía, aunque ella no me habla de él nunca; pero a mí me gustahablar de él. A Lucía no me atrevo a preguntarle, como ella no medice... Él ha sido muy bueno con mamá, ¿no? ¡La directora lo quieretanto! Mira, allí vuelve a pasar Pedro Real: ¡es buen mozo de veras!pero yo le hallo unos ojos extraños, no son tan dulces como los de Juan.No sé; pero el único que me dijo algo la noche de Keleffy, que no se meha olvidado, fue Juan Jerez.

Hermanita no decía palabra. Se le habían puesto los ojos muy negros ygrandes como para contener algo que se salía a ellos.

Ella, que no miraba hacia el balcón, sentía que Juan Jerez había tenidopuesta buen tiempo su mirada larga y bondadosa en Sol. Juan, queacariciaba los mármoles, que seguía por las calles a los niños descalzoshasta que sabía donde vivían, que levantaba del suelo las florespisadas, si no lo veían, y les peinaba los pétalos, y las ponía donde nopudiesen pisarlas más. De la misma manera, y con aquel deleite honradoque produce en un espíritu fino la contemplación de la hermosura, habíaJuan mirado a Sol largamente.

Lucía no estaba allí entonces. ¡Pobre Ana! Cuando ya iban pasando losúltimos soldados, palideció, se le cubrió el rostro de sudor, cerró losojos, y cayó sobre sus rodillas. La llevaron cargada para adentro, avolverle el sentido. Parecía una santa, vestida de blanco, con su caraamarilla. Lucía no se apartaba de su lado; Ana había vuelto en sí; Lucíahabía mirado ya muchas veces a la puerta, como preguntándose dóndeestaría Juan. «¿En el balcón? ¡Que no esté en el balcón!». Y aundesmayada Ana, por poco no le abandona la mano.

—¡Vete, vete con Juan!—le dijo Ana, apenas abrió los ojos, y le notó eltrastorno; y con la mano y la sonrisa la echaba hacia la puertasuavemente.

—Bueno, bueno, vengo enseguida.

Y fue al balcón derechamente.

—¡Juan!

—¿Y Ana? ¿Cómo está Ana?

El balcón de la directora estaba ya vacío.

—Ya está bien: ya está bien. ¡Yo no sabía dónde tú estabas!

Y volvemos ahora al pie de la magnolia, cuando ya llevaba días desucedido todo esto, y Sol estaba en una banqueta a los pies de Lucía,sentada en un sillón de hierro. Ana, con sus caprichos de madre, habíaquerido que le llevasen aquel domingo a Sol. «¡Es tan buena, Lucía! Túno tienes que tenerle miedo: tú también eres hermosa. Mira: yo veo a laspersonas hermosas como si fueran sagradas. Cuando son malas no: meparecen vasos japoneses llenos de fango; pero mientras son

buenas, no terías, me parece, cuando estoy delante de ellas, que soy un monaguillo yque le estoy alzando la cogulla, como en la misa, a un sacerdote. Vamos,tráeme a Sol; ¿pero es de veras que Juan no viene hoy?».

—¡Es de veras! Sí, sí; ahora mismo voy, y te traigo a Sol.

Sol vino, y otras amigas de Ana, mas no Adela. Vivía ya Ana en un sillónde enfermo, porque andar le era penoso, y reclinarse no podía. Ya, comolas tardes cuando se está yendo la luz, tenía el rostro a la vez claro yconfuso, y todo él como bañado de una dulce bondad. Ni deseos tenía,porque de la tierra deseó poco mientras estuvo en ella, y lo que Ana lehubiera pedido a la tierra, de seguro que en ella no estaba, y tal vezestaría fuera de ella. Ni sentía Ana la muerte, porque no le parecía aella que fuese muerte aquello que dentro de sí sentía crecientemente, yera como una ascensión. Cosas muy lindas debía ver, conforme se ibamuriendo, sin saber que las veía, porque se le reflejaban en el rostro.La frente la tenía como de cera, alta y bruñida, y hundidas las paredesde las sienes. Aquellos ojos eran una plegaria. Tenía fina la nariz,como una línea. Los labios violados y secos, eran como una fuente deperdón. No decía sino caridades. Sola, sí, no quería estar ella. Tampocose quiere estar solo cuando se va a entrar en un viaje: tampoco, cuandose está en las cercanías de la boda. Es lo desconocido, y se le teme. Sebusca la compañía de los que nos aman. Y más que con otras se habíaencariñado Ana, en su enfermedad, con Sol, cuya perfecta hermosura loera más, si cabe, por aquel inocente abandono que de todo interés ypensamiento de sí tenía la niña. Y Ana estaba mejor cuando tenía a Solcogida de la mano, en cuyas horas Lucía, sentada cerca de ellas, erabuena.

Dormía Ana en aquellos momentos, cuando en el patio hablaban Lucía ySol. Hablaban del colegio, que había dado su examen en aquella semana, ydejaba a Sol libre durante dos meses: y a Sol no le gustaba muchoenseñar, no, «pero sí me gusta: ¿no ves que así no pasa mamá apuros?¡Mamá!». Y Sol contaba a Lucía, sin ver que a esta al oírlo se learrugaba el ceño, cómo inquietaban a doña Andrea los cuidados de PedroReal, de que no hablaba la señora, porque la niña no se fijase más enél; pero ella no, ella no pensaba en eso.

—No, ¿por qué no?

—No sé: yo no pienso todavía en eso; me gusta, sí, me gusta verle pasearla calle y cuidarse de mí; pero más me gusta venir acá, o que tú vayas averme, y estar con Ana y contigo. Luego, Pedro Real me da miedo. Cuandome mira, no me parece que me quiere a mí. Yo no sé explicarlo, pero escomo si quisiera en mí otra cosa que no soy yo misma. Porque a mí meparece, ¡anda, Lucía, tú puedes decirme de eso! a mí me parece quecuando un hombre nos quiere, debemos como vernos en sus ojos, así comosi estuviéramos en ellos, y dos veces que he visto de cerca a PedroReal, pues no me ha parecido encontrarme en sus ojos. ¿No es, verdad,Lucía, que cuando a uno lo quieren le sucede a uno eso?

En la mano de Lucía se encogió de pronto el cabello de Sol con quejugaba.

—¡Ay! me haces daño.

—¿Quieres que vayamos a ver cómo está Ana?

Y ya se estaba poniendo en pie para ir a verla, y arreglándose Sol loscabellos, aquellos cabellos suyos finos, de color castaño con reflejosdorados, cuando a un tiempo se oyeron dos diversos ruidos: uno en elcuarto de Ana, como de mucha gente que se moviera y

hablaraagitadamente, otro a la puerta de la calle, donde, con airedesembarazado, saltaba un hombre opuesto, de una mula de camino.

—¡Juan!—murmuró Lucía, poniéndose más blanca que las camelias.

—¿Juan Jerez?—dijo Sol alegrándosele el rostro, y acabandoapresuradamente de sujetarse las trenzas.

Lucía, en pie y ceñuda, y con los ojos puestos sobre Sol, a quienturbaba aquel silencio, aguardó apoyada en la silla de hierro, a Juanque, reparando apenas en Sol, venía hacía su prima con las manostendidas.

—Señorita Sol, ¿qué me le ha hecho a mi Lucía? ¿Por qué no sales arecibirme? ¿para castigarme porque por verte hoy he andado veintidósleguas en mula?

A Lucía se le veían temblar los labios imperceptiblemente, y como crecerlos ojos. Su mano se sacudía entre las de Juan, que la miraba conasombro.

Sol hacía como que sobre una mesita un poco alejada arreglaba las floresde un vaso.

—Lucía, ¿qué tienes?

—¡Sol, Lucía, vengan!—dijo acercándose a ellas una de sus amigas quesalía del cuarto de Ana precipitadamente—. Ah, Juan, que bueno que estéaquí. Ve, Lucía, ve, yo creo que Ana se muere.

—¡Ana!

—Sí, mande enseguida por el médico.

Saltó Juan en la mula, y echó a escape. Sol ya estaba al lado de Ana,Lucía miró muy despacio a la puerta de la calle, miró con ira a aquellapor donde había entrado Sol, y se quedó unos momentos de pie, sola en elpatio, los dos brazos caídos, y apretados a los costados, fijos los ojosdelante de sí tenazmente. Y echó a andar hacia el cuarto de Ana despuésde haber mirado a su alrededor a todos los lados, como si temiese.

¡Al campo! ¡al campo! Todos van al campo. Todos, sí, todos. Adela yPedro Real, Lucía y Juan, y Ana y Sol. Y, por supuesto, las personasmayores que por no influir directamente en los sucesos de esta narraciónno figuran en ella. ¡Al campo todos!

El médico llegó aquel domingo en momentos en que Ana abría los ojos, quea Sol arrodillada al borde de su cama fue lo primero que vieron.

—¡Ah, tú, Sol!—y Sol le pasaba la mano por la frente, y le apartaba deella los cabellos húmedos.

Lucía arreglaba las almohadas de manera que Ana pudiera estar comosentada. Sus amigas todas rodeaban la cama, y Ana, sin fuerzas aun parahablar, les pagaba sus miradas de angustia

con otras de reconocimiento.Parecía que era dichosa. Sol quiso retirar la mano con que tenía asidala de Ana; pero Ana la retuvo.

—¿Qué ha sido, eh, qué ha sido? Sentí como si todo un edificio sehubiese derrumbado dentro de mí. Ya, ya pasó. Ya estoy bien. Y se lecayó la cabeza al otro lado de las almohadas.

El médico la halló de esta manera, le puso el oído sobre el corazón,abrió de par en par la ventana y las puertas, y aconsejó que soloquedase junto a ella la persona que ella desease.

Ana, que parecía no oír, abrió los ojos, como si el aire le hubiesehecho bien, y dijo:

—Juan ha llegado, Lucía.

—¿Cómo sabes?

—Vete con Juan, Lucía. Sol, tú te quedas.

Miró Sol a Lucía, como preguntándole; a Lucía, que estaba en pie al ladode la cama, duros los labios y los brazos caídos.

Juan llamaba a la puerta en este instante, y el médico lo entró en elcuarto, de la mano.

—Venga a decirme si no es locura pensar que corre riesgo esta lindaniña—y con los ojos, desdecía el médico sus palabras—. Pero esindispensable que la enfermita vea el campo. Es indispensable. No mepregunte usted qué remedio necesita—dijo el médico clavando los ojos enJuan—. Mucho reposo, mucho aire limpio, mucho olor de árboles.Llévenmela donde haya calor, estos tiempos húmedos pueden hacerle muchodaño. Si mañana mismo pueden ustedes disponer el viaje, sea mañanamismo. Pero, niña, no se me vaya a ir sola. Lleve gente que la quiera, yque la arrope bien por las mañanitas y por las tardes. ¿Y estaseñorita?—añadió volviéndose a Sol—. Y creo que usted se me pone buenasi lleva consigo a esta señorita.

—Oh, sí, Sol va conmigo; ¿no, Juan?

—Por supuesto—dijo Juan vivamente, pensando con placer en que así seregocijaría Ana, cuya afición a Sol le era ya conocida, y se daría unaprueba de estimación a la pobre viuda—: por supuesto que la llevamos. Vaa ser una gala de los ojos ver ir por un caminito de rosales que yo mesé, cogidas del brazo, a Sol, Ana y Lucía. Lucía, mañana nos vamos. Sol,voy ahora a su casa a pedirle permiso a doña Andrea. ¿Te parece, Lucíaque invitemos a Adela y a Pedro Real? ¡Upa, Ana, upa! Allá tengo unosinditos en el pueblo que te van a dar asunto para un cuadro delicioso.¿Vamos, doctor?—acarició Juan una mano de Ana, besó la de Lucía, con unbeso que la regañaba dulcemente y salió al corredor, hablando como muycontento, con el médico.

Ana llamó a Lucía con una mirada, y así que la tuvo cerca de sí, sindecir palabra, y sonriendo felizmente, trajo sobre su seno con unesfuerzo las manos de Lucía y de Sol, que estaban cada una a un lado deella, y paseando sus ojos por sobre sus cabezas, como conversándoles,retuvo largo tiempo unidas las manos de ambas niñas bajo las suyas.

Y Sol miró a Lucía de tan linda manera, que no bien Ana se quedó comodormida, se acercó Lucía a Sol, la tomó por el talle cariñosamente, yuna vez en su cuarto, empezó a vaciar con ademanes casi febriles suscajas y gavetas.

—Todo, todo, todo es para ti—y Sol quería hablar, y ella no la dejaba—.Mira, pruébate este sombrero. Yo nunca me lo he puesto. Pruébatelo,pruébatelo. Y este, y este otro. Esos tres son tuyos. Sí, sí, no medigas que no. Mira, trajes: uno, dos, tres. Este es el más bonito parati. ¿Oyes? Yo quiero mucho a Pedro Real. Yo quiero que tú quieras aPedro Real. Que te vea muy bonita. Que te vean siempre más bonita queyo. Pero óyeme, a Juan no me lo quieras. Tú déjame a Juan para mí sola.Enójalo. Trátalo mal. Yo no quiero que tú seas su amiga. ¡No, no medigas nada! sí, es chanza, sí, es chanza. ¿Ves? Este vestido malva sí teva a estar bien. A ver, qué bien hace con tu pelo castaño. ¿Ves? Es muynuevo. Tiene el corpiño como un cáliz de flor, un poco recto; no comoesos de ahora, que parecen una copa de champaña: muy delgados en lacintura, y muy anchos en los hombros. La saya es lisa; no tienetableados ni pliegues; cae con el peso de la seda hasta los pies. ¿Ves?a mí me está muy corta. A ti te estará bien. Es un poco ancha, a loWatteau. ¡Mi pastorcita! ¡mi pastorcita! Yo nunca me la he puesto. ¿Túsabes? A mí no me gustan los colores claros. ¡Ah! mira: aquí tienes—yescondía algo con las dos manos cerradas detrás de su espalda—, aquítienes, y no te lo vas a quitar nunca, aunque se nos enoje doña Andrea.Cierra los ojos.

Los cerró Sol venturosa de verse tan querida por su amiga, y cuando losabrió, se vio en el brazo, e hizo por quitarse con un gesto que Lucía ledetuvo, un brazalete de cuatro aros de perlas margaritas.

—Sí, sí, es muy rico; pero yo quiero que tú lo tengas. No: nada, nadaque me digas: ¿ves? yo tengo aquí otro, de perlas negras. ¡Y nunca,nunca te lo quites! Yo quiero ser muy buena—y la tomó de las dos manos,y la besó en las dos mejillas apasionadamente—. ¡Ven, vamos a ver a Ana!

Y salieron del cuarto, cogidas del talle.

¡Al campo, al campo! Doña Andrea no sabe que va Pedro Real; que si losupiese, no dejaría ir a Sol: aunque a Juan ¿qué le negaría ella? ¡AJuan! Ese, ese era el que ella hubiera querido para Sol. «Bueno, Juan:que no salga al sol mucho». Juan preguntó en vano por la hermana mayor,por Hermanita. Ella estaba en la casa cuando entró él; pero ahora no:estará en casa de alguna vecina. ¡No, Hermanita estaba allí; estaba enel comedor, detrás de las persianas! Ella veía a quien no la veía.«¡Cierra los ojos, Hermanita, no veas a lo que no debes ver!». Y cuandoJuan salió, las persianas se entornaron, como unos ojos que se cierran.

¡Al campo, al campo! Cuatro mulas tiran del carruaje, con collares deplata y cencerro, porque Ana vaya alegre: y las mulas llevan atadas enel anca izquierda unas grandes moñas rojas, que lucen bien sobre su pielnegra. El cochero es Pedro Real, que lleva al lado a Adela, en laimperial, Juan y Lucía, adentro, con la gente mayor, que es muyrespetable, pero no nos hace falta para el curso de la novela, Anasentada entre almohadas, muy mejor con el gozo del viaje, con sucuaderno de apuntes en la falda, para copiar lo que le guste del camino,que ya le perece que está buena, y Sol a su lado, con un vestido desedilla color de ópalo, tranquila y resplandeciente como una estrella.

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol sucompañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés. Pero ¿Ana nonecesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? Deberíamos bajar. ¡Voy a bajar unmomento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunquediestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si noestuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tanfrondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino enconstante regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque decocoteros, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la gargantade dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena deflores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas,nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentescomo dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuyafalda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, serecogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudadesantiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado,mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre laspuertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosasenredaderas de ipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados, ydorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de lospilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde,el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillohabía crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo,le daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común ysumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menorruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia, deque no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domocompletamente verde, y las paredes de un lado rosadas y negras, como losbordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin quesaltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más alláiban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, sesentía como la señora de toda aquella natural grandeza, y como si elmundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sidofabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores deLucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneocomo si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedíasiempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablabande formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adelacontemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buenaparte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismoanimados coloquios: y a cada instante era aquello de: «Juan, ¿cómoestará Ana? Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana». YLucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña recatada, yale había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que lellevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunqueprudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era todaexclamaciones: jamás, jamás, en su vida de huérfana pobre, había vistoSol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillasmoradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosade coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nuncamayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de venturaen la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidadolevantar de su falda el cuaderno de notas.

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por unasombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillasy cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, allado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajarontodos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar aAna, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados entorno de una mesa rústica, gustaban con

vehemente apetito, sazonado porchistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Anadesde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiro posadas en trípodes de bejuco recién cortadode las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante yespumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabezapacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugarun lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por losdueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegarde la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, quemanaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maízhumeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos.Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada unoen su taza de güiro, sobre unas yerbas de grata fragancia, que olíancomo flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos,la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que ladesprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unosindios, descalzos y en sus trajes de lona, puestos en tierra sussombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano,dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, queblandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegabaa nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela solo reíaforzadamente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmotear en elcarruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan ala portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unosminutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fueella también a la portezuela. ¡Ea! ¡Ea! ya tocan diana, que es el toquede bienvenida y adiós, los indios habilidosos. La indita de saya azul daa gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonadas. Alpescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial conJuan. Ya la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve apoca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre,vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan laavenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

Mucha, mucha alegría. Lucía también estaba alegre, aunque no estaba Juanallí. Porque no estaba Juan: el pleito de los indios, aunque aquelloseran días de receso en tribunales como en escuelas, le había obligado avolver al pueblecito, si no quería que un gamonal del lugar, que teníagrandes amigos en el Gobierno, hurtase con una razón u otra a los indiosla tierra que la energía de Juan había logrado al fin les fuese puntomenos que reconocida en el pleito. Los indios habían salido de laiglesia con su música, el domingo antes, apenas se supo que Juan noesperaría el tren del día siguiente: y cuando le trajeron a Juan lamula, vio que la habían adornado toda con estrellas y flores de palma, yque todo el pueblo se venía tras él, y muchos querían acompañarle hastala ciudad. Una viejita, que venía apoyada en su palo, le trajo unescapulario de la Virgen, y una guapa muchacha, con un hijo a la espalday otro en brazos, llegó con su marido, que era un bello mancebo, a lacabeza de la mula, puso al indito en alto para que le diese la mano al«caballero bueno»; y muchos venían con jarras de miel cubiertas conestera bien atada, u otras ofrendas, como si pudiesen dar para tanto lasancas de la caballería, muy oronda de toda aquella fiesta; y otroviejito, el padre del lugar, mi señor don Mariano, que jamás habíabebido de licor alguno, aunque él mismo trabajaba el de sus plantíospropios, llegó, apoyado en sus dos hijos, que eran también comosenadores del pueblo, y con los brazos en alto desde que pudo divisar

aJuan, y como si hubiera al cabo visto la luz que había esperado en vanotoda su vida: «Abrazarlo—decía—. ¡Déjenme abrazarlo! ¡Señor, todito estepueblo lo quiere como a su hijo!». De modo que Juan, a quien habíaconmovido aquellos cariños, dejó la finca, dos días después de haberllegado a ella, no bien supo que los indios, a pesar de su esfuerzo,corrían peligro de que se les quitase de las manos la posesión temporalque, en espera de la definitiva, había Juan obtenido que el juez lesacordase—el juez, que había recibido el día anterior de regalo delgamonal un caballo muy fino.

Mucha, mucha alegría. Lucía misma, que en los dos días que estuvo allíJuan le dio ocasión de extrañeza con unos cambios bruscos de disposiciónque él no podía explicarse, por ser mayores y menos racionales que losque ya él le conocía, estaba ahora como quien vuelve de una enfermedad.

Era la casa toda de los visitantes, por no estar en ella entonces susdueños, que eran como de la familia de Juan Pedro, al anochecer, salíade caza, porque era el tiempo de la de los conejos, por allíabundantísimos. De los que traía muertos en el zurrón no hablaba nunca,porque Ana no se lo había de perdonar, por haber todavía en este mundoalmas sencillas que no hallan placer en que se mate, a la entrada mismade la cueva donde tiene a su compañera y a su prole, a los pobresanimales que han salido a descubrir, para mudarse de casa, algún rincóndel bosque rico en yerbas.

Pero los conejos, de puro astutos, suelen caer en las manos del cazador;porque no bien sienten ruido, se hacen los muertos, como para que no losdelate el ruido de la fuga, y cierran los ojos, cual si con esto cerraseel cazador los suyos, quien hace por su parte como que no ve, y echadahacia la espalda la escopeta, por no alarmar al conejo que sueleconocerla, se va, mirando a otro lado, sobre la cama del conejo, hastaque de un buen salto le pone el pie encima y así lo coge vivo: una vezcogió tres, muy manso el uno, de un color de humo, que fue para Ana:otro era blanco, al cual halló manera de atarle una cinta azul alcuello, con que lo regaló a Sol; y a Lucía trajo otro, que parecía unrey cautivo, de un castaño muy duro, y de unos ojos fieros que nunca secerraban, tanto que a los dos días, en que no quiso comer, bajó porprimera vez las orejas que había tenido enhiestas, mordió la cadenillaque lo sujetaba, y con ella en los dientes quedó muerto.

Paseos, había pocos. Sin Ana, ¿quién había de hacerlos? Con ella no sepodía. Ni Sol dejaba a Ana de buena voluntad; ni Lucía hubiera salido agoce alguno cuando no estaba Juan con ella. Adela, sí, había trabadoamistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casade la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte deldía, platicando de las costumbres de aquella gente con la resueltaPetrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio,sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buenandar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no habíamodo de que Petrona

llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran quelos enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobretodo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas conlos pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban;llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselinatransparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermososbrazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas ymenudas, de tal modo que la boca, medio abierta en el centro y recogidaen dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. Lanaricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era unapicardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandasno muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas deuna cinta roja, llevaba recogida en cerquillo, como una corona, sobre loalto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobreun hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecíaintencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado.Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muyculta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muybien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatillo claro, que era loque con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra lindaenferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chalcruzado, se sentaba a sus pies «no por servicio, sino porque le habíacobrado afición» y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto dela niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en elvaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña? «¡Mi niñita:mírenla que galana está hoy!; se lo voy a decir al niño Pedro que nos déun baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con elniño Pedro. ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro! Mire, miniñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acáhuelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazminesde San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Conque, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chalde seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que lamisma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol!Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como aburrida. ¿Quieremi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté uncochito, que está de lo más blando: era el cochito rosado, ¡y la carneestá como merengue! ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me mueropor servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen enletras muy guapas: 'yo sirvo a mi dueña'. Voy a poner la puerta de micasa llena de tiestos de flores, y a alquilar a los músicos, el día quemi niñita vaya a verme. ¡Y, eso que yo no se lo hago a nadie: porque nolo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!».

Y Pedro, como que con la ausencia de Juan venía a ser el caballeroservidor de las cuatro niñas, ¿qué había de hacer sino estarlassirviendo, y mucho mejor cuando no estaba cerca Adela, y mejor auncuando no estaba junto a Ana, que no ponía buenos ojos cuando miraba ala vez a Sol y a Pedro, y mejor que nunca cuando por algún acaso Lucía ySol estaban solas? Y siempre entonces tenía Lucía algo que hacer, ir depuntillas a ver si seguía durmiendo Ana, ver si habían puesto de beber alos pajaritos azules, preguntar si habían traído la leche fresca quedebía tomar Ana al despertarse: siempre tenía Lucía, cuando Pedro y Solpodían quedarse solos, alguna cosa que hacer.

Era el lugar de conversación un colgadizo espacioso, de tablilla bruñidael pavimento: la baranda—como toda la casa, de madera—abierta en treslados para las tres escalerillas que llevaban al jardín que había alfrente de la casa. Estaba el colgadizo siempre en sombra, porque lovestía de verdor una enredadera copiosísima, esmaltada de trecho entrecho por unos ramos de florecitas rojas. Colgaban del techo pintado elfresco de unas caprichosas guirnaldas de hojas y flores como las de laenredadera, unos cestos de alambre cubiertos de cera roja, que les hacíaparecer de coral, todos llenos de florecillas naturales, brillantes ypequeñas, y a menudo adornados con las hebras de una parásita que crecíasobre los árboles viejos de la finca, y era, por su verde blancuzco ypor crecer en hilos, como las canas de aquella arboleda. En los tramosde pared, entre las ventanas interiores, realzadas con unas líneas devivo encarnado, había unos grandes estudios de flores en madera, pintadacon los colores naturales por los artistas del país, con propiedad muygrande: dos de los cuadros eran de magnolia, la una casi abierta, y concierta hermosura de emperatriz; la otra aun cerrada en su propia rama: yotros dos cuadros eran de las flores pomposas del marpacífico, con sushojas de rojo encendido, agrupadas de modo que realzase su naturaltamaño y hermosura.

Y allí, a la suave sombra, contaba Pedro maravillas y glorias europeas aAna, que le oía con cariño—a Adela, que hacía como si no leinteresasen—, a Lucía, que pensaba con amorosa cólera en Juan, en Juan,que no debía venir, porque estaba allí Sol, en Juan, que debía venirpuesto que estaba Lucía—y a Sol contaba también aquellas historias,quien sin desagrado ni emoción las escuchaba y con sus hábitos de niñahuérfana, azorada a veces de la súbita rudeza que templaba Lucía luegocon arrebatos afectuosos, solo se sentía dueña de sí cerca de quien lanecesitaba, y ni con Adela, que parecía esquivarla, ni con la mismaLucía, aunque esto le pesaba mucho, tenía ya la naturalidad y abandonoque con Ana, con Ana a quien aquellos aires perfumados y calurososhabían vuelto, si no el color al rostro, cierta facilidad a losmovimientos y unos como asomos de vida.

Hallaba Pedro con asombro que el atrevimiento desvergonzado ycelebración excesiva a que se reduce, casi siempre pagado deprisa y conusura por las mujeres, todo el arte misterioso de los enamoradores, nole eran posibles ante aquella niña recién salida del colegio, que confranca sencillez, y mirándole en los ojos sin temor, decía en alto comomateria de general conversación lo que con más privado propósito dejabaPedro llegar discretamente a su oído. Era la niña de tal hermosura quellevaba consigo, y de sí misma, la majestad que la defiende; y lo usualiba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritosazules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse laconversación entre Sol y Pedro, abierta por lo demás y no muy amena, delasunto en que se estaba antes de que Lucía fuera a ver los pájaros. Nihabía cosa que a Lucía pusiese en mayor enojo que hallarlos conversando,cuando volvía, de la caza de ayer, del jabalí en preparación, de lasfiestas de cacería en los castillos señoriales de Europa, de la pobreAna, de los tamales de Petrona Revolorio. Y Pedro, de otras mujeres tantemido, era con la mayor tranquilidad puesto por Sol, ya a que le leyesela *Amalia* de Mármol o la *María* de Jorge Isaacs, que de la ciudad leshabían enviado, ya, para unos cobertores de mesa que estaba bordando ala directora, a que devanase el estambre.

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan? ¿laquerrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: meabriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy comoella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía elperfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sinquitarse los vestidos, ya a más de medianoche, y a poco rato selevantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, lacara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía ahablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mímisma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan hade ver que estoy siendo fea. ¡Ay! ¡por qué tengo este miedo! ¿Quién esmejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si élquiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo quiere a él más que yo?Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendríasiempre la cabeza apretada sobre mi corazón. ¡Y esto ni se puede decir,esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todolo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol! ¿quiénes Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manoscomo sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirleque viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose derepente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la humedeciese,la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que lemolestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser! ¡no puede ser!—dijo levantándose de pronto—: Juan va aquererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño queme vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yomisma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo queme pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

¿Cómo no ha de quererla Juan?—decía la infeliz, entre golpes delágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño,porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sinoa borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al aguaque baja, tropezando entre peñas, por los torrentes—. ¿Cómo no ha dequererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen dela Piedad no es tan hermosa como ella? Juan.... Juan...—decía en vozbaja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera—; ¡sin que Sollo viera!

Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡nique la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella noquiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no loquiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no loquiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya élme quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yobien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha dequerer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Quémarido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitarási quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo como se quedaoyéndole cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yoveo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y vana estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Anasiempre. Él recreando los ojos en toda su

hermosura. Yo, callada a sulado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera.Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré.Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede!—y abriólos brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por lasespaldas desatada la cabellera negra.

¡Que no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en unsillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, alagitarse movida por el aire, la cabellera negra.

¿A quién vio la mañana siguiente Lucía, sentado en el colgadizo, con Soly con Ana? Venía con paso lento, y como si no hubiera querido venir.

—¡No le diga, no le diga!...—a Sol que se levantaba como para avisarle.

Venía Lucía con paso lento, y Ana y Sol, que conocían las habitacionesde la casa, sabían que era ella quien venía. Volvió Sol a su asiento.Juan hizo como que hablaba muy animadamente con Ana y con ella. Lucíallegó a la puerta. Los vio sentados juntos, y como que no la veían.Tembló toda. ¿Entra? ¿Sale? ¡Juan! ¡allí Juan! ¡Juan así! Se clavó losdientes en el labio, y los dejó clavados en él. Volvió la espalda, seentró por el corredor que iba a su habitación; a Sol que fue corriendodetrás de ella: «¡Vete! ¡vete!», y entró en su cuarto, cerrando tras desí con llave la puerta.

¡A Juan que, suponiéndola apenada, no bien acabó con cuanta prisa pudosu empeño en el pueblo de los indios volvió a la ciudad, y de allí,aprovechando la noche por sorprender a Lucía con la luz de la mañana,emprendió sin descansar el camino de la finca a caballo y de prisa! ¡AJuan, que con amores muy altos en el alma, consentía, por aquella piedadsuya que era la mayor parte de su amor, en atar sus águilas al cabellode aquella criatura, no tanto por lo que la amaba él, sin que por esodejase de amarla, sino por lo que lo amaba ella! ¡A Juan que, puestos enlas nubes del cielo y en los sacrificios de la tierra sus mejorescariños, no dejaba, sin embargo, por aquella excelente condición suya,de hacer, pensar u omitir cosa con que él pudiera creer que seríaagradable a su prima Lucía, aunque no tuviese él placer en ella! ¡A Juanque, joven como era, sentía, por cierto anuncio del dolor que más parecerecuerdo de él, como si fuera ya persona muy trabajada y vivida, quienesa las mujeres, sobre todo en la juventud, parecían encantadoresenfermos! ¡A Juan, que se sentía crecer bajo del pecho, a pesar de lomozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquelloscariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbasblancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltadacomo la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como lasculpas groseras los adulterios del pensamiento!

¡A Juan, porque, ya después de aquellas cartas extrañas que Lucía lehabía escrito a la finca sin hablarle de su vuelta, recibirlo de aquelmodo, con aquella mirada, con aquella explosión de cólera, con aqueldesdén! ¿Pues cuándo había cesado de pensar Juan, cuándo, que aquelcariño que con tanta ternura prodigaba, sin fatiga ni traición, sobre suprima, era como una concesión de él, como un agradecimiento de él, comouna tentativa, a lo sumo, de asir en cuerpo y ver con los ojos de lacarne las ideas de rostro confuso y vestidura de perlas, que cogidas delbrazo y con las alas tendidas, le vagaban en giros majestuosos por losespacios de su mente? Pues sin el alma tierna y fina que de propiavoluntad suya había supuesto, como natural esencia de un cuerpo demujer, en su prima Lucía, ¿qué venía a ser Lucía? ¿Qué hombre, que losea, ama a una mujer

más que por el espíritu puro que supone en ella, opor el que cree ver en sus acciones, y con el que le alivia y levanta elsuyo de sus tropiezos y espantos en la vida? Pues una mujer sin ternura¿qué es sino un vaso de carne, aunque lo hubiese moldeado Cellini,repleto de veneno? Así, en un día, dejan de amar los hombres a la mujera quien quisieron entrañablemente, cuando un acto claro e inesperado lesrevela que en aquella alma no existen la dulzura y superioridad con quela invistió su fantasía.

—Estará enferma Lucía. Ana—dile que la saludaré luego—. Voy a ver aPedro Real. Sol, gracias por lo buena que es usted con Ana. Usted tieneya fama de hermosa, pero yo le voy a dar fama de buena.

Lucía oyó esto, que hizo que le zumbasen las sienes y le pareciese quecaía por tierra: Lucía, que sin ruido había abierto la puerta de sucuarto, y había venido hasta la de la sala, para oír lo que hablaban, enpuntillas.

Violentos fueron, a partir de entonces, los días en la finca. Ni Anamisma sabía, puesto que tenía a Sol constantemente a su lado, quécausaba la ira de Lucía. Esta cesó cuando Juan, tomándola a la tarde dela mano, la llevó, mientras que Pedro y Adela buscaban flores de saúcopara Ana, a la sombra de un camino de rosales que daba al saucal, ydonde había de trecho en trecho unos bancos de piedra, y al lado unosatriles, de piedra también, como para poner un libro. En la mirada y enla voz se conocía a Juan que algo se le había roto en lo interior, y lecausaba pena; pero con voz consoladora persuadía a Lucía quien, conpretextos fútiles, que no acertaba Juan a entender ni excusar, ocultabala razón verdadera de su ira, que ella a la vez quería que Juanadivinase y no supiese: «¡porque si no lo es, y se lo digo, tal vez sea!Y no lo es, no, yo creo ahora que no lo es; pero si no sabe lo que es¿cómo me va a perdonar?». Y airada ya contra Juan irrevocablemente, comosi las nubes que pasan por el cielo del amor fueran sus lienzosfunerarios, se levantaron como si hubieran hecho las paces, pero sinalegría.

Pusiéronse en esto los días tan lluviosos, que ni Pedro iba a casa, niAdela a la de la Revolorio, ni podía Ana salir al colgadizo, ni Sol yLucía, sino estar cerca de ella; ni Juan, fuera de sus horas de leer,que le fatigaban ahora que no estaba contento, tenía modo de estaralejado de la casa. Ni había con justicia para Juan placer más grato,ahora que en Lucía había entrevisto aquel espíritu seco y altanero, queestar cerca de Ana, cuyo espíritu puro con la vecindad de la muerte seesclarecía y afinaba. Y se asombraba Juan, con razón, de haber pasado,libre aun, cerca de aquella criatura que se desvanecía, sin rendirle elalma. Esta misma contemplación del espíritu de Ana, cuya cabalidad ybelleza entonces más que nunca le absorbían, le apartaron del riesgo, enotra ocasión acaso inevitable, de observar en cuán grata manera ibanunidas en Sol, sin extraordinario vuelo de intelecto, la belleza y laternura.

Con Lucía, no había paces. Lo que no penetraba Ana, ¿cómo lo había deentender Sol? En vano, Sol, aunque ya asustadiza, aprovechando losmomentos en que Ana estaba acompañada de Juan o de Pedro y Adela, se ibaen busca de Lucía, que hallaba ahora siempre modo de tener largosquehaceres en su cuarto, en el que un día entró Sol casi a la fuerza, yvio a Lucía tan

descompuesta que no le pareció que era ella, sino otraen su lugar: en el talle un jirón, los ojos como quemados y encendidos,el rostro todo como de quien hubiese llorado.

Y ese día Lucía y Juan estaban en paz: ni permitía Juan, por parecerlecomo indecoro suyo, aquel llevar y traer de cóleras, que le sacaban elalma de la fecunda paz a que por la excelencia de su virtud teníaderecho. Pero ese día, como que Ana se fatigase visiblemente de hablar,y Adela y Pedro estuviesen ensayando al piano una pieza nueva para Ana,Juan, un tanto airado con Lucía que se le mostraba dura, habló con Solmuy largamente, y se animó en ello, al ver el interés con que la enfermaoía de labios de Juan la historia de Mignon, y a propósito de ella, lavida de Goethe. No era esta para muy aplaudida, del lado de que Juan laencaminaba entonces, y tan hermosas cosas fue diciendo, con aquelarrebatado lenguaje suyo, que se le encendía y le rebosaba en cuantosentía cerca de sí almas puras, que Pedro y Adela, ya un tantoreconciliados, vinieron discretamente a oír aquel nuevo género demúsica, no señalada por el artificio de la composición ni pedantescapompa, sino que con los ricos colores de la naturaleza salía a caudalesde un espíritu ingenuo, a modo de confesiones oprimidas. Lucía selevantaba, se mostraba muy solícita para Ana, interrumpía a Juanmelosamente. Salía como con despecho. Entraba como ya iracunda. Sesentaba, como si quisiera domarse. «Sol, ¿habrán puesto agua a lospájaros?». Y Sol fue, y habían puesto agua. «Sol, ¿habrán traído laleche fresca para Ana?». Y Sol fue, y habían traído la leche fresca paraAna. Hasta que, al fin, salió Lucía, y no volvió más: Sol la hallóluego, con los ojos secos y el talle desgarrado.

Y aquello crecía. Hoy era una dureza para Sol. Otra mañana. A la tardeotra mayor. La niña, por Ana y por Juan, no las decía. Juan, apenasbajaba. Lucía, con grandes esfuerzos, lograba apenas, convertido en odioaparente todo el cariño que por Juan sentía, disimularlo de modo que nofuese apercibido. ¿Quién había de achacar a Sol tanta mudanza, a Solcuya pacífica belleza en el campo se completaba y esparcía, pues eracomo si la vertiese en torno suyo, y por donde ella anduviese fueran,como sus sombras, la fuerza y la energía? ¿A Sol, que sobre todoslevantaba sus ojos limpios, grandes y sencillos, sin que en alguno sedetuviesen más que en otro; con Lucía, siempre tierna; para Ana, unahermanita; con Pedro, jovial y buena; con Juan, como agradecida yrespetuosa? Pero ese era su pecado: sus ojos grandes, limpios ysencillos, que cada vez que se levantaban, ya sobre Juan, ya sobre otrosdonde Juan pudiese verlos, se entraban como garfios envenenados por elcorazón celoso de Lucía; y aquella hermosura suya, serena y decorosa,que sin encanto no se podía ver, como la de una noche clara.

Hasta que una noche:

—No, Sol, no: quédate aquí.

—¿Ana, adónde vas? ¿Qué tienes, Ana? ¿Salir tú del cuarto a estas horas?¡Ana! ¡Ana!

—Déjame, niña, déjame. Hoy, yo tengo fuerzas. Llévame hasta la mitad delcorredor.

—¿Del corredor?

—Sí: voy al cuarto de Lucía.

—Pues bueno, yo te llevo.

—No, mi niña, no—se sentó un momento, con Sol a sus pies, le abrazó lacabeza, y la besó en la frente. Nada le dijo, porque nada debía decirle.Y se levantó, del brazo de ella.

—Es que sé lo que tiene triste a Lucía. Déjame ir. De ningún modo vayas.Es por el bien de todos.

Fue, tocó, entró.

—¡Ana!

Ana, casi lívida y tendiendo los brazos para no caer en tierra, estabade pie, en la puerta del cuarto oscuro, vestida de blanco.

—Cierra, cierra.

Se habló mucho, se oyeron gemidos, como de un pecho que se vacía, selloró mucho.

Allá a la madrugada, la puerta se abría, Lucía quería ir con Ana.

—No, no, quiero llevarte; ¿cómo has de ir sola si no puedes tenerte enpie? Sol estará despierta todavía. Yo quiero ver a Sol ahora mismo.

—¡Loca! ¡Hasta cuándo eres buena, loca! A Juan, sí, en cuanto lo veasmañana, que será delante de mí, bésale la mano a Juan. A Sol, que nosepa nunca lo que te ha pasado por la mente. Vamos: acompáñame hasta lamitad del corredor.

—¡Mi Ana, madrecita mía, mi madrecita!

Y lloró Lucía aquella mañana, como se llora cuando se es dichoso.

¡Fiesta, fiesta! El médico lo ha dicho; el médico, que vino desde laciudad a ver a la enferma, y halló que pensaba bien Petrona Revolorio.¡Fiesta de flores para Ana!

¡Todos los músicos de las cercanías! ¡Telegramas a los sinsontes!¡Recados a los amarillos! ¡Mensajeros por toda la comarca, a que vengatoda la canora pajarería! Ana, ya se sabe de Ana: ¡Aquí no está bien, ydebe ir adonde está bien! Pero es buena idea esa de Petrona Revolorio, yla enferma quiere que se dé un baile que haga famosa la finca. Petrona,por supuesto, no estará en la sala, ni ese es el baile que debía dar elniño Pedro Real; pero ella estará donde la pueda ver su niñita Ana, ymandarle todo lo que necesite, porque «ella baila con ver bailar, y loque hace no lo hace por servicio, sino porque ha cobrado mucha afición».Ya está tan contenta como si fuese la señora. Tiene un jarrón de China,que hubo quién sabe en qué lances, y ya lo trajo, para que adorne lafiesta; pero quiere que esté donde lo vea la niña Ana.

¡Ahora sí que ha empezado la temporada en la finca! Andar, bien, andar,Ana no puede; pero Petrona la acompaña mucho y Sol, siempre que van Juany Lucía a pasear por la hacienda, porque entonces ¡qué casualidad!entonces siempre necesita Ana de Sol.

El médico vino, después de aquella noche. El baile lo quiere Ana parasacudir los espíritus, para expulsar de las almas suspicaces la penapasada, para que con el roce solitario no se enconen heridas aunabiertas, para que viendo a Lucía tierna y afable, torne de nuevo laseguridad en el alma de Juan alarmado, para que Lucía vea frente afrente a Sol en la hora de un triunfo, y como Ana le hablará antes aJuan, Lucía no tiemble. ¡Ana se va, y ya lo sabe!: ella no quiere elbaile para sí, sino para otros.

¡Qué semana, la semana del baile! Pedro ha ido a la ciudad. Lucía quisopor un momento que fuera Juan, hasta que la miró Ana.

—¡Oh, no, Juan! tú no te vayas.

Una tristeza había en los ojos de Juan Jerez, que acaso ya nada haríadesaparecer: la tristeza de cuando en lo interior hay algo roto, algunacreencia muerta, alguna visión ausente, algún ala caída. Mas se notó enlos ojos de Juan una dulce mirada, y no como de que se alegraba él porsí, sino por placer de ver tierna a Lucía. ¡Son tan desventurados losque no son tiernos!

De la ciudad vendría lo mejor; para eso iba Pedro. ¿Quién no queríaalegrar a Ana? Y ver a Sol del Valle, que estaba ahora más hermosa quenunca ¿quién no querría? Carruajes, los tenían casi todos los amigos dela casa. El camino, salvo el tramo de las ciudades antiguas, era llano.Allí habría caballerías para ayuda o repuesto. Cerca de la casa, como ados cuadras de ella, aderezaron para caballerizas dos grandes caseronesde madera, construidos años atrás para experimentos de una industria queal fin no dio fruto. Pedro, antes de salir, había encargado que portodas las calles del jardín que había frente a la casa, pusieran unascolumnas, como media vara más altas que un hombre, que habían de estartodas forradas de aquella parásita del bosque, sembrada acá y allá deflores azules; y sobre los capiteles, se pondrían unos elegantes cestos,vestidos de guías de enredadera y llenos de rosas. Las luces vendrían dedonde no se viesen, ya en el jardín, ya en la casa; y estaba en caminoMr. Sherman, el americano de la luz eléctrica, para que la hubiese bienviva y abundante: los globos se esconderían entre cestos de rosas. Dejazmines, margaritas y lirios iban a vestirle a Ana, sin que ella losupiese, el sillón en que debía sentarse en la fiesta. Con una hoja depalma, puesta a un lado de los marcos y encorvada en ondulación graciosapor la punta en el otro, vistieron los indios todas las puertas yventanas, y hubo modo de añadir a las enredaderas del colgadizo, otrasparecidas por un buen trecho a ambos lados de las tres entradas, en cadauno de cuyos peldaños, como por toda esquina visible del colgadizo o delas salas, pusieron grandes vasos japoneses y chinos con plantasamericanas. En las paredes del salón como desusada maravilla, colgó Juancuatro platos castellanos, de los que los conquistadores españolesembutían en las torres. Era por dentro la casa blanca, como por fuera, ytoda ella, salvo el colgadizo, tenía el piso cubierto por una alfombraespesa como de un negro dorado, que no llegaba nunca a negro, condibujos menudos y fantásticos, de los que el del ancho borde no era elmenos rico, rescatando la gravedad y monotonía que le hubiera venido sinellos de aquella masa de color oscuro.

¡Gentes, carruajes, caballos! Pedro y Juan jinetean sin cesar toda latarde, de la casa al parador, y de este a aquella. En las ciudadesantiguas donde aun hay alegres posadas, y cierto indio que sabe francés,han comido casi todos los invitados. A las ocho de la noche empieza elbaile. Toda la noche ha de durar. Al alba, el desayuno va a ser en elparador. ¡Oh qué tamales, de las especies más diversas, tiene dispuestosPetrona Revolorio! esta tarde, cuando los hizo, se puso el chal de seda.Ana no ha visto su sillón de flores. ¿Adónde ha de estar Adela, sino porel jardín correteando, enseñando cuanto sabe, a la cabeza de un tropelde flores, de flores de ojos negros?

¿Y Lucía? Lucía está en el cuarto de Ana, vistiendo ella misma a Sol.Ella, se vestirá luego. ¡A Sol, primero! Mírala, Ana, mírala. Yo memuero de celos. ¿Ves? el brazo en encajes. Tomo; ¡te lo beso! ¡Qué buenoes querer! Dime, Ana, aquí está el brazo, y aquí está la pulsera deperlas: ¿cuáles son las perlas? Y ¿de qué iba vestida Sol? De muselina;de una muselina de un blanco un poco oscuro y transparente, el senoabierto apenas, dejando ver la garganta sin adorno; y la falda casioculta por unos encajes muy finos de Malines que de su madre tenía Ana.

—Y la cabeza ¿cómo te vas a peinar por fin? Yo misma quiero peinarte.

—No, Lucía, yo no quiero. No vas a tener tiempo. Ahora voy a ayudarteyo. Yo no voy a peinarme. Mira; me recojo el cabello, así como lo tengosiempre, y me pongo ¿te acuerdas? como en el día de la procesión, mepongo una camelia.

Y Lucía, como alocada, hacía que no la oía. Le deshacía el peinado, lerecogía el cabello a la manera que decía. «¿Así? ¿No? Un poco más alto,que no te cubra el cuello. ¡Ah! ¿y las camelias?... ¿Esas son? ¡Quélindas son! ¡qué lindas son!». Y la segunda vez dijo esto más despacio ylentamente como si las fuerzas le faltaran y se le fuera el alma enello.

—¿De veras que te gustan tanto? ¿Qué flores te vas a poner tú?

Lucía, como confusa:

—Tú sabes: yo nunca me pongo flores.

—Bueno: pues si es verdad que ya no estás enojada conmigo, ¿qué te hiceyo para que te pusieras enojada? si es verdad que ya no estas enojada,ponte hoy mis camelias.

—¡Yo, camelias!

—Sí, mis camelias. Mira, aquí están; yo misma te las llevo a tu cuarto.¿Quieres?

¡Oh! si se pusiera toda aquella hermosura de Sol la que se pusiese tuscamelias. ¿Quién, quién llegaría nunca a ser tan hermosa como Sol? ¡Quélindas, qué lindas, son esas camelias! «Pero tú, ¿qué flores te vas aponer?».

—Yo, mira: Petrona me trajo unas margaritas esta mañana, estasmargaritas.

¡Gentes, caballos, carruajes! Las cinco, las seis, las siete. Ya estálleno de gente el colgadizo.

Caballeros y niñas vienen ya del brazo, de las habitaciones interiores.Carruajes y caballos se detienen a la puerta del fondo, de la que por uncorredor alfombrado, con grabados sencillos adornadas las paredes, se vaa la vez a los cuartos interiores que abren a un lado y a otro, y a lasala. Ya desde él, al apearse del carruaje, se ve a la entrada de lasala, donde hay un doble recodo para poner dos otomanas, como si hubieseallí ahora un bosquecillo de palmas y flores. En un cuarto dejan lasseñoras sus abrigos y enseres, y pasan a otro a reparar del viaje susvestidos o a cambiarlos algunas por los que han enviado de antemano. Aotro cuarto entran a aliñarse y dejar sus armas los que han venido acaballo. Una panoplia de armas indias, clavada a un lado de la puerta delos caballeros, les indica su cuarto. Un gran lazo de cintas de coloresy un abanico de plumas medio abierto sobre la pared, revelan a lasseñoras los suyos.

Ya suenan gratas músicas, que los indios de aquellas cercanías,colocados en los extremos del colgadizo, arrancan a sus instrumentos decuerdas. Del jardín vienen los concurrentes; del cuarto de las señorassalen; Ana llega del brazo de Juan. «Juan, ¿quién ha sido? ¿para mí esesillón de flores?». No la rodean mucho; se sabe que no deben hablarle. Y¿Lucía que no viene? Ella vendrá enseguida. ¿Y Sol? ¿Dónde está Sol?Dicen que llega. Los jóvenes se precipitan a la puerta. No viene aun. Seestá inquieto. Se valsa. Sol viene al fin: viene, sin haberla visto, dellamar al cuarto de Lucía. «¡Voy! ¡Ya estoy!». Así responde Lucía deadentro con una voz ahogada. No oye Sol los cumplimientos que le dicen:no ve la sala que se encorva a su paso; no sabe que la escultura no diomejor modelo que su cabeza adornada de margaritas, no nota que, sin seralta, todas parecen bajas cerca de ella. Camina como quien va lanzandoclaridades, hacia Juan camina:

—Juan ¡Lucía no quiere abrirme! Yo creo que le pasa algo. La criada medice que se ha vestido tres o cuatro veces, y ha vuelto a desvestirse, ya despeinarse, y se ha echado sobre la cama, desesperada, lastimándosela cara y llorando. Después despidió a la criada, y se quedó vistiéndosesola. ¡Juan! ¡vaya a ver qué tiene!

En este instante, estaban Juan y Sol, de pie en medio de la sala, yotras parejas, pasando, en espera de que rompiese el baile, alrededor deellos.

—¡Allí viene! ¡allí viene!—dijo Juan, que tenía a Sol del brazo,señalando hacia el fondo del corredor, por donde a lo lejos venía al finLucía. Lucía, todo de negro. A punto que pasaba por frente a la puertadel cuarto de vestir, interrumpiendo el paso a un indio, que sacaba enlas manos cuidadosamente, por orden que le había dado Juan, una cestacargada de armas, vio, viniendo hacia ella del brazo, solos, en plenoluz de plata, en mitad del bosquecillo de flores que había a la entradade la sala, a Juan y a Sol, a la hermosísima pareja. Se afirmó sobre suspies como si se clavase en el piso. «¡Espera! ¡Espera!», dijo al indio.Dejó a Juan y a Sol adelantarse un poco por el corredor estrecho, ycuando les tenía como a unos doce pasos de distancia, de una terriblesacudida de la cabeza desató sobre su espalda la cabellera: «¡Cállate,cállate!», le dijo al indio, mientras haciendo como que miraba adentro,ponía la mano tremenda en la cesta; y cuando Sol se desprendía del brazode Juan y venía a ella con los brazos abiertos....

¡Fuego! Y con un tiro en la mitad del pecho, vaciló Sol, palpando elaire con las manos, como una paloma que aletea, y a los pies de Juanhorrorizado, cayó muerta.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—y retorciéndose y desgarrándose los vestidos,Lucía se echó en el suelo, y se arrastró hasta Sol de rodillas, y semesaba los cabellos con las manos quemadas, y besaba a Juan los pies; aJuan, a quien Pedro Real, para que no cayese, sostenía en su brazo.¡Para

Sol, para Sol, aun después de muerta, todos los cuidados! ¡Todossobre ella! ¡Todos queriendo darle su vida! ¡El corredor lleno demujeres que lloraban! ¡A ella, nadie se acercaba a ella!

—¡Jesús, Jesús!—entró Lucía por la puerta del cuarto de vestir de lasseñoras, huyendo, hasta que dio en la sala, por donde Ana cruzaba mediomuerta, de los brazos de Adela y de Petrona Revolorio, y exhalando unalarido, cayó, sintiendo un beso, entre los brazos de Ana.

This book was distributed courtesy of:

For your own Unlimited Reading and FREE eBooks today, visit:
http://www.Free-eBooks.net

Share this eBook with anyone and everyone automatically by selecting any of options below:

To show your appreciation to the author and help others have wonderful reading experiences and find helpful information too, we'd be very grateful if you'd kindly
post your comments for this book here.

COPYRIGHT INFORMATION

Free-eBooks.net respects the intellectual property of others. When a book's copyright owner submits their work to Free-eBooks.net, they are granting us permission to distribute such material. Unless otherwise stated in this book, this permission is not passed onto others. As such, redistributing this book without the copyright owner's permission can constitute copyright infringement. If you believe that your work has been used in a manner that constitutes copyright infringement, please follow our Notice and Procedure for Making Claims of Copyright Infringement as seen in our Terms of Service here:

http://www.free-ebooks.net/tos.html

STOP DREAMING AND BECOME AN AUTHOR YOURSELF TODAY!

It's Free, Easy and Fun!

At our sister website, Foboko.com, we provide you with a free 'Social Publishing Wizard' which guides you every step of the eBook creation/writing process and let's your friends or the entire community help along the way!

LOGON ONTO FOBOKO.COM

and get your story told!

FOBOKO.COM

e-GO! Library

AS SEEN ON TV

THE BEST BOOKS IN YOUR POCKET!

Jam-pack your Kindle, iPad, Android, Nook, or any device, full of amazing books with your own e-GO! Library. At your leisure pick your favorite titles from a wide array of categories for all tastes. Total speed, convenience & mobility are yours. Your e-GO! Library is an innovative way “to have & hold” a fresh and plentiful supply of great titles. It’s seemingly endless entertainment without the need for the internet or downloading! All in a preloaded, USB memory flash drive which puts a thousand of today's best books in your pocket!

Enjoy Anywhere Anytime!

- ✓ **CONVENIENCE** of Preloaded USB flash drive
- ✓ **FORMATS** for ALL eReaders & Mobile Devices
- ✓ **NO** need for Wi-Fi or Internet
- ✓ **AVOID** Downloading
- ✓ **SAVE** Tons of Time & Effort
- ✓ **PERFECT** for Travel
- ✓ **FUN** for the Whole Family
- ✓ **MAKES** a Great Gift

CHECK IT OUT HERE